

FUEGO EN LA MONTAÑA

UNA NOVELA DE
EDWARD ABBEY

La historia de un hombre decidido a enfrentarse solo al Gobierno de Estados Unidos y su ejército, en defensa de un puñado de tierras tan yermas como salvajes.

Lectulandia

Cada año, en los primeros días del verano, Billy deja a sus padres y la gran ciudad, se sube a un tren y cruza todo el país hacia el oeste. Una vez llegado al rancho de su abuelo, bajo el cielo infinito y el ardiente sol de Nuevo México, se calza las botas, se reencuentra con su caballo y se lanza a cabalgar por aquellas extensiones inabarcables. Es una tierra dura: una vaca podría caminar un kilómetro por un bocado de hierba y ocho por un trago de agua. Pero Billy ha aprendido de su abuelo el amor y la reverencia que merece aquel territorio tan yermo como salvaje. Y durante sus paseos con él ha visto innumerables maravillas que lo han fascinado o aterrado, pero cuyo recuerdo se agita en su interior, a veces sin saber qué significa, salvo quizás que aquella tierra, como ya pensaron los nativos, tiene algo sagrado.

En el verano de sus doce años, Billy está descubriendo muchas cosas, y entre ellas que la vida puede dar un vuelco en cualquier momento: la Fuerza Aérea de los Estados Unidos se está preparando para expropiar las tierras de su abuelo, en las que quiere instalar un campo de pruebas para misiles. Todo sea por la seguridad nacional y contra el enemigo soviético. Billy no puede dejar de hacerse ciertas preguntas: ¿tiene el Gobierno derecho a hacer algo así? ¿De quién es al fin y al cabo la tierra? ¿Y las montañas, los ríos...? ¿De su abuelo? ¿De los indios a los que el padre de su abuelo se la robó? ¿Del Gobierno que trata de robarla ahora? Pero, sea como sea, el viejo no está de acuerdo con las autoridades, ni siente ningún respeto por ese supuesto Estado omnipotente, su ejército y sus intereses. Cree que, cuando una ley es injusta, es normal que un hombre justo que se guía sólo por su conciencia se convierta en un forajido. Billy, por supuesto, tiene intención de luchar a su lado.

Lectulandia

Edward Abbey

Fuego en la montaña

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2019

Título original: *Fire on the Mountain*
Edward Abbey, 1962
Traducción: Alba Montes Sánchez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Rita

NOTA BENE

Esta historia está inspirada en un suceso que aconteció en nuestro país hace no muchos años. No obstante, se trata de una historia ficticia y cualquier parecido con personas vivas o lugares reales es puramente accidental.

1

Nuevo México, deslumbrante. Bajo la intensa luz, cada roca y cada árbol, cada nube y cada montaña existían con una fuerza y una claridad que no parecían naturales, sino auténticamente sobrenaturales. Y a la vez aquello me resultaba tan familiar como mi propia casa, era el país de mis sueños y la tierra que había conocido desde el principio.

Nos dirigíamos hacia el norte desde El Paso en la camioneta de mi abuelo, hacia el pueblo de Baker y el rancho del viejo. Estábamos a principios de junio: el resplandor del sol del desierto, que rebotaba contra el capó de acero de la camioneta, se clavaba en mis ojos con tal intensidad que de vez en cuando tenía que cerrarlos para sentir alivio. Y casi podía notar el feroz calor seco, como el de un horno, absorbiendo la humedad de mi cuerpo. Eché de menos la cantimplora de agua fresca que colgaba del cierre del capó frente a la rejilla delantera, inaccesible. Deseé que mi abuelo parase un minuto y nos permitiera beber, pero yo era demasiado orgulloso y bobo para pedírselo; tenía doce años, me parecía importante aparentar ser más duro de lo que era en realidad.

Cuando los ojos dejaban de dolerme, podía volver a abrirlos, levantar la cabeza y observar cómo la carretera, el vallado y la línea telefónica avanzaban sin cesar hacia nosotros en líneas perfectamente rectas y paralelas. El calor producía olas que trepidaban sobre el asfalto, dando a la carretera que se extendía a lo lejos, frente a nuestros ojos, una apariencia transparente y líquida; una ilusión óptica que escapaba de nosotros a la misma velocidad a la que nos acercábamos a ella. Mirando al frente, vi un buitre que se elevaba desde el cadáver de una liebre aplastada en la carretera y planeaba cerca de nosotros mientras pasábamos por encima de su comida. Tras el pájaro, negro

y con las alas ornadas de blanco, se cernía el cielo occidental, una inmensa cúpula violeta que flotaba sobre las llanuras de álcali y las dunas de arena y yeso, hacia las montañas que se erguían como cadenas de islas, como una flota de barcos purpúreos, a lo largo del horizonte.

¡Aquellas montañas! Parecían a la vez cercanas e inalcanzablemente remotas, a la distancia de un corto paseo y más allá de los límites de la imaginación. Ante nosotros se extendía una tierra virgen, diáfana y vacía, punteada de mezquites y gobernadoras, atravesada por cauces de arroyos por los que el agua fluía tan escasa como caía la lluvia. Había pasado los últimos tres veranos en Nuevo México, contemplando durante meses ese paisaje lunar yermo, preguntándome: ¿qué habrá ahí fuera? Y siempre había llegado a la misma conclusión: *algo* había; quizá todo. El desierto me parecía una de las formas del Paraíso. Y siempre me lo parecerá. La sombra del buitre cruzó a nuestra derecha.

El abuelo me plantó su manaza pecosa en la rodilla:

—¿Has visto la liebre, Billy?

—Sí, señor. Es la décima. Diez liebres muertas en la carretera desde que salimos de El Paso.

—Bueno, eso significa que ya casi estamos en casa. La media es una liebre muerta cada ocho kilómetros. Me refiero a este año. Hace diez años uno podía conducir todo el camino desde Baker a El Paso y como mucho ver una.

El viejo, encogido bajo el techo de la cabina del conductor, miraba de soslayo a través de las gafas la carretera que se iba abriendo ante nosotros, como una cremallera sobre la superficie de la tierra. Tenía setenta años y conducía a ciento veinte kilómetros por hora. En aquel terreno llano y vacío daba la sensación de que iba a poca velocidad. El abuelo iba encogido porque el techo de la camioneta era demasiado bajo. El vehículo, casi nuevo, tenía una cabina lo bastante ancha para acomodar a cuatro hombres, pero de alto no cabía ni uno. Aunque parte del problema era el sombrero del abuelo, que incrementaba su altura en treinta centímetros, pero el viejo no podía quitárselo porque sería una vulgaridad. Así que se repantingaba cuanto podía, sacando el codo y el hombro por la ventanilla y extendiendo el otro brazo por encima del respaldo del asiento. El volante lo controlaba con la yema del índice izquierdo.

—Una liebre no es muy distinta a una rata, abuelo.

—Es una forma de verlo. Pero eso no es todo. Este sistema es bueno para los buitres, como has visto hace un minuto. Ayuda a conservar el equilibrio

natural. Yo lo llamo «eficiencia global». Y tú, Billy, ¿te consideras un muchacho eficiente y trabajador?

—Sí, señor. —Miré a través de la ventanilla trasera para asegurarme de que mi maleta seguía en la caja de la camioneta. Y allí estaba, mi compañera de viaje hecha de cuero, que había venido conmigo todo el camino desde Pittsburgh.

—Lo necesitarás —dijo el viejo—. Mañana tenemos trabajo. Tú, Lee y yo. Vamos a subir a la montaña a buscar un caballo y un puma. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo, abuelo. ¿De verdad viene Lee?

—Eso dijo.

Una ola de emoción me recorrió de arriba abajo. No había visto a Lee Mackie desde hacía nueve meses —los nueve meses que me había pasado encarcelado en el colegio, en el este— y le echaba de menos. No podría haber imaginado a un hombre mejor que Lee; cuando pensaba en él sabía lo que quería ser de mayor. Quería ser Lee Mackie II.

—¿Vamos a verle hoy? ¿Está en el rancho?

Mientras miraba al abuelo esperando su respuesta, rodeé con el brazo la garrafa de cuatro litros de ron que tenía a mi lado, nuestro regalo para Lee, que habíamos elegido aquella mañana en el mercado de Juárez. Junto a ella había otra garrafa, el regalo que el abuelo se hacía a sí mismo. Y yo calzaba un par de flamantes botas nuevas, con buenos tacones y unas punteras tan afiladas que habría podido agujerear una puerta de una patada; las primeras botas de vaquero de verdad que había tenido nunca.

—Dijo que intentaría pasar por el rancho esta noche. Últimamente Lee está muy ocupado, Billy. Se ha buscado mujer, se ha sacado una licencia de agente inmobiliario, ha montado una agencia y se ha comprado un cochazo con cuatro faros delanteros, seis faros traseros y trescientos cincuenta caballos de potencia. Tiene grandes ambiciones. No vas a reconocerle, Billy.

Me quedé callado digiriendo aquella información.

—Me da igual —repliqué—. Lee puede con todo. Además, ya sabía que iba a casarse. Me avisó el año pasado. Lo hablamos y le dije que, por una vez, lo dejaría pasar.

El viejo sonrió.

—Pero que no volviera a ocurrir, ¿no? ¿Es ésa la idea?

—Sí, señor.

—Bueno, este año no le verás tanto. Pero de todas formas me ha prometido que vendrá al rancho siempre que pueda, así que no te desanimes.

—El abuelo me apretó el hombro cariñosamente—. El verano va a ser movido. Te voy a necesitar, hijo.

Respiré hondo, henchido de orgullo y resolución.

—Aquí estoy para lo que haga falta, abuelo. Líos o lo que sea. —Abrí la guantera y miré en su interior: medio escondido entre papeles, cerillas, kits para mordeduras de serpiente y herramientas estaba el viejo revólver en su funda de cuero.

—Pero mantén las manazas lejos de esa pistola. Si alguna vez la necesito, no quiero tener que ir a buscarla debajo de tu almohada. ¿Me has oído, Billy?

—Sí, señor. —Sentí cómo me sonrojaba de repente. El verano pasado había tomado prestada la pistola, sin decírselo al viejo, para llevármela a la cama por las noches.

—No te preocupes —me dijo—. Mañana haremos prácticas de tiro al blanco. Supongo que ya eres suficientemente mayor como para aprender a manejar un arma.

—¡Pues claro, abuelo! —Pensé en aquello mientras miraba al frente, a la carretera interminable. Pasamos por encima de otra liebre muerta—. Abuelo, ¿alguna vez le ha pegado usted un tiro a alguien?

El viejo se lo pensó antes de responder.

—Todavía no —dijo.

—¿Y Lee? ¿Alguna vez le ha pegado un tiro a alguien?

—Bueno... mejor pregúntaselo tú. Lee estuvo en la guerra. Pregúntale un día y te lo contará. Creo que tiene alguna clase de medalla. Tendrás que insistirle un poco, pero no mucho.

—¿Le dieron una medalla por dispararle a gente?

—Bueno, aquello era la guerra. Es legal. Cuéntame qué has hecho este año en el colegio.

—Nada, abuelo. Me he graduado. El año que viene me mandan a un instituto privado a prepararme para la universidad.

—¿Y crees que te va a gustar?

—Papá no para de decirme lo caro que les va a costar, así que supongo que más me vale que me guste. Quiere que sea ingeniero. Mamá prefiere que sea médico.

—¿Y tú qué quieres ser?

—No sé, abuelo. Yo quiero quedarme aquí con usted y con Lee. Creo que me gustaría criar caballos.

—A lo mejor tendrías que haber sido caballo.

—¿Qué?

—Te estaba tomando el pelo, hijo. —Jugueteó con el sombrero de paja nuevo que yo llevaba en la cabeza—. ¿Qué tal te queda el sombrero?

—Bien, aunque es un poco rígido.

—Ya lo ablandaremos. —Calló un momento y luego dijo—: Ten paciencia con tus padres, Billy. Quieren hacer todo lo que puedan por ti.

—Sí, señor.

—A ver, ¿cuántos padres crees que dejarían a un chico de tu edad atravesar solo el país para pasarse el verano con un viejo loco? ¿Alguna vez habías pensado en eso?

—Sí. Ya lo sé. Pero me gustaría... que no se preocupasen tanto... ¡Se preocupan tanto por todo!

—Eso es lo que se llama una deformación profesional. Y no tiene solución. Mira las gallinas y las vacas, también les pasa. Todo es parte de la misma ley infernal.

—¿Parte de qué?

—De la ley natural. ¡Mira ahí!

Un correcaminos emergió de un arbusto y cruzó la autopista frente a nosotros como una centella, con el pico, el cuello y la cola estirados sobre unas patas invisibles a causa de la velocidad del movimiento. Una vez hubo cruzado la carretera, el pájaro se desvaneció en el paisaje, dejando tras de sí un hilo de polvo.

—Fíjate, ahí tienes un caso interesante —comenzó el abuelo—. El correcaminos, el cuco del desierto. Si de verdad quisiera, podría volar por encima de la carretera. Ir a lo seguro. Pero no. Es demasiado terco. Prefiere jugarse el cuello antes que renunciar a sus derechos. ¿Qué se puede hacer con semejante pájaro?

—A lo mejor las liebres son iguales, abuelo.

—No, las liebres se rigen por un principio diferente: no se la juegan, se suicidan sin más. Te saltan directamente contra los faros delanteros, con los ojos bien abiertos. No tienen orgullo, ni dignidad, ni cerebro. El correcaminos apuesta por diversión, pero sabe bien lo que hace y nunca le atropellan. Es un pájaro solitario, tiene que pensar por sí mismo. La liebre no tiene ese problema.

El paisaje cambió de apariencia hacia el norte. Donde la autopista solía perderse en el horizonte, ahora se alzaron, de repente, un depósito de agua marcado con la letra B y una columna de humo azul, un grupo de álamos de color verde brillante y las formas rectangulares de varias casas y tiendas. Dejamos atrás un cementerio de automóviles y una gasolinera abandonada

(«Ahorre dos centavos»), un puñado de chabolas de cartón alquitranado, un motel sobrio y nuevo, con supermercado y cafetería, y entramos, reduciendo la velocidad rápidamente, en el pueblo de Baker. El rancho del abuelo quedaba a unos treinta kilómetros hacia el oeste, junto a la falda de las montañas; ya casi estábamos en casa.

El viejo aparcó la camioneta frente al garito de Hayduke, una combinación de tienda de ultramarinos, oficina de correos y parada de autobús. Cuando apagó el motor, el silencio me resultó sorprendente; el único sonido que pude oír en un principio fueron los repiqueteos y gemidos de la gramola del bar de al lado. Algo cansados, nos bajamos de la camioneta y nos detuvimos bajo el feroz resplandor del sol. Agarré la cantimplora de agua que colgaba en la delantera de la camioneta.

—¿Te apetece un refresco? —preguntó el viejo. Asentí—. Vamos a la tienda.

Una vez en la fría penumbra del interior, tuve que detenerme un momento para que mis ojos se acostumbraran a la falta de luz.

—Ponle un refresco al chico. —Oí decir al abuelo.

—¡Ahora mismo, señor Vogelín! —Y la vivaracha figura del tendero tomó forma ante mí en la oscuridad, con un abrebotellas en la mano—. Hola, Billy. Me alegra que hayas vuelto. Abre aquella nevera de allí y coge lo que quieras. Invita la casa.

—Gracias —farfullé.

—¿Me ha llegado algo? —preguntó el abuelo.

—Tengo por aquí dos o tres más de esas cartas oficiales para usted —dijo Hayduke, desapareciendo en la diminuta oficina de correos de cuarta categoría que tenía en un cuartucho en un rincón de la tienda—. Sí, sí, señor Vogelín, las he visto esta misma mañana. Por aquí detrás, en algún sitio... espere un minuto... sí, señor, aquí están. Aquí está la del Cuerpo de Ingenieros y aquí la del Tribunal del Distrito. ¿Cómo van las cosas, señor Vogelín?

Fui hasta la nevera y me abrí una botella de cerveza de raíz, le di un buen trago y busqué los servicios. El camino, desde El Paso hasta Baker, era largo.

—De eso sabes tú tanto como yo —oí decir al abuelo mientras me dirigía a la puerta—. Y aquí tienes diez centavos por el refresco.

—Ahora vale doce, señor Vogelín. A menos que me dejen la botella.

—La botella nos la llevamos, Hayduke.

Cuando salí, el abuelo estaba esperándome fuera. Hacía calor. Las cartas le sobresalían del bolsillo de la camisa, aún cerradas.

—Vamos a entrar aquí a por una cerveza.

Justo cuando echábamos a andar llegó el autobús Greyhound, que venía de El Paso en dirección a Albuquerque, y paró un momento frente a la puerta de la tienda. El conductor tocó el claxon y arrojó un paquete de periódicos sobre el porche de Hayduke. No subieron ni bajaron pasajeros; el motor rugió y el autobús continuó su camino hacia el norte, próxima parada Alamogordo, a cincuenta kilómetros de distancia. Agarré mi botella con fuerza y me ajusté el sombrero en la cabeza mientras entrábamos en el local amplio y sombrío del bar Wagon Wheel. Más de uno había muerto en aquel lugar.

Un vaquero menudo y marchito, encaramado a uno de los taburetes altos del bar, se nos quedó mirando, parpadeando a causa del chorro de aire fresco y luz que dejamos entrar.

—Cierra la puerta, John —le pidió al abuelo—. Vaya con las moscas... ¿Qué tiempo hace ahí afuera? ¿Aún hace calor?

—Sal y compruébalo tú mismo —soltó el abuelo. Y pidió una lata de cerveza al mexicano que estaba detrás de la barra.

—Yo salgo cuando el sol se pone —dijo el vaquero, encogido sobre la banqueta. Como los indios, nunca había aprendido a sentarse bien en las sillas—. Hola, Billy, chico —me saludó—. ¿Qué haces en este rincón del infierno? ¿Por qué no estás en el colegio, como debe ser?

—Estamos en junio —respondió el abuelo—. Tiene vacaciones. Billy ha venido a pasar otro verano con nosotros en el Box V Si alguna vez salieras a la luz del sol, Bundy, aprenderías a distinguir entre el invierno y el verano.

—Invierno —dijo el hombrecillo, contemplando el techo, pensativo—. Verano. Los recuerdo bien, John. Una vez los vi.

—Pues vuelve a mirar —dijo el abuelo—. Ahí afuera haces falta.

El Wagon Wheel era un buen bar. Siempre me había gustado: amplio, sombrío y tranquilo, perennemente fresco, hasta en los días más calurosos de julio y agosto. Lo que más me gustaba era el gran mural que dominaba la pared oriental, que no tenía ventanas: una enorme pintura primitivista de seis metros de ancho por tres de alto, donde se veía el Pico Ladrón contra un cielo azul inmaculado y tres hirsutos buitres negros volando en círculos por encima de un jinete en el corazón de las Arenas Blancas. El caballo avanzaba penosamente sobre las dunas con la cabeza gacha y los ojos cerrados. El jinete cabalgaba encogido sobre la silla de montar, con una mancha de sangre oscura en la camisa, la vara de una flecha sobresaliéndole por la espalda y un rifle colgando del desfallecido brazo izquierdo. El artista había puesto título a

su obra: «La maldición del desierto, o a sesenta y cinco kilómetros de la esperanza».

Yo bebía mi cerveza de raíz y examinaba el cuadro, mientras mi abuelo mantenía una hosca conversación con aquel vaquero menudo.

—He oído que le has declarado la guerra al Gobierno de Estados Unidos, John —dijo el vaquero.

—No, son ellos los que me la han declarado a mí.

—Quizá el Gobierno tenga más necesidad de ayuda que tú. —El hombrecillo calló un momento y luego dijo—: ¿De parte de quién está Lee?

—Espero que de la mía.

—Bueno, pues eso, quizá el Gobierno tenga más necesidad de ayuda que tú. Yo creo que a lo mejor tendría que ofrecerme voluntario, echarles una mano. Cuando el verano se acabe, claro, y ya no haga fuera este calor de mil demonios. ¿Dónde debería alistarme, John? ¿En el Ejército de Tierra, en la Armada, en los Marines o en el Ejército del Aire?

—Bundy, me estás dando dolor de cabeza. —El viejo se acabó la lata de cerveza y se volvió hacia mí—. Vámonos, Billy.

El abuelo y yo salimos al fulgor hiriente de la tarde. El calor nos golpeó como la explosión de un horno, pero el aire seco absorbió de inmediato el sudor de mi cuerpo y me produjo al menos una ilusión de confort. Nos dirigimos a la camioneta, con su letrero BOX V pintado en el panel de la puerta, y subimos. Tras parar en el supermercado nuevo que habían abierto a las afueras del pueblo, donde el abuelo compró harina y frijoles, tomamos dirección sur hacia la salida del pueblo y giramos al oeste, enfilando los treinta y dos kilómetros de camino accidentado que conducían al rancho.

El paisaje que se extendía ante mí era muy parecido al del mural de la pared del bar Wagon Wheel. Hacia el oeste se erguía, con su forma de diente roto, el Pico Ladrón, tres mil metros sobre el nivel del mar coronados por una pluma de nubes. Hacia el norte se encontraba la sierra de San Andrés, con las blancas dunas de yeso que recorrían el pie de sus montañas a lo largo de ochenta kilómetros, y hacia el sur se hallaba la sierra de los Organos, cuyas estribaciones se perdían en las tierras oscuras y desoladas de la frontera con el Viejo México. No faltaban ni siquiera los buitres: una pareja de ellos se cernía en las alturas azules, meditando en el espacio, pero con ojos salvajes que no perdían detalle de lo que se movía abajo, en el desierto, con el estómago, el pico y las garras tensos por el hambre y el deseo. En mi próxima vida, pensé, si me dan a elegir, quiero ser una malvada ave rapaz de alas largas.

Llegamos junto a la frontera y, poco después, a la entrada del pequeño reino de mi abuelo. Él detuvo la camioneta, yo me bajé, retiré el pasador del cierre del portón y lo hice girar encima de sus goznes. Sobre mi cabeza, colgado de la barra superior del marco del portón, un cartel desgastado por los elementos con la inscripción BOX V chirrió en sus argollas de hierro. El abuelo cruzó el umbral con la camioneta, yo cerré la verja tras él, deslicé el pasador y volví a mi asiento.

Atravesamos la llanura de sal del antiguo lecho de un lago, desde la que se elevaban temblorosas olas de calor. A través de las capas de luz y calina, contemplé cómo los contornos dislocados de las cadenas montañosas confluían flotando sobre un mar de niebla amarillenta. En aquellas tierras, la fantasía y los espejismos siempre estaban presentes.

Tras dejar atrás el lecho del lago, pasamos junto a unos montículos de arcilla con forma de colmenas gigantescas, torretas y camas de roca de arenisca, y un jardín salvaje de yucas con tallos de tres metros de alto. El camino descendía hasta el amplio y seco lecho de un arroyo, la camioneta rodó agitando la arena suave y cálida y ascendió hasta el otro lado del lecho entre matorrales de adelfilla y tamarisco, donde un grupo de las vacas hereford mochas propiedad del abuelo descansaban recostadas a la sombra, esperando a que el sol bajara antes de volver a levantarse para buscar algo de comer. La cabina del conductor se llenó de polvo fino y una capa cubrió de inmediato el salpicadero, donde escribí mi nombre con el dedo: BILLY VOGELIN STARR.

Procuramos no hablar mucho durante el camino: la camioneta saltaba como un caballo bronco, el motor rugía, el álcali amargo se nos metía en los ojos y entre los dientes. El abuelo miraba al frente por debajo del ala de su sombrero mugriento y agarraba con fuerza el volante, que vibraba entre sus dedos; yo lo observaba todo a mi alrededor, llenándome los ojos, la mente y el corazón de la belleza de aquel paisaje desolado. Es una tierra dura, dice la gente. Una vaca podría caminar un kilómetro por un bocado de hierba y ocho por un trago de agua. Si el rancho hubiera sido mío, habría vendido el ganado, lo habría llenado todo de caballos salvajes, búfalos, coyotes y lobos, y habría mandado a la ruina el negocio de la carne de vacuno.

Llegamos a la cima de la última colina y alcanzamos a ver por primera vez el cuartel general del rancho, a un kilómetro y medio de distancia y trescientos metros más abajo. Allí estaban el bosquecillo de álamos de Virginia que rodeaba la casa del abuelo, el molino de viento y el depósito de agua y, muy cerca de él, el grupo de construcciones que componían los

establos, el corral, el granero, el barracón y otros edificios anexos, desperdigados por una franja de terreno por encima del árido lecho del que solían llamar Río Salado, un reguerillo de agua dura que serpenteaba entre una y otra ribera.

El abuelo detuvo la camioneta, apagó el motor y se quedó sentado un momento contemplando su hogar, con una expresión triste y perpleja en el rostro quemado y curtido por el viento.

—Todo tiene el aspecto de siempre, abuelo —dije—. Como el año pasado y el anterior. Como tiene que ser.

Se removió en su asiento, mascó su puro, alargó la manaza, aquella máquina de agarrar hecha de hueso, músculo y pellejo, y me la colocó en el hombro.

—Me alegro mucho de tenerte aquí, Billy. Esta vez quédate una temporada larga.

En aquel momento estuve dispuesto a abandonar mi otra casa, abandonar a mi madre y a mi padre y a mi hermana pequeña y a todos mis amigos, y pasarme el resto de mi vida en el desierto comiendo cactus al mediodía, bebiendo sangre a la hora del aperitivo y dejando que el sol feroz me desollara el cuerpo y el alma. Sin dudarlo, habría cambiado a mis padres, el instituto, los estudios universitarios y cualquier carrera profesional por un buen caballo de silla. Claro está que un poco más tarde, esa misma noche, al encontrarme solo en la cama, me moriría de añoranza pensando en mi casa.

—Señor, si usted me deja, no volveré. No volveré nunca. Me quedaré aquí y trabajaré para usted el resto de mi vida.

El viejo soltó una carcajada.

—Eres un chico estupendo, Billy. —Me dio un apretón en el hombro. Contemplamos el rancho a nuestros pies durante otro minuto más o menos, y luego el abuelo levantó el brazo y señaló el Pico Ladrón—. Allí es donde iremos mañana. A buscar el caballo. Pasaremos la noche en la vieja cabaña y te enseñaré unas huellas de puma.

Giró la llave de contacto y encendió el motor. En ese mismo instante vi las estelas de condensación de tres aviones que aparecieron por el norte y resplandecieron blancas, cruzando el límpido y claro cielo azul. Los señalé.

—Tres aviones, abuelo. ¿Los ve, ahí arriba? —Más bellos, pensé, incluso que los buitres. El viejo no compartía mi opinión.

—Intrusos —murmuró. Y la sonrisa se le borró del rostro. Su buen humor se desvaneció de nuevo.

No volvimos a hablar durante nuestro descenso hacia el rancho. Tras aparcar la camioneta bajo los árboles, el abuelo avanzó en silencio hacia la casa, sin hacer caso de los perros que se nos acercaron dando saltos y ladrando de felicidad. Wolf, el gran pastor alemán, me puso las patas en el pecho y me empapó la cara con su lengua húmeda, mientras dos cachorros que no conocía trotaban y se revolcaban a nuestro alrededor como bobos.

Las formas, los olores y los sonidos me resultaban maravillosos: los gruesos árboles con sus troncos como patas de elefantes gigantescos y sus masas temblorosas de hojas traslúcidas de un tono verde amarillento, el molino que gruñía y traqueteaba movido por la brisa, mientras bombeaba una magnífica agua fresca extraída de la roca, los caballos de silla resoplando en el abrevadero del corral, la vaca lechera que mugía y las gallinas que cacareaban, la voz de un bebé berreando enfadado en la choza de adobe donde vivía la familia Peralta. Lo mejor de todo era la casa de mi abuelo, con sus sólidos muros de ladrillos de adobe y sus ventanitas cuadradas como los puestos de armas de una fortaleza.

Subimos los escalones que conducían a la amplia veranda, pasamos bajo la gran cornamenta de ciervo y la herradura, y penetramos en el interior fresco y oscuro de la casa. Inmediatamente me llegó el olor familiar de los frijoles hirviendo a fuego lento, la salsa de chili y el pan recién horneado, y supe que había vuelto a casa.

A través de la penumbra del salón, avanzando para saludarnos, llegó Crucita Peralta, la cocinera y ama de llaves del abuelo. Rolliza, con la piel morena como el cuero de una silla de montar, guapísima, Crucita dio un grito de alegría al verme y me abrazó como si yo fuera uno de sus hijos, casi asfixiándome contra su amplio y blando pecho.

—Billy —dijo—, qué alegría verte. ¡Pero cuánto has crecido en sólo un año! ¡Si ya me llegas al cuello! Muy pronto vas a ser alto como un hombre de verdad, más alto que tu abuelo. Pero no tan feo, espero. Anda, dame otro beso, Billy. Seguro que tienes hambre, ¿no? Después de hacer un viaje tan largo, tú sofito, como un hombre.

Conseguí liberarme de su abrazo y admití que estaba hambriento, que me gustaría comer algo.

—Mejor ve primero a atender a tu bebé —sugirió el abuelo—. Ha vuelto a despertarse. Y luego ven a alimentar a este chico. No ha comido nada desde que salimos de El Paso.

Crucita se apresuró hacia la puerta y atravesó trotando el tramo a la sombra de los árboles, respunteado por el sol, que separaba su casa de la

nuestra. El viejo y yo nos movimos a través de la penumbra hacia la cocina, donde me llenó un gran vaso de agua con hielo y se preparó un ron mezclado con agua y hielo en un vaso de whisky. Removiendo su bebida, se sentó a la mesa y me invitó a hacer lo mismo. El largo viaje en camioneta a través del desierto nos había dejado secos. Con la sed aplacada, pero aún exhaustos, permanecimos sentados en silencio esperando a que la mujer regresara.

Me serví un segundo vaso de agua de la jarra y miré a mi alrededor, chupando el cubito de hielo que tenía en la boca. Todo estaba como siempre: una cacerola negra de frijoles al fuego, una hilera de sartenes colgando de la pared, geranios en latas de tomate sobre el alféizar de la ventana, la gran nevera y el congelador de acero inoxidable, que funcionaban con una bombona de butano, en el hueco de la pared junto a la cocina, donde el abuelo los había colocado hacía años. No necesitaba la electricidad para nada, pero le gustaba echarles hielo a las bebidas. Las neveras, las camionetas y los palillos desechables, confesaba, eran los tres grandes avances del hombre moderno.

Crucita volvió con el bebé en brazos y lo depositó suavemente en el suelo, lejos de la cocina, antes de servirnos al abuelo y a mí sendos platos desbordantes de frijoles, ternera, huevos fritos y patatas, todo ello generosamente aderezado con salsa de chili. Los platos venían acompañados por gruesas rebanadas de su pan recién hecho, mantequilla, mermelada, leche y café. Con buen apetito, devoré la comida con la que llevaba soñando durante un día y medio y más de tres mil kilómetros en el tren. Al tiempo que daba cuenta de mi plato, me secaba las lágrimas de los ojos, me sonaba la nariz, bebía toda el agua y la leche que podía, y añadía un chorlito más de salsa picante a mis frijoles.

Una vez hubo terminado, el abuelo desenvolvió un puro y se recostó en la silla, inclinándola contra la pared.

—¿Dónde está Eloy? —preguntó. Se refería a Eloy Peralta, el marido de Crucita y empleado del abuelo.

Crucita le sirvió otra taza de café.

—Dijo que iba a la linde norte, señor Vogelín. Quería arreglar el agujero de la valla, bajo el cono de ceniza y roca volcánica, por el que pasan los jeeps.

El abuelo gruñó.

—Sí, los dichosos soldaditos. Si vuelven a hacerlo saldré a perseguirles.

—¿Qué ha pasado?

El abuelo se volvió hacia mí con ojos sombríos, como si estuviese viendo algo dentro de su cabeza. Se le suavizó la expresión.

—Verás, Billy, lo que pasa es que a los soldados del campo de pruebas les gusta cazar liebres. Supongo que no tienen nada mejor que hacer y se dedican a perseguir a los pobres bichos aterrorizados, y en una de éstas atravesaron la verja. Es la segunda vez que ocurre este año. Si tienen tantas ganas de guerra, no entiendo cómo no se buscan una en el extranjero y nos dejan en paz al resto de la ciudadanía. —Se encendió el puro y casi desapareció tras una nube de humo gris.

Desde el exterior, el mugido de la vaca lechera llegó a nuestros oídos. Crucita estaba fregando los platos y aclarándolos con agua hirviendo que vertía de la tetera de hierro que tenía al fuego.

—Esa vaca —dijo— siempre quiere que la ordeñen cuando estoy ocupada. Que se espere.

—Saltará la valla —advirtió el abuelo.

—Primero acabaré de bregar los platos, vaca del carajo.

—A lo mejor se ha escapado el ternero. ¿No está ya destetado?

—Le faltan dos semanas —le informó Crucita.

La vaca volvió a mugir. Con gran estruendo, Crucita colocó los platos en el escurridero, recogió al bebé del suelo y salió de la cocina con paso rápido. El viejo y yo la miramos marchar.

—Crucita sabe hacer de todo, ¿verdad, abuelo?

—Es una buena mujer. A mí me tiene muy mimado, desde luego. No tengo ni idea de cómo se las arregla para cuidar a todos esos niños, a Eloy, la vaca, las gallinas y encima a mí... y me da un poco de miedo preguntar. —El abuelo daba lentas caladas a su puro y contemplaba el techo umbrío entre bocanadas de humo.

Su mujer había muerto hacía quince años en el hospital de Alamogordo. Al ver su rostro viejo y triste, me pregunté si estaría pensando en ella ahora. Era consciente de que algo grave le preocupaba. Deseé preguntárselo, pero sabía que él me lo contaría cuando quisiera.

La oscuridad y el silencio del crepúsculo empezaron a llenar la habitación: el sol se ponía tras el picacho yermo de la montaña.

El abuelo se levantó de la silla.

—Vamos a salir al porche, Billy. Eloy debe de estar ya de camino.

—¿Cuándo viene Lee, abuelo?

—No estoy seguro; dijo que esta noche, en algún momento.

Empujamos la puerta mosquitera de la cocina y salimos a la amplia veranda, que abarcaba y daba sombra a las fachadas oeste y sur de la casa. Grandes rayos de sol irradiaban hacia el cielo por encima de la cumbre del

Pico Ladrón, dorando la parte inferior de la flota de pequeños cúmulos, de formas claras y bien definidas, suspendidos sobre una invisible llanura de aire. Muy cerca, con sus siluetas de un azul oscurísimo recortándose nítidas contra la puesta de sol, los caracateyes ascendían y se arrojaban en picado como balas a través de las nubes de insectos que revoloteaban sobre las huellas del ganado a lo largo del lecho seco del arroyo. Los murciélagos agitaban las alas entre la luz crepuscular en torno al corral y el depósito de agua, que emitía sonidos extraños parecidos al chisporroteo de una mala conexión eléctrica. Los mexicanos del sudoeste tenían la costumbre de cazar un murciélago mientras dormía durante el día y clavarlo vivo a la puerta del establo para espantar a *las brujas*^[1]. Hay muchas brujas en Nuevo México, unas buenas, otras malas, todas caprichosas y aficionadas a enredar con el ganado de la gente. Yo no creía en las brujas, pero sabía que estaban ahí fuera.

—Ahí viene el señor Peralta —dije, al ver un caballo y su jinete emerger a paso lento de las salcedas que se extendían a lo largo del río medio seco.

Eloy Peralta, el único empleado a tiempo completo que mi abuelo tenía en el rancho, era un buen hombre, hacía bien cualquier cosa de provecho, y estaba dispuesto a trabajar unos trescientos sesenta y cuatro días al año por ciento cincuenta dólares al mes, más alojamiento y comida para él y su familia. Aquello era explotación, sin duda, pero quizá él no lo sabía, o si lo sabía, no le importaba. Parecía disfrutar haciendo cosas como tender alambre de espino, herrar caballos, marcar terneros y discutir con mi abuelo, y cuando se ponía furioso y dejaba el trabajo, como hacía a veces, sabía que siempre podía volver al día siguiente.

—¡Renuncio! —bramó, mientras se nos acercaba a través de la penumbra a lomos del caballo cansado y sudoroso—. ¡Jesucristo y la maldita Virgen! —Frenó el caballo al pie de la escalera del porche y nos miró. Al verme, una amplia sonrisa le iluminó el rostro del mismo color de la silla de montar—. ¡Billy, *m'hijito*! ¡Bienvenido de nuevo a este reino quemado, dilapidado, arruinado y sin valor que es el rancho de tu abuelo Vogelín!

Sacó un pie del estribo, levantó una de sus cortas piernas y la colocó en el cuello del caballo. El animal, el viejo Skilletfoot, descansaba sobre sus huesos, espantando jejenes con la cola y dejando colgar la cabeza entre las patas delanteras. Le devolví el saludo. Hubo un corto silencio mientras Peralta contemplaba la puesta de sol y se arrancaba los cadillos que se le habían ido engancho a las perneras del pantalón.

—Mejor vete a casa y cena, Eloy —dijo el abuelo—. No tengo ganas de oír la historia ahora mismo.

Peralta gruñó indignado.

—No, claro que no tiene ganas de oírlo. Mire, señor Vogelín, me parece que va a ser mejor que nos vayamos a otro sitio, a Nueva York, o Pensil... ¿Cómo se llama ese lugar, Billy? Eso, Pensilvania, ¿de acuerdo? No quiero seguir trabajando en este maldito y polvoriento rincón del mundo.

—Vete a casa a comer y cállate —dijo el abuelo con cansancio.

—Sí, claro, que me calle. ¿Y si cerramos los ojos también? A lo mejor así todo se arregla. —Siguió arrancándose abrojos del pantalón vaquero—. Hoy no iban persiguiendo liebres, señor Vogelín.

—¿Ah, no? ¿Y qué perseguían?

—No sé. Lo que era no lo sé. Una cosa alargada, blanca y brillante, que cayó del cielo como una flecha y empezó a arder. Tres jeeps y los hombres de los cascos amarillos salieron todos disparados detrás de ese cacharro como locos.

—¿Han vuelto a romper la verja?

—¿La verja? No, yo la arreglé. Esta vez encontraron la cancela y la dejaron abierta; se escaparon una, dos, tres vacas. Me he pasado toda la tarde buscándolas. Cuando voy a hablar con esos locos, me dicen que no me acerque, me persiguen con el jeep y asustan al caballo y me gritan: «¡No te acerques, no te acerques!». —Peralta imitó a los hombres de los cascos amarillos, agitando los brazos y haciendo como si gritara—. «¡No te acerques, no te acerques! ¡No te acerques, mexicano de mierda!».

—¿Eso te llamaron?

Peralta dudó.

—Creo que sí.

—¿Y tú qué les llamaste?

Peralta volvió a dudar, mirándome de reojo.

—Yo no les llamé nada a esos gringos de mierda. Aunque quizá me oyeron, yo qué sé. Me marché a buscar las vacas. Y entonces vino el camión grande con las luces rojas y la sirena, así. —Eché hacia atrás la cabeza, quitándose el sombrero, y aulló al cielo en voz no muy alta, imitando la sirena. Se detuvo—. Mañana a lo mejor encontramos las vacas.

—Eloy, no deberías usar ese lenguaje delante del chico.

—Ya lo sé, y lo siento muchísimo.

—Vete a casa y cena. Bájate de ese pobre caballo. Por Dios, mírale las pezuñas. Ha vuelto a perder dos herraduras.

—Señor Vogelín, no consigo que las herraduras le duren a este cabeza de chorlito. Creo que vamos a necesitar las sartenes.

—Vamos a necesitar una bala —farfulló el abuelo. Peralta me dijo adiós con la mano, sonriente, y se dirigió al corral, seguido por una nube de jevenes que ejecutaban su danza molecular en torno a él y su montura.

—Dile a Crucita que yo me encargo de prepararle el cuarto al chico —le gritó el viejo, y Peralta asintió.

—Tú y yo mejor vámonos a dormir, Billy —dijo el abuelo—. Nos pondremos en marcha mañana antes de que salga el sol.

Sacamos mi equipaje y los víveres de la camioneta y volvimos al interior de la casa. El abuelo me condujo a través del enorme salón principal con sus alfombras indias en el suelo; pasamos frente a la chimenea, que parecía una cueva, donde una pila de troncos de mezquite aguardaba a que le prendieran fuego, y después bajo los antiguos rifles y trofeos de caza colgados en las paredes. Tras atravesar el salón cruzamos frente al despacho del abuelo. La puerta estaba abierta. Pude entrever el escritorio de tapa corrediza sobre el que se acumulaban pilas de papeles, libros de contabilidad y cartas. En la parte superior descansaban las fotos de la esposa y las tres hijas del viejo: mi madre, que vivía en Pittsburgh; Marian, que vivía en Alamogordo; e Isabel, que vivía en Phoenix. Todas casadas, con hijos y con sus propios problemas. En la pared, encima del escritorio, colgaba un retrato al óleo de Jacob Vogelín, el padre del abuelo, el holandés de barba oscura que había fundado el rancho allá por la década de 1870, estafando primero y combatiendo después a los apaches mescaleros, a la compañía ferroviaria Southern Pacific Railroad, a la ganadera Goodnight Cattle Company, al First National Bank de El Paso y al Gobierno de Estados Unidos con sus inacabables guerras, crisis económicas e impuestos sobre la renta.

Dejamos atrás el despacho, nos internamos en el sombrío pasillo alfombrado que conducía a las habitaciones. Las dos primeras permanecían cerradas; la tercera estaba abierta, y en ella entramos. Era el cuarto en el que había dormido los dos veranos anteriores, pero entretanto mis tías lo habían usado durante sus visitas ocasionales al abuelo. La habitación tenía ahora el toque femenino que atestiguaba su paso: papel pintado de flores en las paredes, colchas de color rosa y verde pastel sobre las camas, cortinas de brocado y visillos como tutús de bailarina colgados frente a las ventanas, impidiendo el paso de la luz y el aire.

Nos paramos justo en el umbral, mirando alrededor.

—¿Te gusta este cuarto, Billy?

—Es muy bonito.

—¿No te parece un poco agobiante?

—Sí, un poco, señor. —Ambos callamos.

—¿Sabes lo que te digo? —preguntó—. Esta noche duermes aquí. Cuando volvamos de nuestra excursión por la montaña, limpiamos una de las habitaciones del viejo barracón, espantamos a todos los vinagrillos, escorpiones y crócalos cornudos, y te preparamos un alojamiento en condiciones. ¿Qué te parece?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Que me parece una buena idea, abuelo.

—Vale. Pues eso haremos. Ahora echemos un vistazo a una de estas camas de mujer. —Levantó la esquina de la colcha verde y descubrió que la cama ya estaba hecha con sábanas limpias, que olían a jabón, viento y sol—. La buena de Crucita se nos ha adelantado. Que Dios bendiga su alma bondadosa. —Al pie de la cama había un edredón doblado. El abuelo lo desdobló y lo extendió sobre la cama—. Bueno, Billy, desvístete y métete en la cama, y mañana saldremos hacia la montaña. ¿Cuánto tiempo hace que no montas a caballo?

—Nueve meses.

—¿Nueve meses? Sí, mejor será que te vayas a dormir. —Dio unos pasos para marcharse, pero se paró junto a la lámpara de keroseno que descansaba sobre la cómoda—. ¿Quieres que te encienda la lámpara, Billy? —La habitación estaba medio a oscuras.

—No, abuelo. No la necesito.

—Vale. ¿Te has lavado la cara y los dientes?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana en el tren.

El abuelo se lo pensó un momento.

—Bueno, vale. Buenas noches, Billy.

—Buenas noches, señor.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Solo en la oscuridad, repentinamente consciente de estar en una habitación y una tierra extrañas, sentí la primera punzada de nostalgia. Pero, en lugar de regodearme en ella, empecé a desvestirme, colocando cuidadosamente mi sombrero de paja nuevo encima de la cómoda y alineando mis flamantes botas en el suelo al pie de la cama. Cansado pero incapaz de dormir, abrí la ventana y contemplé la hoz de

la luna nueva que flotaba al oeste, y escuché el croar de las ranas toro, un canto más dulce a mis oídos que el del ruiseñor.

Por fin me metí en la cama y permanecí allí acostado con la cabeza apoyada en las manos, mirando al techo en penumbra. Otro espasmo de soledad me recorrió el cuerpo al acordarme de mi casa y de mi madre, que en ese instante habría estado arropándome y dándome un beso en la nariz, en la frente y en los labios antes de volver a bajar las escaleras. Descubrí que echaba de menos aquel ritual familiar, tanto que se me hizo un nudo en las tripas, y finalmente noté un filo húmedo que se deslizaba por mis pómulos. En un momento dado, la vergüenza de mis lágrimas se impuso a la nostalgia y me quedé dormido. Fragmentos de sueños atravesaron mi cerebro: la cabeza de mi caballo subiendo y bajando según ascendíamos por las estribaciones de las montañas, un hombre negro agarrándome del hombro mientras yo holgazaneaba en el vestíbulo del tren traqueteante, un choque de voces humanas discutiendo.

Desperté de nuevo y recordé haber oído llegar un coche o un camión al rancho. La voz de mi abuelo, solemne y amarga, terminó de espabilarme por completo. Me senté en la cama y escuché. A través de la ventana, el cielo brillaba sembrado de estrellas.

El viejo calló. Oí un tintineo de cristal y hielo y el borboteo característico de un líquido al verterse desde una botella de cuello estrecho, y a continuación la voz sosegada de otro hombre, una voz que también conocía: la voz de Lee Mackie.

Espoleado por una súbita emoción, me deslicé fuera de la cama y agucé el oído, pero no pude entender lo que decían. Me puse la ropa interior, me acerqué a la puerta y la abrí silenciosamente, y eché un vistazo al pasillo en dirección al salón. Los ojos de cristal de un antílope disecado reflejaron la luz de una lámpara; la claridad bailó suavemente sobre el cañón octogonal y la recámara plateada de la vieja carabina del calibre cuarenta y cinco que descansaba entre sus cuernos. Desde el lugar donde me encontraba no podía ver ni a mi abuelo ni a Lee. Pero sus voces me llegaban claras, y lo que oí sofocó mi impulso inicial de salir corriendo por el pasillo a saludar a mi amigo.

—Escúchame bien, caballo viejo —decía Lee—. Sabes de sobra que no te servirá de nada cabrearte por este tema y declararle la guerra a los Estados Obtusos de América. Te tienen agarrado por el cuello y punto. Así que mejor será que te resignes y cojas los sesenta y cinco mil.

—¡El Box V no está en venta! —tronó el abuelo. Silencio. Después oí un suspiro del abuelo y un golpe del vaso que dejó con fuerza sobre la mesa, antes de continuar de nuevo—. El Box V no está en venta. El Box V nunca ha estado en venta. El Box V nunca estará en venta. Y por Dios que ninguna pandilla de mandamases y soldaditos y astro... astronautas, o como sea que se llamen, me lo van a arrebatar. Antes muerto. No: los muertos serán ellos. Nunca había oído nada igual. Todos los habitantes del condado de Guadalupe, todo hijo de vecino de Nuevo México debería estar cargando sus pistolas ahora mismo.

—No digas tonterías, John.

—Hablo en serio.

—No me grites.

—No estoy gritando. El que grita eres tú.

—Estás bramando como un toro. Vas a despertar al chico. —Un corto silencio siguió a este comentario. Lee volvió a hablar, en voz tan baja que tuve que adelantarme un par de pasos por el pasillo para oírle—. ¿Crees que alguno de estos canallas de por aquí va a apoyarte, John? ¿De verdad lo crees? Ni lo sueñes.

—Reese me apoyará. Y Haggard quizá. Y tú también.

—¿Yo? ¿Qué quieres que haga, John? Escucha, ¿sabes lo que opinan de esto los hombres de la ciudad? ¿Sabes lo que opinan en la Cámara de Comercio?

—Ya lo sé, ya lo sé, piensan...

—Piensan que este negocio los hará ricos a todos. Más ricos aún. Y piensan que estás loco. Senil, ésa es la palabra que usan; piensan que no eres más que un viejo loco en su segunda adolescencia. Y pensarán cosas peores, ¿me entiendes? Que estás obstaculizando la defensa nacional. Que estás solo contra ciento ochenta millones de estadounidenses.

—No hay tantos de su parte. No puede ser.

—Pues sí, los hay. Y ahora mismo están dale que te pego, encargando más.

—Bueno, pero están todos allá, en el este. No son parientes míos.

—Están todos en tu contra. O por lo menos no están de tu lado. Y eso vale también para Reese y para Haggard; venderán sin ningún problema, ya lo verás.

—Tú estás de mi lado.

—Estoy de tu lado, pero...

—El chico está de mi lado.

—Por supuesto que Billy está de tu lado, pero eso...

—Tres hombres pueden mantener a raya a un millón de esos, ¿cómo se llaman?, astro... astronautas.

—Astronautas. Sí. Pero ellos tienen los papeles y el derecho. Tienen las leyes del Congreso, la seguridad nacional, la potestad para expropiar y la propia Declaración de Expropiación. ¿Qué tienes tú?

—¿Qué es lo que tengo? —La voz de mi abuelo se alzó de nuevo—. Yo tengo las tierras. Mi rancho. Ningún gobierno del mundo me lo va a arrebatarse.

Hubo un momento de silencio.

—Debería irme a casa —dijo Lee—. La pobre Annie me esperó ayer despierta hasta las doce.

—Tú no te vas a ningún sitio. Hoy te quedas aquí. Le dije al chico que saldrías con nosotros mañana. ¿Cómo crees que se sentiría si...?

—Ya lo sé, John. Hablaba por hablar. ¿Para qué si no iba a arrastrar al caballo ochenta kilómetros hasta aquí? ¿Por diversión?

Y allí estaba yo como un pasmarote en el pasillo, medio desnudo y tembloroso, con un pie a punto de dormírseme y la rodilla dolorida. Tenía unas ganas enormes de ver a Lee antes de volverme a la cama. Pero no quería que supiesen que había escuchado su conversación. Aunque lo que había oído me parecía increíble de todos modos. Incapaz de decidirme, cambié ligeramente de posición para dar un respiro a mi pierna agarrotada. En el silencio de la noche, el viejo oyó el movimiento.

—¿Billy? —dijo. Tragué saliva, incapaz de responder—. Billy, ¿eres tú? —Oí crujir una silla y el abuelo apareció en el umbral de la puerta al fondo del pasillo, con un brillo en las gafas y la mata de pelo blanco resplandeciente a la suave luz amarillenta de la lámpara de keroseno—. ¿Por qué no estás en la cama?

—Es que... es que quería saludar a Lee —farfullé.

Y de pronto allí estaba él, alzándose por detrás del viejo y sonriéndome. Lee Mackie, alto, delgado y con los ojos oscuros, un hombre valiente y audaz.

—Hola, Billy —saludó. Me tendió la mano derecha—. ¡Qué alegría tenerte de vuelta! Ven aquí a saludarme.

«¡Arriba!».

«¡Venga, chaval, despierta!».

Mis sueños aún se estaban evaporando cuando noté una mano brusca que agitaba la cama, abrí los ojos y vi a la luz de las estrellas el rostro sonriente de Lee Mackie. Me senté de un brinco, henchido de pronto de entusiasmo y sintiendo una alegría loca.

Sus ojos relucieron en la oscuridad.

—¿Estás despierto?

—Sí, sí —dije.

—Vístete y ven a desayunar. Salimos hacia la sierra dentro de diez minutos.

Me deslicé fuera de la cama y me puse de pie, aún tambaleante, frotándome los ojos. A través de la ventana podía ver las inusuales constelaciones de estrellas que relucían como diamantes sobre el terciopelo del cielo azul profundo, y un ramillete de ellas tan claras y brillantes que parecían no estar más lejos que las hojas de los árboles.

—Venga, voy a encenderte la lámpara. —Lee se palpó el bolsillo en busca de cerillas, las encontró, encendió una y prendió la mecha de la lámpara de keroseno que estaba sobre la cómoda—. ¿Cuántos huevos quieres, Billy? ¿Tres o cuatro?

—Cuatro. —Busqué mi maleta. La ropa que quería ponerme estaba dentro.

—Date prisa. Tienes un minuto para vestirte. —Lee salió de espaldas por la puerta y se alejó por el pasillo a grandes zancadas, silbando como un sinsonte.

Abrí la maleta y saqué mis pantalones vaqueros y mi camisa de vaquero ajustada con botones de perlas de imitación en forma de diamante: una camisa estupenda. El aire estaba helado; me vestí rápidamente, me embutí las botas, agarré mi sombrero nuevo, crucé renqueante el umbral y avancé por el pasillo hacia el cálido fulgor de la cocina.

Lee estaba de pie frente al fuego rugiente de la cocina de leña, revolviendo un amasijo de huevos y patatas en una sartén de hierro gigantesca. Las llamas y el humo asomaban por los bordes de la sartén, la tapa del hornillo estaba apartada a un lado. Un olor a enebro quemado impregnaba el aire.

Lee me oyó acercarme y me recibió con su sonrisa blanca, señalando con la cabeza la mesa, puesta con tres platos. Primero me dirigí al fregadero, abrí el grifo y me mojé la cara con agua fría. Me la sequé con un trapo limpio que colgaba de un clavo, me peiné con los dedos y ¡listo!

—Tráete aquí al abuelete —me pidió Lee—. El desayuno está servido.

Fui hasta la puerta mosquitera y llamé al viejo. Estaba afuera, de pie sobre la tierra desnuda bajo la veranda, hablando con Eloy Peralta, dos figuras oscuras a la tenue luz del alba. El abuelo se despidió de Eloy con una palmada en el hombro y entró en la cocina. Los tres nos sentamos a la mesa y nos comimos, iluminados por la llama de la lámpara, el succulento desayuno que había preparado Lee. Yo tenía hambre, un hambre maravillosa, un apetito que ya casi había olvidado que era posible tener.

—¡Eso es! ¡Así se devora! —dijo Lee, sonriéndome con entusiasmo—. Mírale cómo come, John. A los vaqueros siempre se los reconoce por su forma de comer. Si hay uno que no come como un lobo, algo falla.

El abuelo me sonrió.

—Nos lo quedamos. —Su enorme mano izquierda atenazaba una taza de café humeante; yo me fijaba en las pecas y los pelillos pelirrojos sobre los nudillos.

—Toma un poco más, Billy. —Lee me sirvió en el plato más huevos revueltos con patatas fritas. Yo añadí un par de lonchas de beicon de la segunda sartén y unté con mantequilla otra rebanada de pan—. ¡Eso es! —exclamó Lee—. Si hoy nos topamos con ese puma, me voy a compadecer del pobrecillo.

—Pero imagínate que él encuentra al caballo antes que nosotros —dijo el abuelo—. Ese caballo vale mucho.

—Es la ley natural —repuse con la boca llena. Me miraban mientras comía.

—Vamos —dijo Lee en cuanto hube terminado—. Que ya presiento cómo está saliendo el sol en Texas.

Se bebió de un trago el café que le quedaba, empujó la silla hacia atrás, se levantó y agarró su sombrero. Yo me levanté, agarré también mi sombrero, y cuando Lee se puso el suyo, yo me puse el mío. El abuelo desprecintó un puro.

—Ahora mismo voy con vosotros. No me esperéis.

Lee salió caminando a grandes zancadas y yo le seguí. Junto a la veranda estaba aparcado el cochazo enorme color mostaza de Lee, con sus cromados refulgentes. Lee acarició el esmalte al pasar junto a él.

—Es un pedazo de máquina, ¿eh, Billy?

—Es bonito.

En realidad no le presté mucha atención. En el sitio del que yo venía, las calles estaban casi completamente cubiertas por aquellos objetos metálicos, y los peatones sólo podían cruzar la calzada cuando las máquinas se lo permitían. Estaba tan acostumbrado a ellas como al hollín sobre el cemento o al olor a alcantarilla. El coche de mi padre era de alquiler con opción a compra y cambiaba de modelo cada seis meses.

Caminamos en silencio a través de la penumbra bajo las hojas trémulas de los álamos en dirección a los establos y el corral. Hacia el este divisé las cintas verdes del alba que se extendían sobre la meseta violácea. Un búho cornudo ululó desde las salcedas. Las loicas y los chivirines barranqueños, invisibles pero omnipresentes, cantaban claros, como los ángeles, en los pastos más allá del corral y en el campo de alfalfa que se extendía por el lecho seco del arroyo.

—Lee —dije.

Me agarró el brazo un momento.

—Es mejor que no hablemos de ello hoy, Billy. Todo saldrá bien. No dejes que te quite el sueño.

La puerta mosquitera se cerró con un golpe a nuestras espaldas, un ruido estruendoso en medio del silencio, y al mirar atrás pude ver el rescoldo ardiente del puro del viejo, que bajaba las escaleras del porche.

Lee y yo entramos en el establo, a tientas encontramos el cuarto de los arreos y nos aparejamos con todo lo necesario. Lee llenó un morral de grano y salimos al corral. Con la brida escondida detrás de la espalda, contemplé el grupo de caballos que piafaban y resoplaban en el rincón opuesto del corral, hambrientos pero alarmados. A la luz mortecina se me antojaban grandes

como mastodontes, con los ojos llameantes de roja amenaza y las pezuñas aporreando el suelo como mazos.

Lee me tendió el morral.

—Elige tu montura.

Avancé lentamente hacia el grupo de animales; estaba asustado, y mi miedo iba en aumento cuanto más trataba de disimularlo. Busqué a mi favorito, un pequeño bayo castrado con la crin negra, de raza local y patas largas. Era el caballo que había montado con más frecuencia el año anterior. No pude distinguirlo entre la manada en movimiento.

—¿Dónde está Rascal?

—¿Rascal? —dijo Lee—. Pero, Billy, si ése es el caballo que vamos a buscar hoy. Lleva una semana perdido.

Mi abuelo salió del establo con una silla de montar al hombro.

—Ve a por el viejo Blue. Ahí lo tienes. Es el que mejor te va ahora.

Volví a avanzar, ahora con el saco de grano por delante, y los rocines vinieron a mi encuentro y se arremolinaron junto a mí, estirando los hocicos hacia el morral, empujándome hacia la valla y pisándome despreocupadamente las botas nuevas. Ofrecí el morral a Blue, un tordo grande, le pasé las riendas por el cuello y le conduje lejos de la manada, hasta la valla del corral. Mientras el caballo desayunaba, trepé hasta la mitad de la valla y le coloqué la mantilla y la silla de montar sobre el ancho lomo.

Ya no tenía ningún miedo. La mole gigantesca del animal, sus mandíbulas poderosas que machaban el salvado y la cebada y los convertían en papilla, y su dócil indiferencia a mi actividad me inspiraban confianza y afecto. Me sentía tontamente orgulloso de que una bestia tan grande y fuerte se sometiera a mis designios, aunque fuera mediante un soborno. Cinché la silla apretándola lo más que pude y monté para comprobar la longitud de los estribos. Demasiado largos: tuve que desmontar para reajustarlos. A estas alturas, Lee y el abuelo, que fingían no fijarse en mis esfuerzos, tenían sus monturas ensilladas, embridadas, con el hambre saciada y listas para partir.

Blue casi había terminado. Intenté quitarle el morral para colocarle el freno en la boca. Él sacudió la cabeza y me tiró al suelo. Me levanté, aguardé respetuosamente a que se quedara satisfecho tras haber vaciado el morral, entonces pude embridarle y me subí a la silla.

Desde allá arriba, el mundo tenía un aspecto diferente... mejor. Una alegría primitiva me inundó el corazón mientras guiaba el caballo lejos de la valla, hacia la puerta. Un toque de mis tacones y avanzaba; un leve tirón de las riendas y se detenía. Me incliné hacia delante y le acaricié los hombros

poderosos. «Buen chico, Blue...». Me sentía como si midiese tres metros de alto, señor de caballos y hombres. Los pájaros, graznando en el desierto, se hacían eco del placer que colmaba mi alma.

Lee y el abuelo se pusieron a mis costados: Lee en un cuarto de milla de color oscuro; el abuelo en su gran semental alazán, Rocky. El abuelo preguntó:

—¿Estás listo, Billy?

—¡Sí, señor!

—Atate esto a la silla. —Me dio un poncho, sonriendo. Estaba vuelto hacia el este; vi reflejos del alba en sus gafas. Al principio no entendí por qué me sonreía con aquella expresión tan extraña, hasta que noté las lágrimas derramarse desde mis ojos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, señor. —Miré hacia otro lado—. Abuelo, estoy tan... tan...

—Ya lo sé, Billy. Sé cómo te sientes. —Me acarició la espalda—. Vámonos.

Lee se adelantó y abrió el portón del corral, subiéndose y bajándose del caballo con su destreza habitual. Lo atravesamos cabalgando, lo dejamos abierto, y los demás caballos nos siguieron. Cuando iniciamos un trote brioso a través del prado irrigado hacia el río de arena, se detuvieron y nos contemplaron marchar, las cabezas levantadas con curiosidad solemne. Me dieron pena: los dejábamos atrás. En aquel momento me hubiera dado pena cualquier ser de la faz de la Tierra, hombre o bestia, que no viniera con nosotros.

Cuando llegamos a la verja oeste, el abuelo descabalgó y la abrió, y nosotros la cruzamos; cerró la verja y nos dio alcance mientras cabalgábamos entre las adelfillas y tamariscos que bordeaban el lecho seco del arroyo. El Río Salado. Cruzamos a caballo la arena y la grava firmes, cubiertas de álcali blanco, hasta el estrecho cauce de agua que brillaba y se agitaba al fondo. Allí paramos y dejamos que los caballos abrevaran una última vez antes de adentrarnos en el desierto y las montañas áridas que se extendían del otro lado.

Contemplé una pareja de lavanderas corretear con sus patitas centelleantes junto al agua, río arriba, y noté el suave rumor de la multitud de hojas que se mecía sobre nuestras cabezas. Miré hacia arriba, a las ramas de los álamos de la orilla. La fantástica luz plateada que precede a la aurora bañaba sus hojas en continuo movimiento, aunque yo apenas podía apreciar la brisa. Llenos de vida, los árboles susurraban con pausada emoción, disfrutando de la mejor hora del día. Cuando el sol se alzara, les impondría una obligada somnolencia

durante las horas de calor asfixiante que precedían y seguían al mediodía. Yo sabía cómo se sentían y cómo podían sentirse.

—Un zorro norteño —dijo Lee.

Miré a mi alrededor apresuradamente, tratando de atisbar un zorro en las zonas altas.

—Ahí abajo —me indicó, señalando el fango junto al agua.

Al observar con más detenimiento, pude discernir unas huellas diminutas, como de perro, que descendían hasta el arroyo.

—Me alegro de ver que todavía quedan algunos —dijo el abuelo—. Aún no los han envenenado a todos.

Los caballos levantaron las cabezas. Les incitamos a avanzar, cruzamos salpicando la corriente poco profunda, ascendimos la ribera por una vereda abierta por el paso del ganado y atravesamos la arboleda y los montículos de grava más allá del lecho del río hacia campo abierto y las praderas. Frente a nosotros se extendían ocho kilómetros de arena, piedras y cactus, y a continuación las estribaciones salpicadas de enebros y pinos piñoneros que conducían a la sierra y a la cumbre desnuda del Pico Ladrón.

La grama, reseca y parduzca, crecía en parches circulares bajo la espesura, entre las rocas y las dunas. No había otro tipo de hierba. Las reses, que llegaban a todas partes, se comían todo lo que encontraban, pero no podían basar su sustento en una maleza tan escasa. Pacían los arbustos duros del desierto: arbusto negro, hierba de conejo de Guadalupe, romerillo cimarrón, efedráceas, gobernadora y mezquite. En tiempos difíciles, en circunstancias desesperadas, se comían incluso los nopales, a veces con la ayuda del rancharo, que iba delante de ellas quemando los pinchos con un lanzallamas. Si aquello no bastaba, el rancharo tenía que comprar pienso. Si se arruinaba comprando pienso, entonces podía vender su ganado y esperar la llegada de la lluvia y un año mejor. Si la lluvia tardaba demasiado, vendía su rancho o dejaba que se lo quitaran los bancos. Cuanto más pequeño era el rancho, mayor era el riesgo, y mi abuelo Vogelín era uno de los pocos rancharos independientes que de alguna manera habían sobrevivido a la rueda de las sequías y la crisis económica. Casi nunca recuperaba los gastos, pero jamás se arruinaba.

Cabalgamos bajo una yuca gigante en plena flor, una especie de lirio monstruoso con una base de hojas tan grandes, rígidas y afiladas como bayonetas, un tallo de tres metros y medio y una panícula de flores gordas, como de cera. Por el desierto había más de aquellos espantapájaros solitarios y floridos diseminados en todas direcciones.

—¡Fijaos en esta planta! —exclamó el abuelo—. ¿Sabéis lo del tipo que vino a verme un día? Dijo que venía de la Oficina de Ordenación de Pastos. Vio estas yucas y me preguntó para qué servían.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó Lee, mirándome con una sonrisa socarrona.

—Soy un viejo paciente y bobo —exclamó el abuelo—, así que intenté seguirle la corriente. Le dije que los indios hacían cestos con las fibras de las hojas, utilizaban los troncos para construir vallas y darse sombra y preparaban buenas medicinas con las flores. Siempre conservando yucas suficientes para poder usarlas en el futuro, por supuesto. Pero el tipo va y me contesta: «Ahora hay papel y celofán y cartón, ¿para qué iba nadie a querer una cesta de yuca?». Y sigue: «Tampoco necesitamos sombra. Basta con meterse dentro y encender el aire acondicionado cuando hace calor». Y remata: «Y si uno quiere medicinas, en Juárez le venden todas las que hagan falta a cinco dólares el frasco de cuatro litros».

—Ahí te pilló, me parece —dijo Lee.

—Ganó la discusión —reconoció el viejo—, pero condenó su alma inmortal. Va y me suelta eso y luego me pregunta: «Bueno, y entonces ¿para qué sirve la yuca?». ¿Cómo iba yo a contestar a semejante pregunta? Bien sé lo que la yuca opina al respecto, pero soy tan incapaz como ella de explicarlo con palabras. No podía decirle que retiene el suelo, porque aquí no hay suelo fértil. No podía decirle que da una sombra agradable, porque su sombra no alcanza ni para una liebre. Así que vio que me estaba arrinconando y lanzó su jugada maestra. «La yuca no sirve para nada», me dice. «Le bebe el agua y le come los minerales de su terreno, pero no le da ni cinco centavos de beneficio». «¿Y qué hago con ella?», le pregunto. «Mátela», me dijo, «mate a todos... todos y cada uno de esos mamarrachos espinosos. ¡Y no se quede ahí!», me dijo. «Mire esos álamos en las márgenes del río, sirviéndose toda el agua». «¿Y qué quiere que haga con ellos?», le pregunto. «Deshágase de ellos», me dice. «Le están chupando la sangre como vampiros: tálelos. Piense en el despilfarro que suponen. ¿No está usted a favor de la conservación del medio ambiente?», me pregunta.

—Te estaba comiendo todo el terreno —dijo Lee—. ¿Y qué le respondiste a eso?

—Le dije: «Sí, claro que estoy a favor», y me dice: «Pues haga algo al respecto o algún día le revocaremos el permiso de pastoreo y le haremos comer torta de semilla de algodón y cenar delante del televisor».

—Como todo el mundo —dijo Lee—. Me da la impresión de que te hizo picadillo.

—Desde luego que sí —convino el abuelo.

Cabalgamos en silencio durante varios largos segundos.

—¿Y usted qué hizo, abuelo? —pregunté.

—Tengo que confesar, aunque me da vergüenza, que perdí los nervios. Pero vertí toda su sangre en la acequia, para que no se perdiera ni una gota del valioso líquido, y planté el cadáver junto a la puerta de la barraca, donde quizá os hayáis fijado que crecen unas malvarrosas bien fuertes y vigorosas. Las de las flores rosas tan grandes. Al día siguiente vino a verme un joven del Servicio Nacional de Pesca y Vida Salvaje. Quería enseñarme un tipo nuevo de trampa, un dispositivo de cianuro para exterminar coyotes, zorros, pumas y otras especies de animales depredadores.

—¿Y qué tal funcionaba la trampa, John?

El abuelo arrojó la colilla ardiente de su puro a un hormiguero junto al que pasamos.

—Funcionaba de maravilla.

—No se puede parar el progreso.

—No, pero a mí me esquivó. Ahora lo que hacen es volar por estas tierras en avión y arrojar bolas de sebo por todas partes. A los animales les gustan. A lo mejor a los niños también, no sé.

—¿Bolas de sebo? —pregunté.

—Albóndigas —explicó Lee— rellenas de 1080.

—Si no sabes lo que es —me explicó el abuelo—, seguro que un día de éstos tienes ocasión de probar un poco. Es un maravilloso tipo de veneno nuevo, que hace efecto a través de una cadena entera de animales. Mata al primero que se lo come, mata al animal que se come al primero, y al siguiente, y así sucesivamente. Claro que el veneno se va diluyendo según las víctimas se lo van pasando, así que supongo que al final acabaremos con unos buitres demasiado gordos para poder volar y unos gusanos tan hinchados que no podrán arrastrarse.

—Eso es progreso —dijo Lee—. No puedes negarlo.

—Eso es lo que me da miedo —contestó el abuelo—. El progreso. Volvamos el tiempo hacia atrás. ¿Por qué el progreso tiene que progresar atropellándonos a mí y a los coyotes?

—Bueno, ya habéis oído hablar del carro de Juggernaut. Cuando los misiles aumentan de tamaño, hay que ampliar los campos de pruebas armamentísticas.

El viejo frunció el ceño; no quería hablar de eso. Cambiando de tema, dijo:

—Cierra la boca, abre los ojos y mira esa montaña. —Levantó el brazo y apuntó al granito del alto pico, que ahora brillaba a la luz del sol naciente.

—¿Por qué le llaman el Pico Ladrón? —pregunté, contemplando la transmutación de la desnuda roca gris en oro.

—Porque pertenece al Estado —dijo el abuelo.

—Sí, el Estado se lo robó a los ganaderos —repuso Lee—. Y los ganaderos se lo habían robado a los indios. Y los indios se lo habían robado... ¿a las águilas? ¿Al puma? ¿Y antes de eso...?

—¿Antes qué?

—Mirad —dijo el abuelo, orgulloso—, mirad ahora cómo baja la luz por la montaña. Avanza hacia nosotros igual que una ola.

Un viejo orgulloso de su montaña. Miré a donde señalaba. La luz del sol se deslizaba con rapidez y suavidad hacia abajo desde el pico, en dirección a la cima de las montañas más bajas al norte y al sur, descendiendo por encima del cinturón de pinos hasta las arboledas de enebros. Por el cielo verde se extendían jirones de luz, que pasaban sobre nosotros desde el este, despedidos por la esfera ardiente que despuntaba bajo el borde del mundo. Volviéndome sobre la silla de montar, busqué el sol, y enseguida apareció el primer arco, y luego una porción más y más grande hasta que la bola de fuego entera se alzó, deslumbrante y casi inverosímil, más bella de lo que pudiera imaginar, sobre la sierra de Guadalupe a ciento treinta kilómetros de distancia.

—Sí —continuó Lee—, como una ola. Pero ¿de quién es la luz? ¿De quién es la montaña? ¿De quién es la tierra? Eso es: ¿a quién pertenece la tierra? Contéstame a eso, caballo viejo. ¿Al que tiene un título de propiedad? ¿Al que la trabaja? ¿Al último que la robó?

El sol resplandecía a nuestras espaldas mientras cabalgábamos hacia la montaña, hacia la montaña del abuelo, y las sombras que proyectábamos se estiraban ante nosotros, grotescamente exageradas, durante kilómetros, reptando sobre las rocas, los arbustos, los nopales y las dunas, hasta el mismo pie de las montañas. Bandadas de gorriones trogloditas volaban arremolinándose como confeti oscuro frente a nosotros, piando suavemente, y a nuestra izquierda, entre las sombras de los matorrales, una nidada de codornices desérticas escapó corriendo en diagonal de nuestro camino, lanzando sus pequeños chillidos lastimeros.

—Yo soy la tierra —dijo el abuelo—. Llevo setenta años comiéndome este polvo. ¿Quién pertenece a quién? Tendrán que arrancarme con un arado.

¡Vaya por Dios, me he olvidado los puros!

—Tienes la mollera llena de arena —rezongó Lee, alegremente—. Arrogante como un toro, pero te faltan todos los tornillos.

—Todos tenemos nuestros defectos, señor *político*^[2].

Llegamos a una valla, la linde oeste de la propiedad que figuraba a nombre del abuelo. Al otro lado de aquella línea empezaban las colinas y los montes que el abuelo y su padre llevaban noventa años usando como praderas de pastoreo estival, pero que, en el sentido legal del término, pertenecían al Estado. El abuelo disfrutaba ahora del terreno en arriendo conforme a las complicadas disposiciones de la Ley de Pastos de Taylor. Sin embargo, el terreno del otro lado de la valla no dejaba adivinar su estatus legal en modo alguno: era rocoso, seco y soleado, y carecía casi enteramente de valor, por lo que tenía un aspecto perfectamente real y natural. Al mirarlo, habría sido imposible adivinar que pertenecía a Estados Unidos de América y que aparecía en los mapas pintado de color verde militar.

Allí había otro portón, que mi abuelo había construido y mantenido, y que me tocaba abrir a mí. Lo hice, conduje a mi caballo a través de él, y lo cerré una vez el viejo y Lee lo hubieron atravesado. Había una gran cantidad de plantas rodadoras muertas y apiladas contra la valla; también había unos pocos huesos de vaca, erosionados por la arena y de un blanco inmaculado, lo poco que quedaba de las víctimas de una ventisca remota y casi olvidada.

Seguimos cabalgando, ahora mucho más cerca de los montes. Los enebros que crecían aislados en la falda norte de las montañas nos parecían más grandes, pero no más claros ni distintos de lo que nos habían parecido desde ocho kilómetros de distancia. El aire en aquellas tierras, salvo cuando soplaban el viento, era de una claridad pasmosa, cargado únicamente de luz, oxígeno y la promesa esporádica de un rayo. Era fácil respirarlo y ver a través de él.

Justo frente a nosotros se abría un cañón, que separaba los montes y dejaba un delta de arena y rocas sobre la llanura. Junto a la entrada de este cañón había un corral, un molino de viento y un tanque lleno de agua, donde un pequeño rebaño de ganado esperaba con los morros húmedos, atento a nuestro avance. Todas las reses lucían en la ijada izquierda la marca del Box V, y todas ellas, incluidos los terneros, nos miraban intensamente, como ciervos. No había caballos. Nos detuvimos.

—Antes de nada —sugirió el abuelo—, antes de que se asusten y borren el rastro, vamos a rodear a ese grupo y a ver si el caballo ha estado por aquí.

—¿Cree que el puma lo habrá cazado, abuelo? —pregunté.

—No.

—Un puma se puede dar con un canto en los dientes si pilla un caballo adulto —afirmó Lee—. Incluso un cabeza de chorlito como Rascal.

—Rascal no es un cabeza de chorlito —dije.

—Bueno, ¿y tú cómo lo describirías?

—¿Un puma atacaría a un hombre? —pregunté.

—¿Para qué? —dijo el abuelo.

—Por la carne.

Lee me sonrió con sorna.

—Un puma nunca ataca a un hombre, a menos que sea demasiado viejo o esté demasiado enfermo para cazar una buena pieza. Bueno, o a menos que esté arrinconado, o furioso, o herido, o aburrido, o tenga curiosidad, o mucha hambre, o simplemente sea un mal bicho.

—Gracias —dije—. Eso responde a mi pregunta.

—¿Caballeros, están ustedes listos para continuar? —preguntó el abuelo.

—Lo estamos.

—Entonces reuníos conmigo a ciento ochenta grados de aquí.

Cabalgó hacia la derecha describiendo un gran círculo que le conduciría alrededor del molino y de las vacas, examinando el terreno a su paso. Lee fue hacia la izquierda, y yo le seguí.

—¿Qué buscamos? —pregunté.

—Huellas. ¿Qué vamos a buscar?

—Problemas, supongo.

—Eres un hueso duro de roer, Billy Starr. Pero te has equivocado de sitio. Aquí a la gente no le gustan los problemas. Ni siquiera le gusta la gente. Por eso viven aquí.

Contemplé las montañas duras y silenciosas; las rocas empezaban pronto a arder.

—¿Por qué vives en Alamogordo, Lee? ¿Ya no te gustan estas tierras?

Estudiaba el suelo arenoso del desierto frente a nosotros mientras los caballos amblaban hacia delante.

—Vaca y ternero. Lagarto cola de látigo. Correcaminos. Más vacas. Ningún caballo. Cuervo. Otro lagarto. Pajarillos. Vaca y ternero. Coyote. Todo el mundo viene a beber a este lugar.

—¿Por qué, Lee?

Mantuvo la vista en el suelo.

—¿Por qué, Billy? A uno se le ocurren ideas, Billy —hablaba despacio y en voz baja—. A veces uno desea hacer algo, algo grande. Desempeñar un papel, hacer oír su propia voz en el curso y el desarrollo de las cosas. Claro

que me gustaba vivir aquí, ¡me encantaba! Pero diez años es mucho tiempo. El mundo está cambiando, Billy. A tu abuelo no le gusta admitirlo, pero el mundo está cambiando. Y hasta Nuevo México forma parte del mundo ahora. Muy pronto sabrás a lo que me refiero, Billy.

El corazón se me encogió un poco al escuchar aquellas palabras quedas, tenían un cierto tono funerario. No sabía qué responder.

Lee detuvo su caballo y me miró, las cejas arqueadas en un ángulo extraño, la expresión amable pero seria. Durante un largo momento me observó con aquella seriedad grave y descorazonadora en el rostro; luego los ojos oscuros volvieron a iluminársele, cálidos y alegres, su rostro dibujó una sonrisa deslumbrante, alargó el brazo y me palmeó la espalda.

—¡Venga, hombre, no pongas esa cara de entierro! Alégrate y sonríe. Todavía falta mucho para que se acabe el mundo. —Me miró fijamente hasta que mi rostro empezó a reflejar su humor contagioso—. ¡Eso es! Mucho mejor. Por Dios, Billy, tenías exactamente la misma cara que un empleado de zapatería de Albuquerque. Venga, vamos a reunirnos con el viejo.

Nos pusimos en marcha de nuevo, completamos nuestra mitad del círculo sin encontrar ni rastro de Rascal, y nos reunimos con el abuelo al otro lado del molino de viento.

—¿Qué? —preguntó el abuelo.

—Ni rastro —dijo Lee.

—Ya, no esperaba encontrarlo. Todavía está ahí arriba, en algún lugar de las montañas, malditas sean sus malas pulgas. Vamos a reponer agua y luego pondremos rumbo a las alturas.

Dimos la vuelta y cabalgamos despacio hacia el molino de viento. El calor aumentaba; pude ver el primer torbellino levantarse en el desierto, una columna de polvo que giró vertiginosamente durante unos segundos, chocó con una yuca gigante y se derrumbó. Tenía tanta sed que podía oler el agua.

—Hay un ternero enfermo en aquel rebaño —dijo Lee, mientras desenrollaba su cuerda y sacudía el lazo. El ganado empezó a moverse.

—Que alguien encienda una hoguera —pidió el viejo con cansancio—. Me lo temía...

Yo sabía reconocer una orden al oírla; aunque tenía una sed imperiosa, de camino al depósito desmonté para recoger ramitas y palos secos para la fogata. Mientras Lee galopaba tras la vaca y su ternero y el abuelo sacaba de las alforjas un hierro de marcar y la jeringa de vacunar, yo abrí la navaja, pelé unas virutas de madera de un palo y encendí una fogata. El abuelo colocó la punta del hierro en el fuego, abrió su propia navaja y tanteó el filo con el

pulgar. Conduje a Blue hasta el depósito de agua, lo abrevé y lo até a la valla del corral; al mismo tiempo, Lee regresó hasta la fogata arrastrando al ternero atado con su cuerda. Junto al ternero venía su madre, y ambos berreaban.

Preferí no ver lo que estaba a punto de ocurrir. Me incliné sobre la pared del tanque de acero, que ya estaba caliente por el sol, me quité el sombrero y sumergí la cabeza en el agua fresca. Bajo la superficie del agua, abrí los ojos y miré detenidamente a través de las misteriosas profundidades verdes hacia el lugar donde los renacuajos ondulaban soñadores entre nubes de algas.

Salí a respirar y giré la cabeza para mirar de reojo la batalla que se estaba produciendo. A través del polvo, vi al abuelo arrodillado sobre el ternero atado, con la navaja brillándole en la mano, y a Lee sacar del fuego el hierro al rojo. Los mugidos de la vaca y del ternero eran ensordecedores; volví a sumergir la cabeza.

Cuando la saqué de nuevo, la operación estaba terminada: marcado a hierro y en la oreja, castrado, descornado e inoculado, el ternero había vuelto junto a su madre tambaleándose sobre sus patas temblorosas. Pero algo iba mal: el viejo estaba sentado en el suelo a la escasa sombra de la valla del corral, sudoroso, sin gafas, y Lee le estaba abanicando el rostro con un sombrero.

—Te digo que estoy bien —gruñó el viejo—. Devuélveme el sombrero. —Alargó el brazo, le arrancó el sombrero de la mano a Lee y se lo plantó en la cabeza.

—¿Estás seguro? —dijo Lee.

Corrí hasta ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Tu abuelo...

—No ha pasado nada —tronó el abuelo, aunque tenía la cara brillante de sudor—. Un calambre en el estómago, nada más. Ya estoy bien. Dejadme que recobre el aliento, ¿no?

—Creo que será mejor...

—¿Lee, quieres dejar de alborotarte por mí? —El viejo se puso trabajosamente de rodillas, y luego se levantó. Se sacudió el polvo de los pantalones y empezó a palparse los bolsillos buscando las gafas—. Bueno, ¿y dónde diablos...?

—Aquí, aquí. —Lee le puso las gafas en la mano.

—Gracias. —El viejo se sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones, limpió las gafas descuidadamente y se las puso—. Bueno, bebamos un poco de agua y larguémonos de aquí.

Se dirigió hacia el tanque con pasos pesados, refunfuñando y hablando entre dientes. Lee y yo nos miramos.

—A lo mejor comió demasiado chili anoche —dijo Lee, encogiéndose de hombros—. Al menos eso es lo que él dice.

—No sé —dudé—. ¿Crees que ya está bien?

—Quizá. Mala leche no le falta.

El abuelo levantó la cabeza del agua, se secó la boca con la manga, desató su caballo y se encaramó con agilidad a la silla de montar. Sin dirigirnos ni una palabra, enfiló el camino agreste que conducía a las montañas. Nos quedamos observándolo. Detuvo el caballo y nos lanzó una mirada asesina.

—¿Qué? ¿Venís o tendré que hacerlo todo solo?

Montamos nuestros rocines y cabalgamos presurosos tras él.

—¡Qué día más bueno! —exclamó cuando le alcanzamos en el camino estrecho—. Pero qué calor. Será agradable llegar más arriba.

Miró de soslayo hacia arriba, hacia la cima, hacia la línea de granito que se recortaba contra el azul profundo, oscuro y delirante. No se veía ni un jirón de nube en aquel cielo vibrante.

—Nos separaremos al llegar al sendero de la cresta sur.

—De acuerdo —convino Lee.

—Billy, a partir de aquí no pierdas detalle.

—Sí, señor.

Miré a mi alrededor con detenimiento. La vegetación cambiaba según íbamos subiendo, la maleza del desierto iba dejando paso a grupos de pinos piñoneros y enebros, y a chaparrales de color verde brillante. Pude captar el olor dulce de la resina y las hojas de pino, y oí, en algún lugar por encima de nosotros, el clamor animado de las bandadas de urracas piñoneras. Vi un pájaro carpintero cabecirrojo cruzar los aires como una flecha y aterrizar sobre un pino muerto hendido por un rayo. Algunos de los enebros estaban cubiertos por una lluvia de frutitos minúsculos de color turquesa; arranqué uno y lo mordí: estaba duro y amargo, sabía a trementina, o a ginebra. Lo escupí. La camisa empezaba a pegarse a la espalda; me saqué los faldones de la camisa y dejé que colgaran al aire.

Seguimos cabalgando, cada vez más arriba. El sudor se me escurría por las cejas y me picaba en los ojos. El trasero me dolía por las sacudidas que el pesado y martilleante ascenso del caballo propinaba a mis huesos y mis glúteos poco curtidos. Empezaba a sentir hambre y me pregunté, sin atreverme a hacerlo en voz alta, cuándo pararíamos a comer y qué comeríamos. Y lo que era aún peor, ya volvía a tener sed. Debería haber

bebido mucha más agua cuando tuve ocasión, pensé, entre visiones de la alberca verde bajo el molino de viento cruzándome por la imaginación. Debería habérmela bebido entera, con renacuajos, cangrejos, algas y todo, cuando aún estaba a tiempo.

Lee y el abuelo cabalgaban un paso por delante de mí por el camino estrecho, concediéndome todo el beneficio del polvo. Me armé de valor:

—¿Alguien ha traído agua?

—La barriga llena —respondió el abuelo.

—Me refiero a una cantimplora. —El abuelo y Lee se miraron el uno al otro fingiendo asombro.

—¿Has oído eso?

—Lo he oído, pero no puedo creérmelo.

—Yo no puedo ni siquiera creerme que lo haya oído.

—Escuchadme —dije—. Tengo sed.

—Puede que sea razonable lo que pide —le dijo Lee al abuelo—. Al fin y al cabo, las Camp Fire Girls siempre llevan cantimploras. Los Boy Scouts también llevan cantimploras. Puede que sea razonable.

—Lo digo en serio —protesté.

—Sí, los Boy Scouts son gente seria.

—De verdad: tengo sed. Tengo muchísima sed. Además, los soldados de la Caballería de Estados Unidos siempre llevaban cantimploras.

—Eso es porque se pasaban la vida perdidos —explicó Lee—. Si no sabes dónde estás ni adonde vas, puede que te ayude un poco llevar una cantimplora. Si no dependes sólo de ella. Si tienes la suerte suficiente de encontrar agua a pesar de haberte perdido. De hecho, si no fuera por las películas, la Caballería de Estados Unidos seguiría completamente perdida. Habría perdido la guerra.

—¿Qué guerra? —preguntó el abuelo.

—Pues la guerra que ganaron.

—¿Qué guerra es ésa?

—Olvidadlo —dije—. Vamos a dejar el tema.

En ese momento llegamos a un punto alto en la falda de la montaña donde un senderillo tenue se desviaba hacia la izquierda. El camino de carros por el que íbamos continuaba subiendo la ladera hacia el Pico Ladrón. El abuelo detuvo su caballo y miró alrededor. Miró atrás, hacia el sol. Nos miró a mí y a Lee.

—Yo iré por el sendero de la cresta. Vosotros seguid por el camino. Esta noche nos vemos en la cabaña.

—¿Qué hacemos si encontramos el caballo? —pregunté.

El abuelo estudió mi sombrero de paja nuevo.

—¿Cómo te queda, Billy?

Toqué el ala.

—Muy bien, abuelo.

—¿Te mantiene la cabeza fresca?

—Sí, señor.

—Pero no demasiado, ¿eh?

—No, señor. —Aflojé un poco el sombrero.

—¿No te la entumece?

—No, señor.

—Bien. —Tocó con las espuelas a su gran alazán y enfiló el sendero lateral. Se detuvo en medio de dos altos pinos de Banks—. Ven aquí un minuto, Billy. —Miró a Lee. Éste asintió con la cabeza y continuó subiendo por el camino de carros. Cuando llegué donde el abuelo, Lee se encontraba ya detrás de los árboles y no se le veía—. Acércate, Billy —dijo el viejo. Volvió a mirar para asegurarse de que Lee no podía vernos, y entonces abrió una alforja y sacó una cantimplora militar de segunda mano, modelo del Ejército de Estados Unidos—. Sólo te estaba tomando el pelo con lo del agua, Billy. —Desenroscó el tapón y me tendió la cantimplora—. Dale un buen trago. —Sonrió mientras miraba cómo bebía—. ¿Sienta bien, eh?

Bebí un poco más y le devolví la cantimplora.

—Sí, señor —respondí. Era agua bien caliente del pozo, pero la más deliciosa que había probado nunca.

—Hay que estar loco para salir a pasearse por estos lares sin nada de agua —dijo el abuelo. Bebió un trago corto y volvió a meter la cantimplora en la alforja—. Pero no se lo digas a Lee, ¿vale, Billy?

—No se lo diré, abuelo.

—¿Me lo prometes?

—Se lo prometo.

—Muy bien. —Me palmeó el hombro—. Y si encontráis al caballo, echadle el lazo y traedlo con vosotros, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Bien. Y ahora vete con Lee. No le dejes que se pierda. Nos vemos esta noche. —Hizo dar la vuelta al caballo y se alejó de mí al trote por el sendero serpenteante que subía a la cresta de la sierra, y pronto le perdí de vista entre los pinos.

Troté sobre el viejo Blue por el sendero hasta el camino y di alcance a Lee, que estaba de pie junto a su caballo.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, está bien.

Lee miró atrás, al lugar donde el sendero se cruzaba con el camino.

—¿Siguió sendero arriba?

—Sí.

Lee me sonrió burlón.

—¿Todavía tienes sed, Billy?

—No, no mucha.

—Ya, ya te entiendo. —Aún sonriendo, Lee desabrochó una alforja y sacó una cantimplora de estilo militar—. Pero bebe un poco de todas formas.

Los dos bebimos un buen trago antes de que Lee guardase de nuevo la cantimplora.

—Tu abuelo es un gran hombre —me explicó, mientras abrochaba la solapa de la alforja—, el mejor que conozco. Pero ya sabes cómo son estos tipos chapados a la antigua; a veces se empecinan en sus ideas. Demasiado orgullosos para admitir que puedan equivocarse en algo.

—Hay que estar loco para salir a pasearse por estos lares sin nada de agua.

—Ésa es la pura verdad, Billy. Pero... mejor no se lo cuentes a él. —Con la mano izquierda en la perilla de la silla, listo para montar, me miró—. ¿Qué me dices?

—No soltaré prenda, Lee.

—Así me gusta. —Se encaramó a la silla—. Ahora sigamos adelante para ver a qué se han dedicado estas montañas mientras no estábamos por aquí para echarles una mano.

Las montañas habían tenido muchas ocupaciones. Les iba de maravilla. Las piedras y las rocas, surcadas de vetas brillantes de feldespatos y cuarzo, resplandecían limpias y sólidas al sol, tan impolutas que se podría comer sobre ellas, tan nuevas como si hubieran sido creadas ayer. Los enebros desprendían un olor dulce, los pinos de Banks se erguían altos y perfectamente perpendiculares, y los pinos piñoneros tenían las ramas cargadas de racimos de piñas verdes y pegajosas, una cosecha extraordinaria de piñones que maduraría durante el verano y estaría lista para recolectar en septiembre. Por entre los árboles y sobre ellos volaba un animado tráfico de arrendajos azules, pinzones, urracas, chivirines barranqueños, mosqueros, sinsontes y pájaros carpinteros, con algún que otro cuervo negriazul graznando aquí y allá, y por encima de todos ellos, unos trescientos metros

más arriba, un halcón solitario planeando en una corriente ascendente de aire caliente. Las flores también asomaban entre los surcos del camino, por las grietas y agujerillos de las rocas y por todos los espacios abiertos que dejaban las plantas de hoja perenne: espuelas de caballero moradas, campanillas escarlatas, guacos dorados, penstemones azules y rosas, verbenas del color de la arena amarilla pálida y castillejas de un rojo brillante. También había unas pocas yucas desperdigadas, mucho más pequeñas que las gigantes de la llanura, al pie de las montañas, algunas en flor y otras muertas. Corté el esbelto tallo de una de las que estaban muertas y fui paseándolo como una lanza, con el extremo apoyado en la copa del estribo. El sargento William Starr, de la Caballería de Estados Unidos, avanzando hacia el bastión de los apaches mescaleros acompañado de un único explorador.

—Intenta no meterme esa cosa en los ojos, Billy.

—Perdón. —Me cambié la lanza de lado.

—Gracias. Dime, Billy, ¿estás oyendo lo mismo que yo?

—¿A qué te refieres?

—Vamos a parar. —Nos detuvimos—. Creo... —dijo Lee—, creo que estoy oyendo un jeep.

Escuchamos con atención. Yo no oía más que la pesada respiración de los caballos, los graznidos de un cuervo y el susurro suave y quedo de los árboles.

—No lo oigo.

—Yo ahora tampoco —dijo Lee—. Pero lo estaba escuchando hace un minuto.

Volvimos a prestar atención. Y esta vez ambos lo oímos, el quejido del motor de un jeep en una marcha corta tomando una curva mucho más arriba, en la montaña. Venía hacia nosotros.

—¿Cómo han llegado hasta ahí? —pregunté—. Por aquí no han subido. —No había huellas en el camino.

—Tienen que haber ido por el viejo camino de la mina, el que está al norte y pasa por la reserva.

—¿La reserva? ¿Qué reserva?

—La reserva militar. Arenas Blancas. El campo de pruebas para misiles.

—Ah. —Me quedé pensando en aquello.

—Sigamos.

Seguimos cabalgando, imponiendo a los caballos un paso rápido por el camino serpenteante y siempre ascendente. Era el tipo de vía que sólo un jeep —un jeep ágil y fácil de manejar— podría recorrer.

Tras poco más de un kilómetro y medio, en uno de los puntos más estrechos del camino, donde la montaña presentaba una pronunciada pendiente hacia arriba en un sentido y hacia abajo en el contrario, nos cruzamos con los visitantes. El jeep sin capota se arrastraba pendiente abajo con el motor rugiendo, los frenos chirriando y volutas de humo escapándosele por el borde delantero del capó. Lee y yo nos detuvimos, bloqueando el paso. El jeep tuvo que parar, y en cuanto lo hizo, el motor se caló. El conductor lanzó una maldición y empezó a girar una y otra vez la llave de encendido; el motor, sobrecalentado, no respondió. Captamos el olor de la gasolina que ahogaba el carburador cada vez que el conductor pisaba el acelerador. Al cabo de un segundo se dio por vencido, dejó de acelerar y miró a Lee a través del parabrisas de su vehículo.

—Hola —dijo Lee.

—Apártate de mi camino, joder —soltó el conductor.

Lee calló un momento y sopesó lo que aquel saludo insinuaba. Había tres hombres dentro del jeep: el conductor, el copiloto y un pasajero. Los tres llevaban las camisetas sudadas y los pantalones y las gorras del uniforme de faena del Ejército. Parecían cansados. El copiloto sujetaba en vertical, entre las rodillas, una escopeta de dos cañones; el del asiento trasero llevaba una especie de rifle de gran calibre con mira telescópica en una mano y una botella de whisky medio vacía en la otra. El vehículo era un jeep del Ejército de color caqui con marcas identificativas en el parachoques y el capó. Amarrado a uno de los guardabarros se hallaba el bello y esbelto cadáver plateado de un coyote.

—¡Anda, pero mirad lo que tenemos aquí! —exclamó el de la escopeta, con una amplia sonrisa—. Dos vaqueros. Uno grande y otro pequeño. Montados en caballos de verdad, como vaqueros de verdad. ¿Qué os parece?

—Veo que habéis estado de caza —dijo Lee, dirigiéndose a todos ellos. Los tres parecían estar en las mismas condiciones. Casi tan fuerte como el olor a gasolina era el olor a whisky que despedían, como las olas de calor que irradiaban del capó ardiente del jeep—. Me preguntaba —continuó Lee— si por casualidad no habríais visto un caballo.

—No nos interesan los caballos —soltó el conductor—. Tenemos un jeep. ¡Apartaos de mi camino, joder!

—Hemos matado a ese coyote —dijo el hombre que iba en el asiento de atrás, con una sonrisa boba—. *Chupao*.

—Se llevó la botella a los labios.

—Felicidades —dijo Lee—. El caballo que buscamos es un bayo...

—Eh, tú —intervino el tipo de la escopeta—. Vaquero grande...

—... Es un bayo castrado con la crin negra...

—¿Eres de verdad? —el de la escopeta le volvió a interrumpir—. ¿Eres un vaquero de verdad?

Lee se quedó callado.

—¡Pues claro que sí! —grité.

Lee me miró y me hizo una seña para que retrocediera. Yo me quedé donde estaba, preguntándome si Lee tendría una pistola en las alforjas. No es que fuera a servirle de mucho. Yo seguí agarrando firmemente mi lanza de yuca.

El hombre de la escopeta me sonrió.

—¡Hostias! —dijo—, es cierto, si son dos. El vaquero grande y el vaquero pequeño. Esto es demasiado, ¡se nos va a ir de las manos!

—Apartaos de mi camino —ordenó el conductor. Aflojó el pedal de freno y dejó que el jeep rodara despacio hacia delante hasta que el morro estuvo casi debajo de la cabeza del caballo de Lee—. He dicho que os apartéis de mi camino, joder. —El motor crepitó.

—Por supuesto —repuso Lee—. En cuanto uno de vosotros haya contestado a mi pregunta.

—No hemos venido aquí a contestar preguntas —dijo el tipo del asiento de atrás con el rifle de gran calibre y mira telescópica—. Hemos venido a matar bichos. —Sonrió. El rifle descansaba sobre sus piernas sin apuntar a nadie, pero su mano derecha permanecía apoyada en la culata con el dedo metido en el guardamontes.

—Exactamente, vaquero grande —dijo el de la escopeta. La levantó un poco y apuntó los dos cañones enormes y azules hacia el pecho de Lee—. Ahora haced que los caballos retrocedan, echaos para aquel lado y dejadnos pasar.

Pensé que iba a matar a Lee.

—¡No! —aullé. Levanté mi lanza y la arrojé directa contra la cara del tipo de la escopeta. Sorprendido por mi grito, se giró hacia mí, levantando los brazos y el arma para protegerse. Al mismo tiempo, Lee, moviéndose más aprisa de lo que alcancé a ver claramente, desmontó del caballo, se echó hacia delante, agarró la escopeta y, retorciéndola, se la arrancó de las manos al soldado. Retrocedió unos pasos, sin perder de vista a los hombres, con la escopeta preparada.

—No se apunta a la gente con estos chismes —dijo Lee, respirando un poco más rápido de lo normal. Su caballo, alarmado por la refriega, se había

asustado y estaba chacoloteando por las rocas, arrastrando las riendas—. Ve a buscar mi caballo, Billy.

Yo no quería perder detalle; me quedé donde estaba.

—Y ahora —ordenó Lee—, tú, el del asiento de atrás, pásame el rifle. Con la culata por delante.

El del asiento de atrás había levantado el rifle, que apuntaba al cielo, pero mantenía la botella agarrada con la mano izquierda. Con los ojos fijos en Lee, tanteó los alrededores en busca de un lugar estable donde apoyarla.

—Coge la botella —pidió, alcanzándosela a tientas al conductor, sin perder de vista a Lee.

—Quédate con ella —dijo Lee y reorientó la escopeta para cubrir a los tres hombres—. Pásame sólo el rifle.

—Pero ¿no ves que está loco? —preguntó el conductor—, dale el arma.

El hombre del asiento de atrás dudó, fulminando a Lee con la mirada y el rostro lleno de odio malcarado.

—¿Está cargada la escopeta? —le rugió al copiloto.

—Por Dios, claro que está cargada. Dale el rifle.

—Debería matarlo.

—Dale el rifle, joder.

El hombre del asiento trasero volvió a dudar.

—Debería matarlo —volvió a decir, antes de deslizar el rifle, con la cantonera por delante, por encima del hombro del copiloto hacia Lee. Éste le pasó el rifle a Lee, que le tendió la mano izquierda con cuidado, aceptó el arma y volvió a retroceder.

—Ahora, volviendo al tema que nos ocupaba —dijo, mientras tiraba al suelo el rifle pero sin soltar la escopeta—. ¿Habéis visto nuestro caballo?

—No hemos visto ningún caballo —farfulló el conductor.

Lee clavó los ojos en él.

—Me parece que estás mintiendo.

—No hemos visto vuestro caballo.

Lee calló un momento.

—Está bien —concluyó—. Ahora ya os podéis ir a casa.

—Danos nuestras armas.

—Me temo que no va a poder ser —dijo Lee—. No creo que seáis lo bastante mayores para jugar con estas cosas. Debería estrellarlas contra una roca y tirar los trozos montaña abajo. —Calló un momento—. Pero os voy a hacer un favor. Las voy a dejar en la oficina del sheriff de Alamogordo.

Podéis recogerlas allí. Ahora largaos de aquí. Hay algo en vosotros que me da mucho asco.

El conductor empezó a girar la llave de encendido y a pisar el acelerador de nuevo.

—No vayáis tan deprisa —dijo Lee. El conductor se detuvo—. Desatad ese coyote del guardabarros.

Le miraron boquiabiertos.

—¿Qué? —preguntó el conductor.

—Dejad aquí el coyote.

—Eh, espera un momento —dijo el hombre del asiento trasero—. Ése coyote es mío. Lo maté yo mismo. Es mío.

—No, éste es su sitio. —Lee sacó su navaja y la abrió. Apuntando a los hombres con la escopeta, avanzó unos pasos y cortó la cuerda que ataba al coyote al guardabarros y el capó del jeep. El cadáver se deslizó y Lee lo empujó al borde del camino—. Ahora ya podéis marcharos —les informó, mientras se hacía a un lado.

Yo también me aparté, haciendo girar a Blue hacia el interior del camino, en sentido contrario a la pendiente. El caballo de Lee se había detenido unos metros más abajo y observaba los acontecimientos.

El conductor del jeep giró la llave de encendido y pisó el acelerador. El carburador seguía ahogado.

—Déjame que te dé un consejo —dijo Lee—. No pises el acelerador cuando el carburador está ahogado. Así sólo empeoras las cosas.

El conductor le miró con el ceño fruncido.

—Cállate. Sé manejar este trasto. —Soltó el freno y el jeep empezó a rodar cuesta abajo, dejándonos atrás.

—Adiós —se despidió Lee—. Conducid con cuidado.

—Conducid con cuidado —repetí.

Rodaron cuesta abajo sin responder, sin mirar atrás, mientras el motor jadeaba y tosía, ahogado en gasolina. Tras un minuto los habíamos perdido de vista. Cabalgué hasta el rocín de Lee, lo agarré por las riendas y se lo devolví. Lee estaba sentado en una roca, secándose el sudor del rostro con un pañuelo y ventilando el sombrero.

—Gracias, Billy. Dios, qué calor hace.

Me temblaba todo el cuerpo. Me sentía demasiado débil para poder desmontar del caballo.

—Menudo día —dijo Lee. Me miró con una amplia sonrisa—. Pero ¿qué te dio?

—Creí... creí que iba a dispararte.

—¿Y le tiraste esa lanza? —Ambos miramos el tallo de yuca que descansaba en el camino junto al cadáver del coyote. Miramos al coyote—. ¿Y yo por qué narices hice eso? —se preguntó Lee. Se levantó despacio, mientras volvía a colocarse el sombrero en la cabeza, agarró al animal por el pescuezo, lo lanzó hacia el borde del camino y lo dejó rodar cuesta abajo al bosque. Tras un momento regresó a su roca, a la sombra, y volvió a sentarse.

—¿Qué hacemos con las armas?

—Sí, las armas... —Las miró—. Las escondemos aquí entre las rocas y mañana las recogeremos de camino a casa. —Suspiró con cierto cansancio y me miró—. Billy, ¿te importaría sacar la cantimplora de las alforjas? Y me parece que también encontrarás por ahí algo de comer.

—Claro que sí, Lee —tembloroso, desmonté del caballo.

—¿Billy?

—¿Qué?

—¿Sabes, Billy? Eso que hice fue una tontería. Podía haber provocado que nos mataran a los dos. Pero esos... esos tipos me han puesto frenético. No tenían ni pizca de educación.

—Es verdad —convine, mientras desabrochaba la alforja de Lee—, ni pizca de educación.

Siguió sentado, cavilando, con el sombrero inclinado hacia atrás.

—Me pregunto si serían oficiales o soldados rasos.

—Lo que está claro es que no eran unos caballeros.

—Yo mismo fui oficial. Y me cuesta reconocerlo. —Miró de reojo al duro sol que ardía sobre nosotros—. Bueno, en cualquier caso, espero que puedan bajar la montaña sin problemas.

—Yo espero que no.

—Menos mal que tu abuelo no estaba aquí. Los habría matado. Los habría estrangulado con las manos desnudas. —Tendí a Lee la cantimplora y un bocadillo envuelto en papel de cera—. Otra cosa, Billy...

—¿Qué? —Desenvolví un bocadillo.

—Es mejor no contarle nada.

—¿Sobre la cantimplora?

—Sobre el incidente que hemos tenido. Con los tipos del jeep.

—¿Por qué, Lee?

—Temo que el viejo pueda... hacer algo drástico. Pasarse un poco de la raya. Es mejor no contárselo, Billy.

—Vale, Lee. Si crees que es mejor así...

—Es mejor así. Mejor no decírselo. —Los caballos, amarrados al pino más cercano, piafaban con las pezuñas mientras nos disponíamos a comer. Lee los miró—. Vosotros dos estaos calladitos. ¿No sabéis que hay un puma por ahí arriba?

Los caballos miraron a Lee.

—Sí, sí —dijo—. Un puma.

Los caballos se quedaron totalmente quietos. Lee me dedicó una amplia sonrisa.

—Ahora ya podemos comer.

Descansamos una hora aproximadamente, en el momento de mayor calor del mediodía, luego volvimos a montar y seguimos subiendo la montaña. Buscamos al bayo durante toda la tarde, siguiendo los senderos laterales, explorando los chaparrales y las junglas de enebros. Cuando llegamos al lugar donde el antiguo camino de las minas confluía con nuestro camino de carros, también exploramos aquél, siguiendo en sentido contrario las huellas del jeep a lo largo de varios kilómetros hacia el norte, hasta la frontera misma del Campo de Misiles de Arenas Blancas, delimitada por un portón de acero con candado y una valla metálica que se extendía hacia el este hasta donde se perdía la vista, bajando los montes y cruzando la llanura del desierto, y que en dirección oeste ascendía por la falda de la montaña hacia el paso entre el Pico Ladrón y las estribaciones de la sierra de San Andrés. A unos ciento treinta kilómetros al noroeste de donde nos encontrábamos, admirando los carteles de peligro: NO PASAR, se hallaba el lugar en el que había explotado la primera bomba atómica.

Dimos media vuelta y regresamos, siguiendo las tortuosas veredas abiertas por los ciervos y el ganado, a lo largo de la cresta de una cadena de montañas que conducía al cruce con otras dos en lo alto, hacia el este del Pico Ladrón. Allá arriba, demasiado lejos para verlos, estaban la primavera perenne, el corral y la vieja cabaña de madera donde íbamos a pasar la noche. Y muy por encima de la cabaña, pasado el límite arbóreo, el escarpado pico desnudo se elevaba hacia el cielo azul.

—¿Qué hay ahí arriba? —apunté a la cumbre.

—¿Qué has visto? —La mirada de Lee siguió la dirección de mi dedo.

—Pues... —dije— nada. No he visto nada.

Lee se quedó callado. Agachó la cabeza, bajando la vista al sendero y al terreno que teníamos por delante.

—Tiene que haber algo allá arriba —insistí.

—¿Qué es lo que buscas?

—No lo sé —dije—. Algo.

—No lo encontrarás ahí arriba.

—¿Cómo lo sabes, Lee? ¿Has estado allí alguna vez?

—Sí, una vez escalé el pico. A pie. No se puede subir hasta la cumbre a caballo.

—Bueno, algo tienes que haber visto allá arriba.

No me contestó.

—¿Qué viste, Lee?

—¡Por Dios! —dijo—. Hay que ver qué recalcitrante eres. —Me sonrió—. ¿Te ha atacado de veras la enfermedad, no?

—¿Qué enfermedad?

—La enfermedad. No conozco otra forma de llamarlo; pobre de la mujer que se case contigo.

—Yo no voy a casarme con nadie. Me gustan más los caballos.

—¡Menuda ocurrencia!

—A ver, Lee —dije pacientemente—, cuando subiste a la cumbre, ¿qué encontraste? Quiero decir, además de rocas.

—¿Además de rocas? Bueno... un poco de hierba. No mucha. Un tipo extraño de hierba verde. Y unas pocas flores pequeñísimas. Flores diminutas, no más grandes que copos de nieve. —Hizo una pausa—. Cagarrutas de oveja salvaje. Y un nido de águila. —Se calló.

—¿Y qué más?

—Eso es todo, más o menos.

Lee volvió a enmudecer, cabalgamos en silencio flanco con flanco a través de un claro entre los pinos raquíuticos. Los pájaros volaban veloces delante de nosotros, bajo el cielo profundo y silencioso, sobre sus chillidos espontáneos. Esperé.

—¿Estás seguro de que lo escalaste, Lee?

—Mira —dijo, apuntando a unas huellas frescas que cruzaban el sendero delante de nosotros—. Un ciervo macho y un par de hembras pasaron por aquí no hace ni cinco minutos. ¿Ves el sitio donde uno de ellos meó en el suelo? No hace ni cinco minutos. Deberíamos haberlos visto. Debo de estar haciéndome viejo.

—¿Qué edad tienes, Lee?

—El año pasado tenía treinta y tres. Edad suficiente para que me crucificaran. Pero, en lugar de eso, me casé. El año que viene cumpliré treinta

y cinco. Edad suficiente para presentarme a las elecciones a presidente.

—¿Te vas a presentar a las elecciones?

—Uno siempre trata de acertar en sus decisiones. Éste es mi país, ¿acierto o me equivoco? Hay quien habla ya de ello, Billy. Los apoyos van en aumento en el condado de Guadalupe. Las bases están creciendo y yo estoy trabajando poco a poco el terreno.

—Hablemos de cosas importantes.

—¿Como qué? ¿A qué te refieres?

—Tengo hambre.

—¡No me digas!

—Sí, tengo hambre.

—Muy bien. Ahora sí que has dicho algo con sentido. Vamos a espolear a estos jamelgos y a ver qué tiene el viejo de cena.

El sol estaba suspendido justo por encima del hombro de la montaña, en pleno descenso desde el cielo despejado, cuando Lee y yo regresamos al antiguo camino de carros, y recorrimos el último tramo de curvas ascendentes que nos separaban de la meseta donde se encontraban el corral y la cabaña. Divisamos el semental alazán, con el lomo desnudo y brillante, atado en el trozo de tierra seca frente al corral. Un hilo de humo pendía sobre la chimenea de la cabaña, y al oír nuestros caballos el abuelo en persona apareció en el umbral.

—Buenas tardes —saludó—. Ya me imaginaba que estabais a punto de llegar. He puesto al fuego tres latas de judías y una sartén de ternera en conserva.

—Es un buen comienzo —dijo Lee.

Desmontamos y desensillamos nuestros caballos. Yo estaba cansado. De hecho, al arrastrar la silla al interior de la valla del corral, me pareció que pesaba por lo menos doscientos kilos.

—Puedes dejar suelto al viejo Blue, Billy —me aconsejó el abuelo—. No se alejará mucho de Rocky. Y también podrías cepillarle un poco.

Lee ató a su caballo. Almohazamos a los animales con ramitas de enebro y entramos en la cabaña, siguiendo el olor de la comida. El interior estaba limpio y ordenado, equipado con un catre de hierro, una mesa y unas sillas, una alacena llena de latas de conservas, una lámpara de keroseno y otras cosas necesarias, entre ellas un saco de grano colgado de las vigas con un

alambre para hacerles la vida más difícil a los ratones y a las ardillas. Una cafetera hervía sobre la cocina.

—Qué bien huele —dijo Lee.

—Todavía no está lista del todo —dijo el viejo, mientras removía la carne con un tenedor. Me tendió el cubo de agua vacío—. ¿Te importaría ir a llenarlo, Billy? Serviremos la cena en cuanto vuelvas.

—Sí, señor.

Me tragué mi decepción, cogí el cubo, salí de la cabaña y recorrí el senderillo que llevaba al manantial a la entrada del barranco. El camino descendía junto a la base de un precipicio, serpenteando entre rocas tan grandes como vagones de mercancías, bajo los pinos ponderosa, altos y majestuosos, hasta llegar a una especie de cañada o gruta en un profundo pliegue de la ladera de la montaña. El aire era fresco, la luz llegaba verdosa al filtrarse entre los árboles. Pensé en el puma. Me arrodillé en el lecho arenoso del manantial y bebí en el cuenco de las manos antes de llenar el balde. La cañada estaba muy silenciosa; no se oía la brisa ni los cantos de los pájaros, sólo el suave rumor del agua que se deslizaba sobre las rocas cubiertas de musgo y desaparecía de la vista hundiéndose en el barro y la maleza bajo el manantial.

Regresé a la cabaña, con el cubo colgándome pesadamente del brazo y el hombro. El abuelo servía la comida en platos de hojalata y vertía el café en tazas. Lee estaba junto al corral, dando de comer grano a los caballos.

—¡Ven a buscarlo! —gritó el abuelo. Y a mí me dijo—: Pon el agua al fuego, Billy, y tráete el plato aquí fuera. Hace demasiado calor para comer dentro.

Los tres nos sentamos en la hierba, apoyados contra la pared de la cabaña, a la sombra, con el mundo iluminado por el sol a nuestros pies. Permanecimos un rato callados, demasiado ocupados para admirar las espectaculares vistas, comiéndonos la que me pareció, probablemente, la mejor cena que había probado en mi vida. Más tarde, cuando los tres hubimos repetido, llenos y satisfechos, dejamos los platos a un lado y empezamos a hablar y a mirar a nuestro alrededor de nuevo.

—Pero ¿cómo he podido olvidarme los puros?

—Toma un cigarrillo —le propuso Lee, ofreciéndole uno al viejo. El abuelo lo examinó.

—Dicen que a las mujeres les gustan estas cosas.

—Sí, es verdad —convino Lee—, y a mí me gustan las mujeres. —Me tendió el paquete—. ¿Quieres uno, Billy?

Dudé. No tenía permitido fumar, por supuesto. Además, prefería la pipa hecha de mazorca de maíz seca que tenía escondida en la maleta en el rancho.

—Guárdatelos —dijo el abuelo—. No le des eso al chico.

—¿Por qué no?

—Es un mal hábito, repulsivo y despreciable, una deshonra para la humanidad. —El abuelo encendió su cigarrillo y le dio una profunda calada—. Es demasiado joven. Guárdatelos.

Fumaron. Yo arranqué una hierba, la mordisqueé y miré alrededor. Había mucho que ver desde donde estábamos. Con la gran montaña a nuestras espaldas, teníamos la vista despejada y sin obstáculos hacia el norte, el este y el sur: la mitad del mundo conocido. Alcanzaba a ver cuatro sistemas montañosos, sin contar con el que ahora me albergaba, las luces de dos ciudades y unos veinte mil kilómetros cuadrados de desierto entre ellos. Divisaba la sierra de San Andrés hacia el norte, la sierra del Sacramento tras Alamogordo, a sesenta y cinco kilómetros al noreste, la sierra de Guadalupe a unos ciento treinta kilómetros al este, y hacia el sur, en la lejanía, la sierra de los Organos y la mancha borrosa de El Paso, tras la cual los desiertos de Chihuahua se extendían hasta el infinito.

El sol descendió aún más. Contemplé la sombra del Pico Ladrón arrastrarse por la llanura hacia el rancho del abuelo, hacia el pueblo de Baker, hacia la sierra de Guadalupe, estirándose para fundirse con la cortina de oscuridad que se nos acercaba desde el este.

—¿Abuelo?

—Sí.

—¿Alguna vez subió usted a la montaña?

—¿Qué montaña?

—La que tenemos detrás. El Pico Ladrón.

—No, nunca. Y nunca lo haré. Esta cabaña ya está lo suficientemente alta para mí. Todo lo cerca del Cielo que quiero llegar. Podéis enterrarme aquí.

—Para eso nos hará falta dinamita —dijo Lee.

—Aquí yace John Vogelin: nacido con cuarenta años de retraso, muerto con cuarenta años de antelación —ironizó el abuelo.

—¿Con cuarenta años de antelación?

—Me imagino que dentro de cuarenta años la civilización se habrá derrumbado y todo habrá vuelto a la normalidad. Ojalá pudiera vivir para verlo.

—¿Por qué? Volveríamos al punto de partida.

—Eso estaría bien. Es un buen destino.

—¿No quieres ir en cabeza? —Lee me dirigió una sonrisa socarrona.

—No, prefiero quedarme atrás. Con mi propia cabeza tengo bastante.

—Y con tu propio trasero, que a veces parece que estuviera donde deberías tener la cabeza.

—No intentes liarme. Me ha llevado setenta años llegar a estas conclusiones. ¿Quién va a abreviar los caballos?

Nadie dijo nada. Miré a lo lejos, a la inminente unión de la luz y las sombras. El abuelo y Lee me miraron a mí.

—Muy bien —dijo el abuelo—. Vamos a intentarlo otra vez: ¿quién lava los platos?

—Yo abrevo los caballos —dije.

—Vale. Si te pones ya manos a la obra todavía te da tiempo a lavar los platos cuando acabes.

—Te encenderé la lámpara —se ofreció Lee— cuando acabes de abreviar los caballos. Para que no tengas que lavar los platos a oscuras.

—Gracias —respondí—. Pero los vaqueros de verdad siempre lavamos los platos en la arena.

Lee se quedó mudo.

—Has perdido, Lee —intervino el abuelo—. Te toca lavar los platos. El chico ha vuelto a pegarte una paliza. Billy, dentro del corral hay otro cubo viejo.

—¿Y por qué no puedo simplemente llevarme a los caballos al manantial?

—Este chaval hace muchas preguntas —protestó Lee.

Los dos me miraron esperanzados.

—A ver —dije—. ¿Por qué no? Eso es todo lo que he preguntado. ¿No sería más fácil llevar a los caballos a la fuente en vez de traerles la fuente a los caballos?

—Un cubo pesa menos que un caballo —señaló Lee.

—Pero los caballos... ¡andan! —dije.

—Pero están cansados.

—¿Por qué no contestáis a mi pregunta?

El viejo sonrió y me palmeó la rodilla.

—Tienes razón, Billy, en principio sería mucho más fácil hacerlo a tu manera. Pero a los caballos no les gusta nada aquel sitio. Y el sendero es demasiado estrecho para que pasen los tres a la vez; te harían la vida muy difícil. E imagínate el estropicio que pueden armar tres caballos grandes, atiborrados de agua, hierba y grano, en una fuente que apenas alcanza para sumergir y llenar un cubo. Nosotros también bebemos de esa agua.

—Supongo que es verdad, abuelo. Debería haberlo pensado. —Me levanté.

—Algún día taparemos el manantial e instalaremos una tubería desde allí hasta un abrevadero al que puedan llegar los caballos.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo a esta cabaña? —preguntó Lee, guiñándome un ojo—. ¿Cuántos años, John?

—Cállate y lava los platos.

Fui hasta el corral, encontré el cubo y me encaminé hacia el sendero que llevaba a la fuente. Lee y el viejo se levantaron y se estiraron.

—Te echaremos una mano, Billy —dijo el abuelo—, en cuanto acabemos de recoger.

—Sí, señor.

El crepúsculo avanzaba. Tuve que fijarme bien para encontrar el camino, porque el sendero parecía haberse vuelto borroso bajo las sombras oscuras del barranco. Cuando llegué al manantial, tres ranas arborícolas croaban, un sonido lúgubre que anunciaba a ciencia cierta la llegada de la noche. No se oía ningún otro ruido, excepto el murmullo del agua al manar. Varias luciérnagas titilaban en la penumbra, sobre la espesura.

El largo día bajo el sol del desierto me había dejado el cuerpo casi seco. Volvía a tener sed. Me acuclillé junto a la fuente, llené de agua el cuenco de las manos y bebí. Volví a llenarlo a rebosar y me empapé la cara.

Al apagarse el tintineo de la última gota de agua al caer, percibí un silencio profundo e inesperado. Las ranas habían enmudecido y el agua parecía correr más sigilosa que antes. Hasta las luciérnagas habían desaparecido. Esperé un instante, escuchando el silencio, alargué con cuidado el brazo hacia el cubo y lo sumergí en el agua tan rápido como pude, temiendo hacer demasiado ruido. Miré a mi alrededor, en todas direcciones, y no vi nada, nada más que la maleza húmeda, el muro de roca, los troncos majestuosos de los pinos ponderosa, el bosque crepuscular. Alcé la vista.

No debería haberlo hecho. Al borde del peñasco, sobre el manantial, vi un par de ojos amarillos relucir en una cabeza de líneas elegantes, vi una forma oscura y poderosa de una enormidad incalculable agazapada como si fuera a saltar. No pude moverme, no pude emitir sonido alguno. Miré al puma y el puma me miró a mí. Paralizado, seguí en cuclillas junto a la fuente, agarrado al cubo de agua y sin ser consciente del dolor en mis músculos, y aguardé a que la muerte se me abalanzara encima.

Mi abuelo me llamó a través del silencio, desde la distante cabaña que permanecía oculta a la vista y fuera de mi alcance más allá del crepúsculo.

—¿Billy?

Intenté contestar pero la garganta no me respondía. El puma me observaba.

El abuelo volvió a llamarme.

—Billy, ¿dónde estás?

Esta vez el puma giró la enorme cabeza y con sus ojos amarillos miró flemático, sin curiosidad ni miedo, en dirección al sendero.

Oí las botas del viejo rascar contra las piedras del camino, acercándose a mí, y por fin el gigantesco gato se movió, se levantó y desapareció, todo de una vez, de repente, con una gracia y un sigilo sublimes, sumergiéndose en la noche y en el bosque.

El abuelo me llamó por tercera vez, aún más cerca, y ahora sí me sentí capaz de contestarle.

—¡Aquí! —grazné—. Estoy aquí.

Conseguí levantarme, con la mano congelada agarrando el pesado cubo. Cuando vi al viejo aproximarse por el sendero di un par de pasos pesados en dirección a él.

Me escrutó el rostro.

—Pero ¿qué te ha pasado?

Se lo conté.

Me rodeó con el brazo los hombros temblorosos y con la otra mano me despegó uno por uno los dedos del asa del cubo de agua. Llevando el cubo él mismo, me condujo por el camino entre las formaciones rocosas hasta la cabaña donde Lee nos esperaba a la acogedora luz de la lámpara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lee, mientras secaba un plato de hojalata con un trapo.

—Lo ha visto.

—¿El qué?

—El puma.

—Ah... —dijo Lee. Me miró y sonrió, con los ojos llenos de una profunda ternura—. Has tenido mucha suerte. —Me agarró del brazo—. ¿Te apetece una taza del café de tu abuelo?

—Sí —respondí con calma—. Podría beberme lo que fuera.

Poco después los tres volvimos a la fuente, con los dos cubos, e inspeccionamos los alrededores. Lee se subió incluso al saliente de roca por encima del manantial, pero para entonces ya estaba demasiado oscuro para ver huellas. Volvimos sobre nuestros pasos, abrevamos los caballos, encendimos una fogatilla india entre la cabaña y el corral y desenrollamos los

sacos de dormir que el viejo guardaba dentro. Después nos quedamos sentados en torno al fuego durante un rato, contemplando la luna que brillaba sobre las sierras al este, y hablamos del puma, del caballo perdido, de las tareas del día siguiente. Lee anunció que no podía ayudarnos: se marcharía por la mañana. Pero prometió que volvería al rancho en dos o tres días.

—¿Cómo es el sonido que hacen los pumas? —pregunté.

—Pues —dijo el abuelo— como el de una mujer. Como el grito de una mujer. ¿Tú cómo lo describirías, Lee?

Lee reflexionó.

—*Compadres*^[3], estoy de acuerdo. Los pumas hacen un sonido parecido al de una mujer. Como una mujer vampiro gimiendo por su amante demoniaco.

—¿Vamos a ir a cazar al puma, abuelo?

—No, le vamos a dejar tranquilo y en paz. Si no intentamos cazarle, no nos hará daño. Además, es el único puma que queda por estos lares. No puedo permitirme perderlo.

—¿Crees que nos estará observando ahora?

—No me extrañaría.

Nadie habló durante un minuto más o menos. La luna se elevaba lentamente hacia las estrellas. Arrojé unos troncos más al fuego.

El abuelo estiró los brazos y bostezó.

—No sé vosotros, pero yo estoy cansado. ¿Alguien quiere dormir en el catre, dentro de la cabaña?

Lee sonrió.

—¿Hay sitio para los tres?

—¿Conmigo en el medio? Ni soñarlo.

—Entonces durmamos los tres aquí fuera.

—Junto al fuego —propuse.

—Haced eso vosotros, que sois jóvenes —dijo el abuelo—, pero yo prefiero aprovechar el catre, que para eso está. Llevo unos setenta años durmiendo en el suelo.

—Ya deberías estar acostumbrado —repuso Lee.

—Estoy acostumbrado. Pero nunca me gustó mucho. —Tras recoger su saco, el viejo se dirigió a la puerta de la cabaña—. Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches —le dijimos.

Lee y yo sacudimos los escorpiones y las viudas negras de nuestros sacos de dormir, volvimos a extenderlos en el suelo junto al fuego, nos quitamos las botas y los sombreros y nos arrebujamos en ellos. No utilizamos las sillas de

montar como almohadas. Las sillas de montar son duras, incluso para sentarse.

Al principio permanecí acostado de lado, contemplando los rescoldos del pino. Luego me tumbé de espaldas y miré directamente hacia arriba, hacia las maravillosas estrellas. Las llameantes estrellas azules. En la praderilla, los caballos se movían a trompicones, mascando hierba, y oí como uno de ellos meaba en la tierra dura. Una estrella fugaz atravesó el cielo en silencio.

—Lee.

—¿Sí?

—Allá arriba, en el pico... ¿Fue algo parecido al puma?

No me contestó de inmediato.

—¿Te importaría repetirme la pregunta?

—Lo que te encontraste allá arriba, ¿fue algo parecido al puma?

—Ah. Sí. Sí, Billy. Fue algo parecido al puma.

Reflexioné sobre aquello mientras contemplaba las estrellas. Aquellas estrellas maravillosas. También había sido un día maravilloso. Al poco, las estrellas empezaron a apagarse mientras las miraba, como si fueran a la deriva alejándose más y más de nosotros. Cerré los ojos y dormí y soñé con el caballo perdido, las luciérnagas, un par de ojos amarillos.

«¡Billy!».

Abrí los ojos. Oscuridad.

«Despierta, Billy».

Asomé la cabeza por la abertura del saco de dormir y, por un momento, pensé que no había dormido nada. Entonces vi los jirones azules del alba y las cenizas del fuego. Miré hacia la cabaña y vi que el viejo ya estaba manos a la obra a la luz de la lámpara, sirviendo el desayuno en la mesa al otro lado de la puerta abierta. Me llegó el olor a café y a beicon. El abuelo miró hacia fuera y volvió a llamarme:

—¡Sal del saco! ¡Vamos a desayunar!

Me costó levantarme. La mañana era fresca. Tiritando, me embutí las botas, rígidas y frías, recogí el sombrero y me puse de pie. Lee traía los caballos. Parpadeando y frotándome la cara, caminé torpemente hacia él y le ayudé a atarlos cerca de la cabaña. Sentía las piernas y la espalda tan entumecidas que me pareció que los caballos debían de haberse pasado la mitad de la noche pisoteándome para entrar en calor.

—¿Qué tal estás, Billy? —Lee Mackie me dirigió su amplia sonrisa a la media luz del amanecer. Aquellos dientes tan blancos... no era de extrañar que pensara que la gente iba a votarle.

—Estoy muy bien... —dije—. ¡Estoy de puta madre!
Soltó una carcajada y me dio una palmada en la espalda.

—Anda, vamos a comer.

El viejo golpeaba la sartén con un cucharón.

—¡Venid para dentro! —aulló—, o se lo echo a las urracas.

Después de desayunar dimos grano a los caballos y los ensillamos. Alguien tenía que volver a buscar agua: me presenté voluntario. Tenía que demostrar que era capaz. Hice dos viajes al manantial, y en el segundo trepé por las rocas hasta el lugar donde el puma había estado agazapado. No pude ver ninguna huella, pero creí percibir un olor extraño en el ambiente: un olor felino. No, era otra cosa: el ozono y los relámpagos veraniegos.

Recogimos y cerramos la cabaña, montamos nuestros caballos, nos marchamos y emprendimos el descenso del viejo camino hacia la base de las montañas. El abuelo y yo planeábamos explorar el terreno entre el camino de la mina y el molino de viento. Lee cabalgaría con nosotros hasta el cruce de los dos caminos.

Los huesos me pesaban, como si fueran de hierro fundido, y mi trasero era como una inmensa ampolla provocada por el roce de la silla de montar, pero una vez encaramado al corpachón enorme, poderoso y rebosante de vida efervescente de Blue, me dio completamente igual. El tacto de las riendas en las manos, el crujir y el chirriar del cuero y el enorme caballo que montaba me proporcionaban la fuerza y la confianza que necesitaba. Me sentía como un puma, un puma viejo y maltrecho, pero aún poderoso. Con el corazón rebosante de alegría y el espíritu dichoso cabalgaba junto a mis amigos y contemplaba las camarillas de nubes verdes y amarillas desperdigadas como islas ardientes en el mar del cielo oriental.

—Hoy va a llover —dijo el abuelo, mirando al cielo con los ojos entornados a través de sus gafas redondas de montura metálica—. No mucho, claro, no más que una tormenta eléctrica. Como cuatro mililitros cúbicos de agua y todos los rayos y truenos que queramos.

—¿Cuándo? —preguntó Lee.

—Pues sobre la una y media o las dos menos cuarto.

—Voy a contrastar esa profecía con la Agencia Meteorológica. Si te equivocas, te costará una garrafa de cuatro litros de Bacardi. En una cesta de mimbre.

—Eso es una apuesta. Dame la mano.

Se dieron un apretón.

Los caracateyes remontaban el vuelo y descendían en picado contra la luz, conscientes de la inminente salida del sol. Un cuervo lanzó un chillido como el de una bruja desde un pino muerto allá abajo, recordando a los caracateyes que su turno estaba a punto de terminar. Aparecieron las urracas, pájaros hambrientos togados de blanco y negro, que se congregaban graznando sin parar como teólogos en pleno debate. Un chirivín barranqueño despertó y empezó a desgranar su canto como un hilillo de agua.

—¿Es el cielo mejor que esto? —pregunté.

—Aquí tenemos un clima un poco mejor —contestó el abuelo.

—Y menos humildad —añadió Lee.

Al cabo de tres curvas muy pronunciadas por entre los bosques, llegamos al cruce de los dos caminos y a la separación de nuestro pequeño grupo.

—Perdonad que no pueda acompañaros hoy —nos dijo Lee al abuelo y a mí—. Pero os deseo mucha suerte; espero que encontréis al caballo invisible.

—Tengo el presentimiento de que a ese caballo le iría mucho mejor si fuera invisible —dijo el viejo, escrutando la cima de las montañas al norte y al este.

—Lo encontraréis —dijo Lee—. Bueno, nos vemos dentro de un par de días.

—La próxima vez tráete a Annie.

—Lo intentaré. Lo intentaré. —Nos hizo un saludo sonriendo, hizo girar al caballo y enfiló el sendero, flanqueado por los hierbajos altos e hirsutos y las florecillas de largos estambres que crecían con fuerza entre las rocas y los surcos borrosos del camino.

Lamenté verle marchar. La mayor parte de la magia que había sentido durante nuestra expedición pareció esfumarse con él. Recordé nuestra gloriosa victoria del día anterior y me pregunté si volveríamos a vivir otra parecida. Ese día no, eso estaba claro. Lee Mackie nos dedicó un último saludo con la mano y desapareció tras la primera curva montaña abajo.

—Vamos, Billy.

Cabalgué junto a mi abuelo por el mismo camino que habíamos tomado Lee y yo. El viejo parecía estar de un humor parecido al mío. Se mantuvo en silencio durante largo rato mientras guiábamos a los caballos hacia el norte.

—Parece que un jeep pasó por aquí no hace mucho —dijo por fin—. En un viaje de ida solamente. Sé cómo entraron; me pregunto cómo salieron.

No dije nada.

—Espero que encontraran la salida sin toparse con problemas. O mejor dicho, sin toparse con nuestro ganado. Nuestros amiguitos de gatillo fácil del

otro lado de la alambrada a veces tienen problemas para distinguir una vaca doméstica de una liebre salvaje.

—Ya —dije. Me miró.

—Billy, ¿te encuentras bien?

—Sí, señor. Estoy bien.

—No estarás cansado, ¿verdad? Entiendo que ayer tuvieras un día duro, tras tantos kilómetros a caballo después de nueve meses sentado... haciendo los deberes.

—En serio, abuelo, estoy bien. —Me senté más derecho y empecé a observar lo que me rodeaba con interés. Y casi de inmediato volví a sentirme mejor.

—Me alegro. Tenemos mucho terreno que cubrir hoy.

Cubrimos mucho terreno. Dejamos atrás el antiguo camino de la mina y nos internamos entre la maleza y los cactus de las montañas, siguiendo las veredas abiertas por el ganado y los ciervos, o simplemente yendo a campo través. Resultaba difícil y extenuante, el sol estaba cada vez más alto y había más humedad, el polvo se me metía entre los dientes y en los ojos, las ramas de enebro me arañaban el rostro. Nos pasamos la mañana entera explorando las montañas y rastreando los cañones, descendiendo poco a poco hasta que, cerca del mediodía, salimos al desierto no muy lejos del corral, el molino y el enorme depósito lleno de aquella agua verde y fresca. Nada en el mundo me había olido mejor que aquel tanque hacia el que trotaban nuestras bestias, cada vez más rápido. Nada en el mundo me había sabido mejor. Con las caras goteando, el viejo y yo nos sonreímos el uno al otro y volvimos a sumergirlas para beber más. Rocky y Blue hicieron lo propio mientras las moscas zumbaban felices por encima de todos nosotros.

Después nos sentamos a descansar a la sombra escasa y desigual del molino, mascando la cecina que el viejo sacó de sus alforjas. El aire estaba caliente e inmóvil, el molino quieto, aunque allá a lo lejos, en el desierto, podíamos ver el jugueteo de los torbellinos, columnas de polvo que bailaban como fantasmas sobre la llanura.

Mientras las tolvaneras retozaban en las tierras bajas, las nubes se acumulaban en torno a la cresta de las montañas, grandes cumulonimbos preñados de rayos y truenos, cargados de oscura potencia y posible lluvia.

Las nubes se formaban, los remolinos bailaban, pero el aire del desierto permaneció inmóvil como un mar de cristal, colmado de calor y suspense, pero inerte. Inerte como nosotros. No hablábamos. Yo miraba al cielo y a las nubes, y el viejo, acostado en el suelo con el sombrero sobre el rostro,

sesteaba roncando suavemente. Yo también quería dormir, pero no podía: una extraña excitación me mantenía alerta, y sentía el rápido latido de mi corazón.

Hoy no ocurriría nada. El sol se pondría sobre las montañas, las nubes tronarían y los buitres remontarían el vuelo, pero no ocurriría nada. Lo sabía. Y todo me parecía tan maravilloso que me gustaba que así fuera. No quería que ningún suceso irrelevante estropeará o acortara la quietud cristalina de la larga y profunda tarde del desierto. Aquella noche, quizá. O mañana. Pero no hoy.

Las nubes hablaron con voz sorda sobre las montañas yermas y un rayo parpadeó, como un nervio iluminado, atravesando el mayor de los cumulonimbos. El redoble del trueno se apagó y no ocurrió nada.

Me di la vuelta y me quedé tumbado boca abajo, arranqué un tallo de hierba de su cubierta y mientras lo mascaba observé las moscas, las hormigas y los escarabajos pasearse lentamente entre la maleza sombreada, en la base del depósito de agua. Un escorpión delgado de color pajizo emergió de una grieta bajo una roca y corrió hacia una mosca. La mosca, sin percatarse, inspeccionaba un pedacito de mierda de vaca con sus nerviosas patas delanteras. El escorpión se le acercaba a gran velocidad, con la cola, rematada por una glándula venenosa y un aguijón rojizo, arqueada sobre la cabeza, y las enormes patas de cangrejo estiradas hacia delante. La mosca salió volando. Yo maté al escorpión. No porque fuera un escorpión, sino porque había tenido mala suerte.

El viejo gruñó, empujó el sombrero hacia atrás y abrió los ojos inyectados en sangre. Miró de soslayo al sol, allá arriba en el cielo occidental, y se puso de pie. Oí el crujido de sus viejas articulaciones.

—Montemos, Billy. Vamos a dar una última vuelta en busca de ese bayo.

Blue, con el cuello colgando y los ojos cerrados, estaba de pie a la misma triste sombra del molino, sacudiendo la cabeza, estremeciendo el pellejo y agitando la cola para espantar a tanta mosca importuna. Lo ensillé y monté. Con reticencia, aquel caballo grande me permitió guiarle en pos del abuelo, no en dirección a casa sino de nuevo hacia las montañas.

Esta vez fuimos por un sendero diferente, uno que se encontraba más al norte y no era tan empinado, y que conducía al paso entre sierra Ladrones y la sierra de San Andrés. A medida que progresábamos en nuestro lento ascenso, podía ver una extensión cada vez mayor de las Arenas Blancas, aquel mar de dunas lechosas que se extendía ochenta kilómetros al norte y al sur entre las sierras del desierto. Perdidas en algún lugar de aquella inmensidad se encontraban las instalaciones del campo de misiles.

Las siluetas gigantescas de las yucas se recortaban amenazantes contra el cielo salvaje y la masa de nubes amontonadas. Pasamos junto a un pino piñonero muerto, reventado por un rayo, con toda la corteza arrancada y las extremidades desnudas y relucientes como la plata.

Tres cuervos echaron a volar torpemente y escaparon a nuestro avance, graznando como arpías y alarmando a las urracas piñoneras que estaban más arriba, en la falda de la montaña. Éstas iniciaron de inmediato su propio clamor de respuesta que sonaba como si gritaran «¡lluvia, lluvia, lluvia!».

Los cumulonimbos se hallaban más cerca ahora que el camino se internaba en las montañas. Vi otro trazo de relámpago atravesar el abismo de las nubes y tras una larga pausa oí la descarga del trueno. Pero el sol siguió cabalgando sin obstáculos, la luz vibrante nos abrasaba. Continuamos nuestro continuo ascenso hasta alcanzar la cresta alargada de una colina y, una vez más, el cinturón de pinos piñoneros y enebros. Aquí el ambiente estaba unos grados más fresco y por primera vez noté el movimiento del aire agitado sobre las montañas.

El viejo gritó:

—¡Ahí! —Apuntó hacia la falda de la colina adyacente, un kilómetro al norte—. ¡Ahí está!

Observé atentamente pero no vi nada, ningún movimiento excepto una bandada de alas negras volando en círculos en el cielo. El abuelo arrimó su caballo al mío y esperó a que lo divisara. Me detuve junto a él en el sendero estrecho y seguí con la mirada la línea que trazaban su brazo y su dedo índice.

—¿Lo ves, Billy?

Escurté la ladera, la maraña de mezquite, yuca y chaparral, los montones de rocas moteadas por las sombras que proyectaban las nubes.

—No, señor.

—Ahí, en mitad de la ladera. ¿Ves ese montículo más claro?

Miré con atención.

—Justo a la izquierda y un poquito más arriba. Ahí está el pobre Rascal.

Entonces lo vi, la forma amarillenta de un caballo tumbado inmóvil en el suelo.

—Está acostado, abuelo.

—No es de extrañar. Está muerto. ¿No ves que tiene el vientre abierto? Mira, ya tiene a las aves encima.

Vi varios buitres negros pasearse como moscas sobre la figura tendida y vi posarse a otros tres más.

—¿Qué le ha pasado?

—Averigüémoslo.

El abuelo espoleó a Rocky. Seguimos avanzando por el sendero hasta llegar a la altura del caballo muerto, entonces lo abandonamos y nos internamos entre el enebro y el chaparral, rodeando la cresta del cañón hasta la cresta siguiente. Ya no podíamos ver a Rascal, pero nos guiábamos por las aves carroñeras que volaban en círculos sobre él.

Avanzamos con cuidado a través de la jungla de matorrales y rocas, inventándonos el camino, hasta que nuestro objetivo se hizo perceptible a la vista y al olfato. El hedor era espantoso, y el caballo apenas se parecía en nada al que yo había conocido tan bien y montado tan a menudo el verano anterior.

Nos acercamos; los buitres ascendieron en una maraña de alas negras, con jirones de carne podrida colgándoles de los picos, y sobrevolaron los árboles en círculos.

El caballo estaba tendido de costado, completamente destripado, con las entrañas esparcidas sobre las rocas, el cuello y el flanco desgarrados, las cuencas de los ojos vacías. El olor era tan nauseabundo que tuvimos que rodearlo y volver a acercarnos por el lado donde el viento no nos daba de cara. El abuelo estudió el terreno.

—El puma ha estado por aquí —dijo. Me enseñó, impresa en una zona de polvo, la huella ancha y redonda de la pata del felino.

—A lo mejor lo mató él, abuelo.

—No me parece muy probable. —El viejo desmontó, dejó al caballo parado con las riendas colgando, y se aproximó a pie hasta el cadáver. Yo permanecí donde estaba, a tres metros de distancia. Durante varios minutos, el abuelo contempló los despojos de nuestro caballo.

—Mira esto, Billy. —Me hizo una seña para que me acercara.

—No me encuentro muy bien.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—Sí, señor.

Asintió con la cabeza, se demoró un minuto más y regresó hasta su caballo, trastabillando un poco con sus tacones altos sobre los cantos rodados. Montó, se ajustó el sombrero, hizo girar al caballo y emprendió la marcha por donde habíamos venido. Alcancé a vislumbrar la furia sorda y perpleja que rebosaban sus ojos antes de que me diera la espalda.

Le seguí en silencio y el miedo se tragó mis preguntas. Llegamos al sendero y continuamos cuesta abajo en dirección a casa; los caballos llevaban ahora un paso un poco más animado. Las nubes hervían y se arremolinaban

sobre nuestras cabezas, oscureciendo el sol, y el trueno retumbaba con más y más fuerza. Me estremecí, me até el pañuelo en torno a la garganta y me levanté el cuello de la camisa. Las gotas de lluvia empezaron a caer sobre las rocas calientes que flanqueaban el camino, salpicando la piedra con motas oscuras de humedad que se iban desvaneciendo mientras las miraba, evaporándose en la nada.

Cabalgamos a paso ligero, sendero abajo, seguidos de cerca por el frente delantero de la tormenta. El rayo crujía a nuestras espaldas, proyectando a nuestro alrededor destellos de luz blanca sobre las ramas temblorosas de los pinos piñoneros y los enebros. Cuando vi al abuelo desatar el poncho que había empaquetado tras el borrén trasero de su silla de montar, supe que la tormenta se nos venía encima y desaté también el mío. El rayo volvió a caer, tan cerca de nosotros que se me encogió el corazón, y el viejo Blue dio un salto hacia delante como un potro. Dejamos que los caballos aceleraran y se pusieran al trote. Me puse de pie en los estribos y me equilibré apoyando una mano en el cuerno de la silla de montar. Todas las molestias y dolores que había sentido por la mañana volvieron a mí ahora con una intensidad redoblada. Deseé que no nos quedaran aún tantos kilómetros que recorrer entre el lugar donde estábamos y la casa del abuelo.

Miré hacia arriba: ya no se veía el cielo. En su lugar, había un techo bajo de masa nubosa, violácea, hinchada y turbulenta. Sin embargo, hacia el este, allá en la lejanía, el cielo seguía despejado y el desierto brillaba a la luz del sol.

A nuestro alrededor, cayó otro chaparrón, y esta vez las gotas no se esfumaron, sino que se multiplicaron y se fundieron unas con otras hasta que la superficie de las rocas brilló con una humedad uniforme. Y entonces me di cuenta de que se me estaba mojando la camisa: me puse el poncho de plástico. Llegamos al final del sendero, pasamos al trote frente al molino y el corral y nos dirigimos hacia el este por el camino que nos llevaba a casa. Las llanuras doradas se extendían ante nosotros, sin obstáculos hasta la sierra de Guadalupe, y resplandecían a la luz del sol, pero el límite de aquella luz retrocedía más rápido de lo que nosotros avanzábamos, y poco después las nubes se abrieron sobre nuestras cabezas y se desencadenó el diluvio.

La lluvia me acribillaba la espalda y los hombros, y del ala delantera de mi sombrero caía un chorro de agua que aterrizaba sobre el cuello de Blue. El camino se reblandecía bajo nuestros pasos, la arena y la tierra se convertían en barro y las pezuñas de los caballos emitían un sonido esponjoso. Mi sombrero de paja nuevo empezó a reblandecerse, a medida que el agua lo iba

empapando, hasta mojarme el pelo. El agua me chorreaba cuello abajo en hilillos gélidos que se me deslizaban bajo la camisa. Me sentía fatal: empapado, aterido, cansado y hambriento. Me descubrí a mí mismo odiando el rugido del trueno, el rayo que centelleaba fulgurante sobre la maleza empapada y la tierra oscurecida a nuestro alrededor.

Pero cinco minutos más tarde, de repente, dejó de llover, el rayo cesó y el trueno se replegó a la cima de las montañas en una serie de reverberaciones y ecos desde el Pico Ladrón hasta la sierra de San Andrés.

El sol reapareció, resplandeciendo a través de una brecha en las menguadas nubes, y nos abrasó las espaldas humeantes. Me quité el poncho, colgué el sombrero empapado en el cuerno de la silla de montar y aproveché para darle una forma más a mi gusto ahora que se encontraba en un estado perfectamente maleable.

Ya casi estábamos en casa. A un kilómetro y medio podía ver los álamos de Virginia que flanqueaban el Río Salado, el grupo de edificios del rancho y, un poco más allá, las barracas rojas. Todos y cada uno de los detalles del paisaje destacaban con claridad a la luz oblicua y ambarina del atardecer: vi los cuervos en los árboles, la camioneta del abuelo en el garaje, las ventanas de la casa incandescentes reflejando el sol, los hijos de los Peralta jugando junto al molino, los perros sacudiéndose en el porche, los pliegues y grietas de la erosión en los montículos de arcilla al otro lado de los edificios, la hierba de conejo de Guadalupe y la gobernadora que relucían en la llanura: cosas, apariencias, superficies de vivida precisión y realidad incuestionable, y todo ello coronado por un doble arco iris triunfal.

Creí oír otra vez el rugido del trueno. Cabalgando junto al abuelo, le vi mirar detenidamente hacia el norte, hacia el tramo superior del Río Salado. El sonido del trueno se volvió constante, un rugido continuo y lejano.

—Mejor será que nos demos prisa —dijo—. La riada se acerca.

Los caballos habían reducido la marcha al cesar la lluvia; volvimos a espolearlos y trotamos hacia el lecho seco del río.

Mientras cabalgábamos cruzando la alameda bajo las hojas ya secas y temblorosas, percibimos el bramido de la riada que se acercaba a la vuelta de la siguiente curva, aunque aún no podíamos ver el agua. De repente, el clamor se asemejaba al de un ferrocarril.

Atravesamos salpicando el arroyo de agua clara y trotamos sobre la arena; el lecho del río, seco y caliente, brillaba bajo un cielo limpio. Pero antes de que llegáramos al otro lado, el frente de la riada apareció por la última curva río arriba y se abalanzó hacia nosotros.

Con inevitable sorpresa, tiré de las riendas de Blue y me paré a contemplar el espectáculo. El caballo luchó contra el bocado y dio unos pasos de lado. El abuelo se volvió.

—¡Sal de ahí! —gritó—. ¿Estás loco o qué te pasa?

Consentí, a regañadientes al principio, y dejé que el caballo emprendiera el trote para cruzar el lecho del río y ascender la ribera hasta un lugar seguro. Allí lo frené de nuevo y observé el avance de la riada.

De un marrón rojizo y espesa por el fango, salpicada de borbotones y encajes de espuma, arrastrando un árbol partido en la cresta de una ola, la riada se derramó como una espesa salsa por la tierra soleada. La parte delantera se desplomó sobre una curva en un muro de piedra de unos treinta centímetros de alto, moviéndose a la velocidad a la que corre un hombre cansado, derramándose hacia los lados y haciendo remolinos. En las salpicaduras brillaban arco iris y en la superficie turbulenta se formaban volutas de espuma, que al punto desaparecían y volvían a aparecer, a medida que la inundación se acercaba y ganaba más y más fuerza e intensidad, agitando la tierra que pisábamos y llenando nuestros oídos con su bramido portentoso.

—¡Ahí va Nuevo México! —me gritó el abuelo desde un par de metros de distancia—. ¡A la perdición!

No observó la riada más que por un momento, con expresión sombría, y luego se alejó. Yo me quedé un rato más, aunque el viejo Blue piafaba y se agitaba debajo de mí, ansioso por llegar al corral. Acabé por dejar que se saliera con la suya: los dos teníamos hambre.

Cuando hube terminado de desensillar, cepillar y dar de comer a los caballos, el sol ya se había puesto. Al acercarme a la casa y al olor delicioso de la cena, sentía como si tuviera las piernas huecas y las rodillas me temblaban como las de un bebé. Me resultó fácil olvidar al caballo muerto en las montañas, mi bayo Rascal, que se pudría bajo el suave crepúsculo mientras los pájaros cantaban a su alrededor y las hormigas rojas, los escarabajos y las moscardas atacaban su triste cadáver maloliente.

—¡No! —gritó el abuelo—. ¡Te digo que le dispararon! Tenía la mandíbula destrozada. Y ni siquiera murió en el acto... la pobre bestia debe de haber estado agonizando varias horas. Intentando volver aquí. ¡Por Dios, le pegaron un tiro! Con una bala de punta hueca, al parecer. El agujero de salida era tan grande como mi puño. —El abuelo dio un puñetazo en la mesa, la lámpara saltó y la luz y las sombras bailaron como locas por las paredes.

Lee estudiaba su cigarrillo. Yo seguí esforzándome en escribir una carta a mis padres: ya llevaba un párrafo y me preguntaba qué otra cosa podía decir sin mentir demasiado. Como no quería añadir nada más, hice un dibujo de mí mismo cruzando a caballo las Arenas Blancas con dos buitres planeando sobre mí y el círculo negro del sol encima de los pájaros. No ponía mucho interés en lo que hacía. Estaba atento a la furia del abuelo y a los silencios cautos de Lee Mackie.

—¿Están intentando meterme miedo para que me vaya? —preguntó el abuelo, mascando su puro requemado—. ¿Están tan locos como para creer que son capaces de asustarme y que eso me hará abandonar mi rancho y mi casa?

Lee habló con cautela.

—No salgas galopando en todas direcciones, John. Ahora eres tú el que dice locuras. ¿Cómo sabes quién le pegó el tiro al caballo? ¿O por qué? Puede haber sido un accidente.

Menudo accidente, me dije; deberíamos haber matado a aquellos tipejos...

—Demasiados accidentes por estos lares —rugió el viejo—. Supongo que es un accidente que los camiones pasen por encima de mis verjas. Y que sus cohetes aterricen en mis prados y asusten a las vacas de tal manera que aún no

hemos podido encontrarlas a todas. El pobre Eloy se ha pasado todo el día buscando por la zona noroeste y no ha podido localizar a los animales por ninguna parte.

—A mí esas historias me suenan a percances —dijo Lee—. Ese tipo de cosas les han pasado a otros por aquí. Además, los altos mandos del Ejército no son un hatajo de matones. No quieren crearse enemigos en la zona: pretenden hacer amigos e influenciar a la gente. ¿Ha venido a verte ya DeSalius?

El abuelo inclinó la botella de ron en su cesta de mimbre y volvió a llenarse el vaso, al que agregó un poco de hielo. Hizo lo mismo con el vaso de Lee.

—DeSalius —rezongó—. ¿Quién es DeSalius?

—El coronel Everett Stone DeSalius, del Cuerpo de Ingenieros. Es el que lleva los temas inmobiliarios del Ministerio de Defensa. —Lee exprimió un chorrito de zumo de lima en su bebida y dejó caer la cáscara dentro del vaso.

Me fijé en la ventana, que parecía estampada de alas. Miles de polillas intentaban entrar, hambrientas de luz.

—Este DeSalius —continuó Lee— te va a gustar. Te va a gustar, John. Te alegrarás de conocerle. Va vestido de paisano y siempre lleva un maletín. En realidad es abogado, no ingeniero. Y mucho menos militar.

—Le haré tragarse el maletín si viene a meterse donde no le llaman —dijo el abuelo—. El Box V no está en venta. Sí, señor, le haré tragarse el maletín y unos cuantos puñados de arena.

—Vendrá por aquí. Y te va a gustar. Y, por cierto, esta noche celebra una reunioncilla secreta en el tribunal del condado. Estás invitado, por supuesto. El objetivo es explicarles a Haggard y a Reese y a Vogelín y a otros testarudos por el estilo por qué es su deber patriótico vender sus tierras por la mitad del precio que valen.

—Vogelín no asistirá. Estaba informado de la reunión, me mandaron una carta. —El abuelo se sacó el puro de la boca y bebió un buen trago—. No pienso ir.

—Sé razonable, John.

—¿Razonable? ¿Eso es lo que llamas razonable? No pienso cederles ni un metro a esos... miserables. No les daré ninguna clase de satisfacción; que se vayan al infierno.

—Deberías venir.

—Ni hablar.

—Yo voy. ¿Quieres que hable en tu nombre?

—Si quieres malgastar así el tiempo, adelante. Cuéntales lo que te he dicho: el Box V no está en venta y nunca estará en venta. Mi padre construyó esta...

—Construyó esta casa con sus propias manos. Sí, ya lo sé. Y con la ayuda de una docena de mexicanos a los que pagaba un dólar al día. Escucha, John, te estás dando cabezazos contra un muro de piedra. Si te queda un poco de sentido común, más te vale negociar con esta gente cuando aún están por la labor. Si les obligas a expropiarte el terreno, puede que no saques ni la mitad de lo que te están ofreciendo ahora.

—Me importa un bledo. No quiero el dinero de mierda del Estado. Lo único que quiero es que me dejen tranquilo, que me permitan trabajar el rancho en paz, morir aquí y dejárselo a mi heredero.

—¿Tu heredero?

—Mi heredero.

Lee dudó:

—¿Qué heredero, John? Isabel está en Phoenix, Marian en Albuquerque y Julie en Pittsburgh. Todas felizmente casadas, según tengo entendido, y con hijos. Sabes que ninguna de ellas volverá jamás a esta parcela de polvo y cactus ruinosa, sobreexplotada, quemada y dejada de la mano de Dios. Te estás volviendo a engañar a ti mismo. ¿Qué heredero?

El abuelo observó el vaso que tenía en la mano con el ceño fruncido.

—Ya encontraré un heredero. Eso es problema mío. Y no digas que el rancho está sobreexplotado. No me gusta esa forma de hablar.

—Claro que no te gusta. Pero es la verdad.

El abuelo calló un momento.

—Es esta temporada sin lluvias —dijo al fin—. La sequía. Terminará muy pronto.

—Eso que llamas «una temporada sin lluvias» ha durado ya treinta años.

—Buena razón para pensar que no puede durar mucho más.

Lee sonrió, suspiró y se frotó los ojos.

—Caballo viejo, me recuerdas a un perro de caza que tuve una vez. Un día se sentó en un nopal y empezó a aullar, sin más. Pero ¿crees que se levantó? Ni soñarlo. Era demasiado terco para moverse. Estaba al corriente de sus derechos.

El viejo miró a Lee entrecerrando los ojos.

—A veces me haces dudar de qué parte estás, Mackie.

Lee respondió al instante.

—Estoy de tu parte, John, y lo sabes. Por eso intento hacer entrar algo de razón en esa cabeza dura. Quiero que saques el mejor provecho a una propuesta penosa, lo reconozco. Pero no me gustaría que te metieras en un montón de problemas y te arriesgaras a perder todo lo que tienes inútilmente.

—No voy a perder el rancho. Me lo quedo. Aunque tenga que pelear por él como hizo mi padre en los setenta. Y, ahora, dime la verdad: ¿de parte de quién estás?

—Si decides pelear, pelearé a tu lado. Eso ni se pregunta. Pero tengo la esperanza de hacerte cambiar de opinión, viejo demente, antes de que los dos acabemos en la cárcel de Leavenworth.

El abuelo sonrió: su diente de oro relució a la luz de la lámpara.

—Eso es todo lo que quería oírte decir, Lee.

—Ya lo habías oído antes.

El abuelo se volvió hacia mí.

—Billy, mejor será que acabes esa carta y te vayas a la cama. Mañana tenemos trabajo.

—Sí, señor.

Me incliné sobre la carta, lamí la pluma y meforcé a escribir un par de líneas más: «Hace calor. Alguien le pegó un tiro a Rascal. Este verano monto a Blue...». Sentía los ojos de Lee sobre mí, su sonrisa amable. Su mirada directa y tranquila tenía el poder de fortalecerme siempre, de llenarme, al menos por un corto espacio de tiempo, de una sensación de felicidad tímida y sutil, pero segura.

—Deja al chaval quedarse despierto un rato más. Me prometió que esta noche iba a enseñarme a jugar al ajedrez. ¿Verdad, Billy?

—Sí, señor —contesté.

—Creí que habías dicho que ibas a ir a esa reunión —dijo el abuelo.

—Sí, ya lo sé. —Lee miró su reloj: la pulsera de plata destelló en su antebrazo moreno—. Bueno, tengo media hora para llegar. Más te vale venir conmigo, John.

—Iré el día del Juicio Final.

—Llegará cualquier día de éstos.

—Pues que llegue. Estoy preparado.

Lee sonrió burlón, se encogió de hombros y empujó la silla hacia atrás. Perezosamente, se levantó y se puso el sombrero. Dejó de sonreír y miró duramente al viejo.

—Vogelin, eres un burro.

—Quizá tengas razón.

—Vas derecho a un avispero y a la desesperación.

—Ya veremos.

—Te estás comportando como un absoluto irresponsable.

—¡Anda, esa cantinela es nueva! Explícamela.

—La próxima vez. —Lee se volvió hacia mí, sonriendo—. Buenas noches, Billy. Otro día sacaremos el tablero de ajedrez. No te voy a pedir que intentes razonar con tu abuelo porque sé que eres tan terco e ignorante como él.

—Sí, señor —dije.

El coronel Everett Stone DeSalius apareció dos días más tarde, conduciendo un coche oficial de color gris con unos adhesivos en la puerta donde se leía «Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos». El abuelo, Eloy y yo lo encontramos esperándonos cuando volvimos de inspeccionar las verjas a caballo. Eloy y yo nos ocupamos de los animales. El abuelo se dirigió a la casa para saludar a nuestro visitante, que estaba sentado en la escalera del porche. Me apresuré a reunirme con ellos y dejé que Eloy terminara el trabajo.

El coronel DeSalius iba vestido de paisano, como Lee nos había dicho. Llevaba un elegante traje de verano de poliéster gris, un sombrero de paja de ala estrecha y una camisa blanca con una corbata de color azul plateado. Era un tipo corpulento, más grueso que el abuelo, con un pecho ancho como el de un toro y un cuello rojo y poderoso. Sus ojos azules, a juego con la corbata, chispeaban simpáticos, y tenía la tez lozana y brillante: el hombre estaba bien alimentado. Cuando sonreía, y lo hacía a menudo, su sonrisa te llevaba a sentir que aquel extraño era en realidad un viejo amigo de la familia. Me hubiera caído bien, salvo porque sonreía demasiado.

Se levantó cuando vio acercarse al abuelo y avanzó a su encuentro con la mano derecha tendida. A regañadientes, el abuelo le estrechó la mano y luego le señaló una silla en la veranda. Se sentaron. El viejo ofreció un puro a DeSalius, que lo aceptó con evidente placer. Como aquel día hacía mucho calor —aquel verano hizo mucho calor todos los días—, Crucita les llevó agua con hielo.

Llegué a tiempo de oír el principio de la conversación.

—En fin, caballero —dijo el coronel—, supongo que ya sabe por qué estoy aquí.

—No —respondió el viejo—. No lo sé.

El coronel abrió el voluminoso maletín, extrajo un papel y se lo dio al abuelo.

—Pensé que sería mejor entregarle esto en persona, señor Vogelín. Es una notificación de la Declaración de Expropiación, y adjunta encontrará una orden judicial de ocupación inmediata del Tribunal del Distrito Federal, presidido por el juez Fagergren. No se fije mucho en la dureza del lenguaje, no es tan grave como parece. Permítame que intente explicárselo: el ministro de Defensa, actuando de acuerdo con la Ley de 1888, ha presentado ante el Tribunal del Distrito Federal de Albuquerque una Declaración de Expropiación que le priva a usted de la titularidad de sus bienes. Le remito al C. E. U. A., volumen cuadragésimo, apartado doscientos cincuenta. Ahora bien, el ministro de Justicia...

—¿El C. E. U. A.? ¿Qué es eso?

—El Código de Estados Unidos, versión anotada. Como se ha presentado una Declaración de Expropiación, el ministro de Justicia de Estados Unidos queda autorizado a actuar de inmediato (de nuevo le remito al volumen cuadragésimo del C. E. U. A., apartado doscientos cincuenta y ocho-A)... a actuar de inmediato, tras una vista *ex parte*, para tomar posesión de su propiedad en nombre del Ministerio de Defensa y prepararlo para su ocupación inmediata, dada la urgencia del asunto en cuestión: seguridad nacional.

DeSalius hizo una pausa y respiró hondo, sonriéndole al viejo.

El viejo habló, despacio y claro:

—Mi rancho no está en venta.

—Sí. —DeSalius removió sus documentos y dio una honda calada al puro del abuelo—. Sí, caballero. Comprendemos lo que usted siente al respecto. Los negociadores ya me han informado de su oposición. Como usted se negó a vender o a negociar con nosotros, consideramos necesario presentar la Declaración de Expropiación. Por motivos de seguridad nacional, señor mío, se le priva a usted de la titularidad de sus propiedades. Como sabe, los terrenos son necesarios para la ampliación del Campo de Misiles de Arenas Blancas.

El viejo volvió a hablar, de nuevo despacio y claro:

—Este rancho no está en venta. El Box V no está en venta.

El abuelo empezaba a alterarse poco a poco, pero nadie más que yo se habría dado cuenta. Versado en las inflexiones y grados de su ira, reconocí la furia que le ensombrecía el rostro mientras miraba el papel que tenía en la mano.

DeSalius no parecía ser consciente de que tenía un puma al lado.

—Legalmente hablando, señor Vogelin, su propiedad ya ha sido vendida. Junto con la Declaración de Expropiación hemos depositado en manos del secretario del Tribunal del Distrito un cheque nominal a su nombre por valor de sesenta y cinco mil dólares, el valor monetario estimado de su terreno y sus instalaciones.

—Mi rancho no está en venta.

—Sí. Sí, caballero. —El coronel me sonrió a mí, ya que el viejo parecía resistirse a sus sonrisas—. Puede impugnar el importe de la compensación, señor Vogelin. Está usted en su derecho. Y también puede aceptar el cheque sin perjuicio de ese derecho.

—Sesenta y cinco mil es demasiado —dijo el viejo con gravedad—. El rancho no vale ni cincuenta mil. Y no voy a venderlo, ni me voy a mudar a otro lugar, ni voy a empezar una batalla judicial para sacarles más dinero.

DeSalius sonrió. Si percibía alguna tensión, aún no respondía ante ella.

—Señor Vogelin, legalmente hablando, el acto de presentar una Declaración de Expropiación le priva a usted de su título de propiedad en el momento mismo de la presentación. Usted y yo nos encontramos ahora mismo en terrenos que son propiedad del Estado. —El coronel calló un momento para dejar que sus palabras hicieran efecto. Luego continuó—. Como le decía, tenemos una orden judicial que autoriza al Ejército del Aire a ocupar el terreno de forma inmediata. Sin embargo, el Tribunal le concederá a usted un plazo razonable para trasladar sus bienes muebles y reubicar su ganado. Quizá en torno a un mes, no más, pues me dicen que ha pasado ya la época de cría.

—No me mudaré de aquí hasta que me muera. Quizá ni aún entonces. —Mientras hablaba, el abuelo miraba fijamente a DeSalius, y la expresión de su rostro habría inspirado cautela hasta a un caballo salvaje.

DeSalius sonrió de nuevo, conciliador.

—Sé cómo se siente, caballero. Le entiendo perfectamente. Siempre resulta desconcertante que a uno le expropien sus propiedades de esta...

—Esto no es una propiedad —dijo el viejo—. Ésta es mi casa. Este rancho es mi casa y mi vida. A ver si le entra eso en la mollera, coronel De... DeSalius.

—Sí, sí, caballero, creo que le comprendo. Es decir, claro que le comprendo. —Era la primera vez que DeSalius dejaba entrever signos de incertidumbre—. Sí, tiene que ser... es muy muy desconcertante que a uno le quiten sus propiedades... su casa. Aunque ha tenido usted mucho tiempo, más

de un año, para prepararse para esta... eventualidad. Y se le ha compensado generosamente, como usted mismo ha admitido. Por cierto, el Estado se hará cargo de todos los gastos del traslado de su ganado y sus bienes muebles.

El viejo gruñó y arrugó el documento oficial que tenía en la mano; arrojó la bola de papel al regazo del coronel.

—Coja ese trozo de papel, coronel, y márchese de aquí. No voy a cooperar.

DeSalius calló, dando caladas al puro con aire pensativo. Bebió unos tragos de agua con hielo.

—Bébase su agua con hielo, señor Vogelin, sienta muy bien. Tiene usted un agua de muy buena calidad. Supongo que es de un pozo. —El abuelo no respondió—. Ya había oído que era usted un caso difícil, señor Vogelin, pero pensé que al menos estaría usted dispuesto a atender a razones.

—Todavía no he escuchado ni una sola razón.

—Según el informe de nuestro Comité de Inspección y Posesión, la totalidad del proyecto para el Campo de Misiles podría sufrir un retraso considerable si estos problemas inmobiliarios continúan demorándonos durante mucho más tiempo. Llevamos más de un año intentando negociar con usted, caballero. Todos los demás propietarios se han avenido al trato. Sus vecinos Haggard y Reese aceptaron un acuerdo anoche, ¿lo sabía?

El abuelo hizo una mueca de asco y miró en dirección al desierto.

—Señor Vogelin —continuó DeSalius—, usted es el único que continúa demorando este proyecto. Y este proyecto es un componente esencial de nuestro programa de defensa nacional. Ahora comprendo hasta qué punto mantiene usted un vínculo emocional con este lugar, pero usted debe entender que la seguridad nacional tiene prioridad sobre cualquier otro factor. Los ciudadanos debemos lealtad a la nación ante todo, y el derecho de propiedad —el coronel paladeó con placer el sabor de sus palabras mientras desplegab su artillería retórica— se deriva y depende de la soberanía del Estado. Le remito al Derecho Internacional, a Grocio, Blackstone, Marshall...

—Todo eso ya lo había oído antes. Tengo un amigo que se dedica al negocio inmobiliario y a la política. Como usted. Ya me lo ha explicado. —El abuelo se quitó las gafas y empezó a limpiar las lentes con un pañuelo gastado. Mientras se afanaba con las gafas, miraba al coronel con los feroces ojos entrecerrados—. Coronel, mi decisión está tomada. No le servirá de nada hablar. Ésta es mi casa. No voy a marcharme. No me marcharé nunca. Nací aquí y aquí voy a morirme. Me importa un bledo el dinero que me ofrezca, me

importa un bledo cuántas órdenes judiciales me arroje. No voy a marcharme. Y si intentan sacarme de aquí a la fuerza, me resistiré. Pelearé.

El coronel suspiró, sacudió la ceniza de su puro y volvió a suspirar. Unos suspiros muy hondos para un hombre tan alegre. Al fin, con una sonrisa algo más apagada, dijo:

—Debería llevarse la pelea a los tribunales, señor Vogelin. Si quiere pelear, recurra a los tribunales. Estamos en un país civilizado, no en la jungla. Intente que un juez desestime la orden de expropiación. No le llevará a ningún sitio, pero puede probar, quizá le ayude emocionalmente. Y le repito que puede entablar una demanda para aumentar la compensación. En este momento quizá el Tribunal aún mire su causa con buenos ojos. Sin lugar a dudas, cualquier gran jurado estará dispuesto a escucharle. Pero si se resiste, como usted dice, si amenaza con usar la violencia o algo por el estilo... En fin... en ese caso se meterá usted en toda clase de dificultades adicionales, se arriesga quizá a perder parte de la compensación que ya se le ha concedido, o a algo peor. Piénselo detenidamente, señor Vogelin. Debo instarle a que lo piense detenidamente.

El viejo no dijo nada. Se puso las gafas y se sirvió un poco más de agua con hielo, con las manos tensas, pero firmes como rocas.

Yo volví a llenarme el vaso. La temperatura y la sequedad hacían difícil respirar, incluso a la sombra del porche.

DeSalius hizo lo mismo.

Estábamos sedientos, y la estridencia loca de las langostas allá afuera en la maleza, bajo el sol insoportable, hacía crecer aún más nuestra sed. Bebimos agua con hielo y escuchamos las langostas, escuchamos a Crucita cantar en voz baja en la cocina mientras preparaba la cena: frijoles, por supuesto, con salsa de chili roja y huevos —huevos rancheros— y los insustituibles pedazos de carne de ternera.

Un ternero mugió desde el oeste, al otro lado del lecho arenoso del Río Salado. Miré en aquella dirección pero no pude ver ninguna res. Estaban todas a la sombra de los álamos y el tamarisco. Las delicadas hojas de los álamos de Virginia destellaban suavemente bajo la luz del sol, temblando al toque de la brisa invisible y muda. Con su penoso estrépito metálico, el viejo molino que se encontraba junto a la casa giró sobre sus rodamientos para colocarse de cara al suave viento y aprovecharlo: las aspas chirriaban al moverse. Esa noche las ranas croarían a voz en cuello, enloquecidas por la luz de la luna y el verano.

DeSalius descruzó las piernas y se removió en la silla.

—Bueno, señor Vogelin, no tengo más motivos para seguir molestándolo. Le he traído lo que quería traerle y le he dicho lo que tenía que decirle. Pero debe usted entender que en un caso como éste, que concierne lo que el Ministerio de Defensa considera una emergencia militar, no tiene usted ninguna posibilidad de conservar la titularidad de sus tierras. Ninguna posibilidad, absolutamente ninguna. La única cuestión que queda por decidir es el importe exacto de su compensación monetaria, si quiere usted pleitear al respecto.

Apuró su vaso de agua y se levantó.

—Espero que el procedimiento le haya quedado claro y que comprenda tanto la necesidad como la justicia de estas diligencias. Si tiene alguna pregunta, la responderé encantado, por supuesto. —Ya de pie, miró hacia abajo, al abuelo—. ¿Alguna pregunta?

El viejo, aún sentado, levantó la vista para mirarle.

—Sí, tengo una pregunta. Sólo una. ¿Cómo piensan ustedes que van a poder echarme de aquí si no quiero irme?

DeSalius soltó una carcajada amistosa.

—Bueno, señor Vogelin, estoy seguro de que las cosas no llegarán a ese extremo. Es usted demasiado inteligente para organizar un espectáculo ridículo. Pero si surge cualquier dificultad, el alguacil se ocupará de los detalles. Ésa es su responsabilidad. Aunque estoy seguro de que no necesitaremos sus servicios. A fin de cuentas, usted también es un ciudadano como nosotros, capaz de reconocer tanto sus obligaciones como sus derechos... en lo referente a la ley del suelo. Me voy. Ha sido un placer hablar con usted. Y muchas gracias por este excelente puro.

Al no recibir respuesta del abuelo, el coronel me miró.

—Y encantado de conocerte a ti también, joven. Por cierto, ¿cómo te llamas? Creo que no nos han presentado.

—Billy Vogelin Starr, señor. —Intenté ser educado.

—Bien dicho. Me gusta tu forma de hablar: alto y claro. Estás orgulloso de tu nombre, ¿verdad, joven?

—Sí, señor.

—Muy bien, así es como debe ser. Adiós, Billy. —Se volvió de nuevo hacia el viejo—. Adiós, caballero, ha sido un placer conocerle y conversar con usted. —Nos despidió a ambos con un gesto de cabeza, se dio la vuelta enérgicamente y con paso firme abandonó la veranda y desfiló a través de la luz cegadora del sol y la sombra moteada de los árboles.

Contemplamos su marcha, observando sus anchas espaldas, y le vimos subirse a su coche oficial gris y desaparecer. Su salida quedó deslucida por un caos de polvo: el coche rugía al subir por el camino pedregoso, frente a los establos y el corral, hasta que salvó la pendiente y lo perdimos de vista.

Silencio. Me serví más agua con hielo. Me sequé el sudor del labio superior.

El viejo contempló el polvo que aún quedaba suspendido en el ambiente.

—¿Qué opinas de ese tipo, Billy?

—¿Cómo?

—¿Qué te parece el tipo?

—Parece simpático —dije—. No me fiaría de él ni una cerda de crin.

El abuelo sonrió.

—Opinamos lo mismo, Billy. Opinamos lo mismo.

Pues bien, el verano prosiguió, cálido y seco y bello, tan bello que a uno se le partía el corazón al contemplarlo a sabiendas de que no era posible estar contemplándolo siempre: aquella luz brillante que vibraba sobre el desierto, las montañas moradas que campaban en el horizonte, las borlas rosas de los tamariscos, el cielo salvaje y solitario, los buitres negros que planeaban en el aire sobre los torbellinos, los cumulonimbos que se amontonaban muchas tardes y arrastraban tras de sí una cortina de agua que casi nunca tocaba la tierra, el silencio del mediodía, los suspiros de los caballos que se rebozaban en el polvo para secarse el sudor y espantar las moscas, los fascinantes amaneceres que inundaban la llanura y las praderas de una luz fabulosa, inverosímil, sagrada, los cactus *cereus* cuyas flores se abren y se cierran una sola noche, la luz de la luna que se colaba oblicua por la puerta abierta de mi habitación en el barracón, la imagen y el sonido de un chorro de agua fría surgiendo de un manantial tras un largo día al sol: podría enumerar los millares de cosas que vi y que nunca olvidaré, las mil maravillas y milagros que removían en mi interior algo que no podía comprender.

Pasamos junio y la mayor parte de julio sin que nos causaran muchos problemas ni la meteorología, ni DeSalius, ni la Administración de Estados Unidos. Algunas de las vacas enfermaron por comer espuela de caballero en las montañas, y cinco de ellas se hincharon y murieron. Es algo normal. Todas las demás salieron adelante, y aunque no se puede decir que engordaran, al menos no perdieron peso: se volvieron duras, secas y feroces. En otoño las enviaríamos al Medio Oeste para una ceba rápida a base de maíz y hierba antes de mandarlas al matadero. Así es la vida, al menos la de una vaca productora de carne. Lee Mackie venía a vernos todas las semanas y

salía conmigo a hacer largas excursiones a caballo por las montañas. Me contaba historias de los viejos tiempos, cuando él era un muchachito, y de cómo había participado en la defensa del rancho contra las últimas incursiones de los apaches mescaleros. Todo mentiras, claro está, pero mentiras sanas, llenas de vigor, de romanticismo y de grandeza.

Lee estaba en el rancho el día en que se presentó allí el alguacil. Vino solo, vestido con un traje gris como un agente del FBI, aparentemente sin armas ni animosidad. Eso fue el 20 de julio, la fecha límite especificada en la orden de traslado definitiva del juez Fagergren.

El alguacil se apeó del coche y contempló la escena, al parecer sin inmutarse ante lo que veían sus ojos: los pollos paseándose por el patio, los perros ladrando a su alrededor, los hijos de los Peralta jugando bajo los árboles, la colada tendida a secar en la cuerda, Eloy arreglando el tejado del cobertizo para el heno, Lee Mackie herrando al viejo Skilletfoot, el abuelo remendando las correas de los estribos de su silla de montar.

Lee y yo estábamos planeando una excursión nocturna a caballo; saldríamos por la tarde. El viejo, ni que decir tiene, ya no se alejaba del rancho más que para hacer recados rápidos en el pueblo. Temía que las Fuerzas Armadas de Estados Unidos le confiscaran su casa en cuanto la perdiera de vista un segundo.

—Y bien, caballero —dijo el alguacil. Eso fue todo lo que dijo, de momento. Mirando a su alrededor con una expresión despreocupada y totalmente neutra, se quitó el sombrero, se secó la frente sudorosa con un pañuelo y volvió a ponerse el sombrero. No tenía demasiado aspecto de policía: era bajito, rollizo, de mediana edad y algo patizambo; su rostro era insulso e inocente como el de un cordero. Pero seguramente llevaría un revólver del calibre treinta y ocho con cañón recortado bajo el hombro de su holgado traje de verano, y en el coche tendría una ametralladora.

—Y bien, caballero —repitió, revelando su acento de Texas—. ¿Cómo le va, señor Vogelin? —Se dirigía a Lee.

Lee miró al hombre con dureza inquisitiva antes de responder:

—El señor Vogelin está ahí. —Señaló al abuelo con el dedo pulgar.

El alguacil se volvió hacia el viejo, sin inmutarse ante el escrutinio de Lee.

—Buenas noches, señor Vogelin. —Dijo «noches». Eran aproximadamente las cuatro de la tarde—. Me llamo Burr. El juez me manda a ver qué tal le va.

Al oír la palabra «juez», todos dejamos de trabajar y miramos al visitante.

—¿Es usted el alguacil? —preguntó el abuelo, mientras dejaba en el suelo su aguja de hierro y miraba al hombre con resolución resignada. A pesar de todas las pruebas que la razón le ofrecía, seguramente el viejo había abrigado de algún modo la esperanza de que aquel encuentro no se produjera nunca.

El alguacil asintió.

—Sí señor, soy el alguacil. —Metió la mano en el interior de la chaqueta y buscó algo a tientas. Noté cómo la mano de Lee se tensaba sobre mi hombro mientras a los dos nos asaltaba el mismo pensamiento absurdo: está buscando las esposas.

Pero no: como la mayoría de los que visitaban el rancho por aquellos días, sacó un documento.

—Verá usted, señor Vogelin, aquí tengo un papel que me han mandado entregarle.

Se lo tendió al abuelo. El abuelo no hizo ademán alguno de cogerlo. El alguacil se lo acercó más. El abuelo no pensaba mover un dedo para aceptarlo. Tras una pausa incómoda, el alguacil retiró el brazo tendido, desdobló el documento y lo examinó. Lo examinó durante mucho tiempo, al parecer le costaba entenderlo.

—Verá, señor Vogelin, le explico lo que pone en el papel; este papel es una prórroga de la Orden de Desalojo. —Levantó la vista para mirar al abuelo—. Supongo que ya sabe que tenía usted que haberse marchado de aquí, con todos sus bienes muebles, hoy a más tardar. —Calló y esperó a que el abuelo respondiera.

—Todavía estoy aquí —contestó el abuelo—. No voy a marcharme. No vamos a marcharnos.

—¿No? Bueno... —Se encogió de hombros—. Me parece que el juez ya supuso que usted seguiría por aquí. Este papel significa que tiene usted dos semanas más para desalojar el terreno. El tribunal le concede una prórroga aunque usted no la haya solicitado. Dos semanas más.

El alguacil farfullaba. Parecía soñoliento y aburrido. Era una tarde muy calurosa. Unos treinta y nueve grados a la sombra.

El abuelo no dijo nada. El alguacil esperó, sin decir nada tampoco. En medio del silencio todos podíamos oír el canto maniaco de las langostas.

—Estoy obligado a entregarle este papel, señor Vogelin.

El hombre volvió a ofrecer aquel documento de aspecto oficial a John Vogelin, y el viejo volvió a negarse a aceptarlo. El papel se quedó colgado en el aire entre los dos, suspendido de los dedos de un alguacil de Estados Unidos.

—No lo quiere —afirmó el alguacil.

El abuelo no respondió. Todos miramos al alguacil. La apatía parecía cernirse sobre él como las sombras de los árboles. Tenía los ojos entrecerrados. Me dio la impresión de que nos encontrábamos ante un tipo con alguna clase de retraso mental.

—Bueno, si no lo quiere, se lo dejo aquí.

Miró a su alrededor buscando un lugar donde colocar el papel. La superficie horizontal que le quedaba más a mano era el extremo de uno de los postes del corral. Allí colocó el documento, y al cabo de un par de segundos, la brisa se lo llevó volando al interior del corral, donde aterrizó entre el barro y el estiércol, junto al abrevadero, y espantó a dos mariposas amarillas.

El alguacil se metió las manos en los bolsillos, removió los pies y miró al suelo.

—Hay otra cosa que tengo que decirle, señor Vogelín. —Parpadeó y estornudó. Quizá tuviera la fiebre del heno—. Sí. Es sobre su ganado, señor Vogelín. —El alguacil parpadeó de nuevo con la vista fija en el suelo—. Si usted no lo traslada... lo trasladaremos nosotros. Y usted correrá con los gastos. Es lo que me han mandado decirle.

—Gracias —dijo el viejo.

—Tendremos que llevarnos las reses a El Paso y subastarlas. Lo que saquemos será... será para usted, menos los gastos. —El alguacil empezó a bostezar—. ¿Algo que preguntar antes de que me vaya, señor Vogelín?

—¿Cuántos hombres traerá con usted la próxima vez? —preguntó el abuelo.

El alguacil se rascó el cuello y se balanceó de un pie al otro, reflexionando sobre la materia.

—¡Vaya, yo qué sé, señor Vogelín! ¿Cuántos cree que me harán falta? —Nos miró de soslayo a mí y a Lee un momento y guiñó el ojo. No nos hizo ninguna gracia. Miró al suelo—. Supongo que traeré a todos los que pueda reunir —dijo.

—Necesitará más —le advirtió el abuelo.

El alguacil reprimió otro bostezo.

—Bueno, puede que tenga razón, señor Vogelín. Sí, señor, puede ser. Ya veremos. De todas formas, espero que no esté usted aquí... dentro de dos semanas.

—Aquí estaré. Esperándoles. —La voz del abuelo no aumentó de volumen, pero se cargó de oscura intensidad—. Y voy a decirle algo que más le vale entender bien: le pegaré un tiro al primero que se atreva a poner un pie

en mi casa. Recuérdelo. Dígaselo a los periodistas si quiere. Mataré al primero que toque mi casa.

El alguacil sacudió la cabeza con tristeza.

—Vamos, vamos, señor Vogelin, no diga esas cosas. —Hablabla dirigiéndose al suelo, sin mirar al viejo—. Señor Vogelin, eso es un delito grave, amenazar a un agente de la autoridad. Por favor, no diga esas cosas.

De pronto el viejo perdió los estribos.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi propiedad! ¡Está invadiendo una propiedad ajena! ¡Largo de aquí!

Los dedos de Lee me apretaban con fuerza el hombro.

—John —dijo con voz queda—. Tranquilo...

—Este terreno es ahora propiedad del Estado, señor Vogelin —informó el alguacil. Hizo una pausa y después remató la idea—. Usted es el que está invadiendo una propiedad ajena, señor Vogelin.

—¿Qué? —rugió el abuelo—. ¿Qué ha dicho?

Lee me soltó el hombro y se acercó al alguacil.

—Es mejor que se marche, jefe. Es mejor que se marche inmediatamente. —Clavó la vista en el hombre hasta que éste bajó la cabeza y miró al suelo.

—Ya me voy —dijo el alguacil. Retrocedió unos pasos, levantó una mano lánguida e hizo un movimiento vago en el aire, un gesto de despedida—. Nos vemos, supongo. Aunque ojalá que no. O sea, no aquí. Espero que nos veamos en otro sitio. —Nos dio la espalda y caminó hacia el coche con su paso desgarrado de tipo bajito, gordo y asimétrico. Las moscas revoloteaban en torno al fondillo de sus pantalones.

Le observamos meterse en el coche y alejarse conduciendo.

—Menudo payaso —masculló Lee.

—Le mataré como vuelva por aquí con sus traspies y sus balbuceos —amenazó el abuelo.

—Menuda insolencia —dijo Lee—. Vaya forma de comportarse. Haciendo el payaso con asuntos serios. Qué mala educación y qué insolencia... insolencia de la peor clase.

El viejo Skilletfoot empezó a piafar y resoplar, mientras seguía esperando a que acabáramos de herrarle las pezuñas traseras. Lee descargó su rabia contra el caballo:

—¡Estate quieto, so! ¡So! ¡Maldito jamelgo malcriado de lomo raído, morro de camello, cola de escoba, cuello de borrego...! ¡So, so, te digo!

Y Skilletfoot obedeció.

Tras la cena, una vez que Crucita hubo lavado los platos y regresado con su verdadera familia, Lee y yo empezamos una partida de ajedrez en mi tablero de viaje. Lee no prestaba ninguna atención a la partida, sino que seguía discutiendo con el abuelo sobre el mismo tema tedioso e interminable. Le gané holgadamente en catorce jugadas, tras dejarle reducido al rey, el alfil, los dos caballos y unos pocos peones desperdigados.

Jugamos otra partida. Volví a ganarle. Pero no sólo estaba perdiendo la partida, también estaba perdiendo la disputa con el viejo. O al menos no la estaba ganando. Iniciamos una tercera partida.

—¡No! —tronó el viejo, con el puro en la mano—. ¡No! —rugió, como hizo miles de veces aquel verano—. ¡Este rancho no está en venta! ¡No está en venta, demonios! Soy demasiado viejo para mudarme. ¡Tendrán que sacarme de aquí en una caja de madera, redíos! Y, mira, a lo mejor por el camino hasta me llevo por delante a unos cuantos funcionarios públicos. — Aquello era una declaración firme, pronunciada sin la menor vacilación.

—Sólo tratan de cumplir con su deber, John.

—Yo también. Con mi deber.

—Hay una palabra que describe a los tipos como tú —dijo Lee, dirigiéndome una sonrisa pícara.

—Palabras, palabras.

—La palabra es... anacronismo.

—¿Anarquismo?

—También.

—Jaque —solté con rotundidad.

—No tengo miedo a las palabras —dijo el viejo—. Llámame lo que quieras. Mientras seas educado...

—Hombre, John, eso por descontado.

—Jaque —repetí—. Te toca mover, Lee.

—Cuento con tu apoyo hasta el final, Lee.

—¿Qué has dicho, Billy?

—Tu rey... está... en jaque.

—Ah, sí... Es verdad. ¿Y ahora qué hago con él?

Armándome de paciencia, señalé a la dama.

—Ella puede salvarte, Lee.

—Sí —dijo—, la dama. —Y miró su reloj de pulsera—. Se está haciendo un poco tarde.

—Sí —convino el abuelo.

—Te toca mover, Lee.

Creo que fue unas dos semanas después cuando los funcionarios públicos se llevaron nuestro ganado.

Regresábamos al rancho con el crepúsculo, cegados por los últimos rayos del sol, que nos daban directamente en los ojos a través del parabrisas. En la trasera de la camioneta llevábamos comida por valor de cincuenta dólares, en su mayoría latas de conserva y frijoles secos. El viejo se preparaba para un largo asedio.

También habíamos recogido el correo: para mí, una carta de mi madre; para el abuelo, varias cartas de la Administración de Estados Unidos.

El viejo estaba un poco achispado, pero conducía sin dar demasiados bandazos. La camioneta rebotaba en los baches del camino al acercarse a la entrada de la verja, a sesenta y cinco kilómetros por hora.

El abuelo pisó el pedal del freno y la camioneta derrapó y se detuvo. Pero antes de bajarme a abrir el portón, nos dimos cuenta de que algo iba mal: el portón ya estaba abierto de par en par.

—¿Qué demonios estarán haciendo ahora? —murmuró el viejo.

Cruzó el umbral y frenó. Me bajé para cerrar el portón. Vi unos carteles de acero nuevos que brillaban colgados de los postes del portón:

PROPIEDAD DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS.

NO PASAR

Se referían a nuestro rancho. Intenté arrancar aquellos engendros con las manos desnudas y sólo conseguí romperme una uña. El viejo vio lo que

estaba haciendo y salió de la camioneta con un martillo de orejas en las manos. Arrancó los carteles de los postes y los arrojó lejos, a la maleza.

Volvimos a la camioneta. Y al poco nos detuvimos.

Una nube de polvo gigantesca se estaba levantando sobre las llanuras de sal donde se hallaban nuestros principales cargaderos para el ganado. En la base de la polvareda podíamos ver las siluetas pequeñas y borrosas de las reses, los caballos, los hombres y las máquinas. A través del aire sereno de la tarde nos llegaba el murmullo grave, amortiguado por la distancia, de la actividad animal.

Un coche se acercaba por el camino procedente de las llanuras, un jeep azul del Ejército del Aire donde brillaban los cascos blancos de la Policía Aérea.

Por costumbre, el abuelo alargó la mano hacia el revólver que llevaba en la guantera. Luego se acordó de mí y dejó caer la mano.

—Aún no vamos a presentar batalla —dijo, mientras entornaba los ojos a la luz del sol y daba caladas a su puro—. Todavía no. —Se colocó las manos en las caderas y esperó.

El jeep se aproximó aún más, con el motor quejumbroso por el esfuerzo y las ruedas lanzando densas cortinas de polvo amarillo, y se detuvo junto a nuestra camioneta. El conductor permaneció al volante, pero el capitán que iba sentado junto a él se apeó y vino hacia nosotros.

—¿Señor Vogelín? —preguntó, ofreciéndole la mano derecha a mi abuelo.

El viejo se negó a estrecharle la mano. Estaba un poco cansado de darles la mano a sus enemigos.

—Soy Vogelín —dijo—. Salgan de mi propiedad.

El capitán, un hombre joven y guapo, palideció ligeramente, pero no perdió la compostura.

—Lo siento mucho, caballero. Este terreno es propiedad del Estado.

—Y un cuerno —soltó el abuelo—. Ésta es mi casa. ¿Qué están haciendo aquí? —Señaló la polvareda que aumentaba sobre la llanura.

—Le estábamos esperando, señor Vogelín. Por eso he venido a buscarle. Siento tener que ser yo el que se lo comunique, caballero. Tenemos órdenes de reunir su ganado y sus caballos y sacarlos del rancho.

Yo observaba al viejo fijamente, seguro de encontrar en él una fuente de fuerza y valentía, y no pude detectar ningún cambio en la expresión pétrea de su rostro. Salvo, quizá, que se volvió aún más pétrea. Quizá más dura incluso

que la piedra. El viejo daba la impresión de que podía convertirse en un hombre de metal ante mis propios ojos.

—Esas reses no están en venta —dijo el abuelo lentamente, mirando no al capitán, sino a lo que sucedía en las llanuras—. Están ustedes cargando mi ganado —dijo.

Agucé la vista todo lo que pude y a través del polvo vi una hilera de camiones enormes en el camino junto a la rampa de carga central. Seis, siete, ocho camiones... no estaba seguro.

—Sí, señor —respondió el capitán—. Sólo nos falta un camión por llenar.

—Sabían que no estaba en casa.

—Sí, señor. Nos ordenaron proceder de esta manera.

Aún sin mirar al capitán, el abuelo dijo:

—Es una forma un poco cobarde de actuar, ¿no le parece?

Esta vez el capitán no se inmutó.

—Sí, señor —dijo—. Estoy de acuerdo con usted. Pero... —Calló, dudó.

—¡Demonios! Son ustedes una verdadera multitud, por lo que parece —protestó el abuelo—. Cada dos días una cara nueva. —Abruptamente, el abuelo cambió de tercio—. ¿Qué le ha pasado a Eloy? Sólo por encima de su cadáver habrían hecho algo así.

—¿Eloy? —dijo el capitán—. ¿Eloy...? ¿Se refiere usted a Peralta?

—Eloy Peralta —repitió el abuelo. Observaba las operaciones de carga a través del polvo y el resplandor cruel del sol.

—Si se refiere a su empleado... —El capitán hizo una pausa para lamerse el sudor del labio superior—. Si se refiere a Peralta, lamento comunicarle que le hemos detenido. De hecho, ya está en el calabozo. Nos dio unos cuantos problemas esta mañana...

—Debería haberme quedado en casa —dijo el abuelo—. Debería haber dejado que Lee trajera... —En voz más alta, preguntó—: ¿Se encuentra bien?

—¿Quién?

—Eloy, ¿se encuentra bien?

—Sí, señor Vogelin, no resultó herido. Nadie resultó herido, de hecho. Nos estamos esforzando para que la operación se lleve a cabo con limpieza, decoro y cortesía.

El capitán malgastaba su ironía con mi abuelo. El viejo no se molestaba en sonreír, ni se dignó mirarle. Mantenía la vista apartada de él, como si se encontrara frente a algo inmundo. Tras un silencio considerable y elocuente, se volvió hacia mí.

—Vámonos, Billy.

El oficial hizo un ademán nervioso.

—¿No tratará de interferir, verdad, señor Vogelin?

El hombre armado que iba al volante del jeep mantenía sus ojillos inyectados en sangre fijos en nosotros, con una sonrisa convulsa e intranquila en los labios. Un segundo policía aéreo iba sentado en el asiento de atrás. También él nos miraba con los ojos brillantes y el rostro bañado en sudor.

Aquellos dos hombres sentados en el jeep, sudorosos, callados, inmóviles, con armas automáticas enfundadas en las anchas caderas, me hicieron sentir náuseas.

—No —respondió el abuelo. Se subió a la camioneta y yo me subí a su lado.

—Tengo que pedirle que no interfiera —dijo el capitán con mucha seriedad, acercándose a la camioneta y colocando la mano en el marco de la ventana con el cristal bajado para retener al abuelo—. Entienda, señor Vogelin, que tengo órdenes de impedir cualquier tipo de interferencia con los bienes durante esta, eh, esta operación. El procedimiento es completamente legal.

—Un robo legal —dijo el abuelo. Encendió el motor—. Un robo legal. No —añadió, mientras metía la marcha corta—, no voy a interferir. Llévase a las pobres bestias. Lléveselas a todas; a fin de cuentas se están muriendo de hambre. Pero no intenten mandarme el dinero. No quiero dinero de manos de ladrones.

Pisó el embrague y nos pusimos en marcha. Miré hacia atrás por la ventanilla y vi al capitán caminando hacia el jeep con paso enérgico y subiéndose a él. Se disponían a seguirnos.

El sol se puso de repente al acercarnos a la llanura. El primero de los camiones de ganado se aproximó a nosotros, con los faros alumbrando a través del polvo y el crepúsculo. Después de ése llegaron otros: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. El abuelo se salió del camino. Paramos para contemplar el paso de la caravana. Cada camión transportaba unas veinticinco cabezas de ganado, los últimos restos del rebaño del Box V.

Uno de los camioneros nos saludó con la mano al pasar.

—¡Hola, John! —gritó.

El abuelo estaba mirando hacia otro lado.

Los camiones pasaron rugiendo, todos cargados de seres vivos: a través de las rejillas pude vislumbrar trozos de ijadas pardas y ojos como platos, y oí los mugidos de los terneros.

Detrás de los camiones iba una camioneta de media tonelada con dos caballos de silla —que no eran nuestros— en la trasera y dos vaqueros un tanto extraños en la cabina del conductor. Nos saludaron hoscamente, nosotros ni los miramos. Tras ella apareció otro jeep del Ejército del Aire, cubierto de polvo y cargado de soldados también polvorientos. Nos miraron mientras les mirábamos.

Nos disponíamos a marcharnos a casa cuando el primer jeep nos dio alcance y el capitán se apeó y vino a vernos de nuevo, aunque nadie le había llamado. Su rostro pulcro y bienintencionado nos hizo frente a través de la ventanilla abierta del lado del abuelo.

Le hicimos caso omiso durante un momento.

—¿Señor Vogelín? —dijo.

El abuelo no contestó.

—Señor Vogelín —repetió el capitán—. Quisiera disculparme por la parte que me ha tocado en este triste asunto. Toda la situación me avergüenza profundamente y no quería participar en ella de ningún modo, pero... pero no he podido librarme. —Sonrió, una sonrisa pesarosa—. Trabajo para el Gobierno. Tengo que hacer lo que me ordenan.

—No, no tiene que hacerlo —dijo el abuelo.

—¿Acepta usted mi disculpa?

El abuelo le miró por vez primera.

—No se preocupe por ello, hijo. Pero, por favor, salga de mi rancho y no vuelva jamás.

El rostro del capitán desapareció cuando el abuelo pisó el acelerador y la camioneta se puso en marcha. El abuelo no miró atrás ni una sola vez, pero yo sí lo hice, y vi la caravana de camiones y jeeps serpenteando hacia el este bajo cortinas de polvo dorado, llevándose con ellos el alma que animaba la vida de mi abuelo.

—Espero que se acuerden de cerrar el portón —dijo el abuelo en un susurro.

¿Por qué?, pensé. Ya no necesitamos portones. Ya no necesitamos vallas. Me entraron ganas de llorar. Me costó mucho trabajo contenerme, pero decidí esperar hasta quedarme solo. Si el abuelo no lloraba, yo tampoco iba a hacerlo.

Aquella tarde la puesta de sol sobre las montañas fue fastuosa: un circo brillante y jubiloso de nubes escarlata en un cielo radiante. El espectáculo me llenó de asco.

Llegamos a casa y aparcamos junto a la puerta de entrada para descargar nuestras provisiones de guerra. Crucita estaba sentada en la veranda con sus cinco hijos, esperándonos. Empezó a sollozar cuando nos acercamos a ella con pasos pesados.

—¡Señor Vogelin! —clamó—. ¡Señor Vogelin! —Y se acercó tambaleante al viejo, secándose su hermoso rostro con el delantal.

El abuelo le acarició los hombros.

—No llores, Crucita, no pasa nada. Todavía no estamos acabados. —Ella siguió gimoteando, apoyándose en él—. Por favor, no llores —dijo con ternura—. Prepáranos algo de comer. Tenemos hambre. El chico tiene hambre.

Mentiroso. Y yo tampoco tenía hambre. No tenía hambre de nada más que de guerra y venganza.

Los niños, morenos y sucios, solemnes como una hilera de búhos, estaban sentados en silencio y nos observaban.

—La comida está lista —avisó Crucita—. Ahora se la caliento un poquito.

Se dio la vuelta y entró en la casa delante de nosotros, que la seguimos cargados con nuestras cajas de raciones de combate. La casa estaba sombría y fresca, llena de penumbra oscura, colmada de un aire pesaroso, de desastre.

El abuelo encendió un par de lámparas de keroseno, mientras Crucita atendía a los frijoles, las patatas, la carne, los tacos, las enchiladas y el café sobre las llamas azules del fogón de gas.

—Siéntense —dijo—. Yo les sirvo.

Nos quitamos algo del polvo que nos cubría las manos y la cara bajo el grifo. El agua salía tibia tras haber estado todo el día en el depósito. Nos sentamos a la mesa y Crucita nos llenó los platos de comida.

—Mi Eloy —lloriqueó, de pie frente a nosotros con la cacerola— intentó pararlos, señor Vogelin. Pero eran muchísimos. No pudo hacer nada. Lo esposaron, lo llevaron al pueblo y creo que lo metieron al calabozo.

—Ya lo sé, Crucita —dijo el abuelo—. Volveremos al pueblo esta noche, pagaremos la fianza y le soltarán. —Jugueteó con la comida en el plato—. Pero tú y Eloy no podéis quedaros aquí más tiempo. Tendréis que marcharos hasta que este asunto se haya resuelto.

No me gustó cómo sonó aquella frase. Entonces pensé lo que diría la próxima carta de mi madre: «El colegio empieza dentro de tres semanas. Vuelve a casa inmediatamente».

Crucita, ni que decir tiene, protestó contra la orden del abuelo y juró que Eloy y ella no le abandonarían, que pelearían con él hasta el final. Así que el

abuelo dijo que dejaría que Eloy se pudriera en la cárcel del condado, si ella así lo prefería. Y le ordenó que hiciera las maletas y estuviera lista para marcharse en una hora. Crucita se negó. El viejo se puso a gritarle. Y por fin ella dio su brazo a torcer y salió de la cocina, sollozando y lamentándose, y se dirigió a su propia casa con los niños trotando a su alrededor.

—¿Dónde está Lee? —me dijo el abuelo en un susurro.

Yo estaba preguntándome lo mismo. A regañadientes, nos obligamos a comer algo, nos levantamos, apilamos los platos en el fregadero (aunque esta vez no para Crucita) y fuimos a la camioneta a buscar el resto de nuestras provisiones.

El viejo acometió la tarea de fortificar la casa. Cerramos los pesados postigos de madera y pasamos los pestillos interiores. Acerrojamos y atrancamos la puerta de la cocina y la trasera y apilamos colchones contra ambas, sujetándolos con mesas, sillas y cabeceros de camas. Llenamos de agua la bañera y todos nuestros cubos, frascos de conservas y jarras de ron, por si al enemigo se le ocurría intentar cortarnos el suministro que venía del depósito. Dejamos abierta de momento la puerta principal, pues esperábamos que aún pasarían varias horas, o incluso días, hasta que empezara el asedio.

No había mucho más que hacer por el momento. El viejo me mandó a la casa de los Peralta para que comprobase si Crucita estaba lista.

Me habían gustado los preparativos militares —parecían tan prácticos—, pero este recado infantil me fastidió. Mientras avanzaba arrastrando los pies en la penumbra de agosto bajo los álamos rumorosos, percibiendo distraído el escándalo que armaban los caracateyes sobre el lecho seco del río, resolví hacer algo dramático y significativo. Aunque no sabía muy bien qué. En primer lugar, volvería a robar el revólver que estaba en la camioneta y me aseguraría de que permaneciera en mi posesión. Por algo se empieza.

Pasé junto al corral. Allí había tres caballos esperando, deseosos de grano. Eran Blue, Skilletfoot y el semental del abuelo, Rocky. Los demás ya no estaban.

Entré en la casa de los Peralta por la puerta principal, que se hallaba abierta, y me vi en una estancia calurosa y atestada donde Crucita estaba sentada en medio de un caos de cajas de cartón y maletas viejas. Llenaba un baúl de ropa y utensilios caseros. Las estampas sagradas todavía colgaban de las paredes: Jesucristo con el corazón sangrante, la Virgen con el Niño, ambos con pinta de gringos, y una fotografía coloreada del Papa, con su mitra y su báculo.

Crucita seguía llorando un poco mientras trabajaba, pero reparé en que se había lavado la cara y se había peinado, y los niños, que corrían por la casa, ahora transformada, tenían un aspecto limpio y aseado. Ella era capaz de aceptar lo inevitable: el abuelo y yo, no.

Me pregunté adonde iría. Mientras la ayudaba a acabar de rellenar el baúl, me lo contó sin que yo le dijera nada: ella y los niños se quedarían con unos parientes en El Paso hasta que el señor Vogelin los mandara a buscar; Eloy trabajaría para su hermano, que tenía un pequeño bar y una bodega en Las Cruces, a sólo treinta y dos kilómetros de El Paso. Se las arreglarían.

Oí un coche que se acercaba por las barrancas. Dejé a Crucita, salí corriendo y vi el automóvil acercarse. Era Lee con su cochazo. Los faros barrieron el patio, giraron dejando atrás el corral y los ojos brillantes de los caballos y enfocaron la camioneta del abuelo al detenerse. Las luces se apagaron. Corrí a saludarle.

Tenía el semblante muy serio, pero me dedicó una sonrisa cuando le agarré el brazo.

—Hola, Billy, ¿por qué estás tan alterado? ¿Dónde está el viejo?

—Dentro de casa. Jo, Lee, cómo me alegro de que hayas venido.

Me rodeó los hombros con el brazo.

—Espero que no sea demasiado tarde.

Entramos en la casa y encontramos al abuelo junto a la chimenea del salón, limpiando su escopeta y su carabina a la luz de las lámparas de keroseno.

—Esto parece la guerra —dijo Lee, con una sonrisa cansada.

El abuelo musitó alguna clase de respuesta mientras extraía un trapo blanco y limpio del cañón de la carabina. Con el mecanismo abierto, levantó el arma hacia la luz y miró a través del cañón.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó.

—¿Qué? Acabo de enterarme —dijo Lee—. Esos cerdos miserables... John, tengo que decirte que es la jugada más sucia y rastrera que he visto nunca. Cobarde y marrullera. Una historia así debería publicarse en todos los periódicos del país. A lo mejor se publica. Quizá, si consiguiéramos darle suficiente publicidad, todavía podríamos espantar al Ejército del Aire. Cosas más raras se han visto.

El abuelo no dijo nada, se limitó a abrir la escopeta de doble cañón.

—No necesitamos publicidad —dije, a sabiendas de que me metía donde no me llamaban—. Necesitamos munición. —Me acordé del revólver en la camioneta. Me dirigí hacia la puerta.

—Quédate aquí, Billy —ordenó el viejo—. Mantén las patitas alejadas de ese revólver.

Lee se me acercó y me palmeó el hombro.

—Es un buen chico, John. Deberías sentirte inmensamente agradecido de tener contigo a un chaval como éste.

El viejo miró hacia la luz de la lámpara a través de los cañones de la escopeta.

—Tienen bastante buena pinta —farfulló. Pero enganchó un trapo nuevo a la baqueta de limpieza.

Se produjo un breve silencio mientras le observábamos trabajar. Lee dijo:

—Supongo que estás seguro de que esto es lo que quieres hacer. Es decir, enfrentarte con ellos y echarlos a tiros.

—Bueno... —El abuelo miró a Lee con una sonrisa maliciosa—. Es el método tradicional.

Lee calló de nuevo antes de preguntar:

—¿De verdad estás planeando... de verdad esperas un ataque? —Contempló las ventanas atrancadas.

—Hoy se han llevado casi todo mi ganado —dijo el viejo—. Me imagino que yo soy el siguiente. —Miró alrededor, buscándome—. ¿Crucita está lista?

—Sí, señor. Casi.

El abuelo se volvió hacia Lee.

—¿Quieres echarme un cable esta noche?

Lee levantó las manos en un gesto de sorpresa.

—¿A qué te crees que he venido?

—Sólo preguntaba. Bueno, pues si quieres ayudarme, ¿por qué no te llevas a Crucita y a los niños, pagas la fianza de Eloy, y los acercas a coger el autobús a El Paso? No, casi mejor, llévatelos directamente a El Paso. A ellos... y algo más.

Me levanté.

—Siéntate, Billy —me ordenó el abuelo.

Me senté. La puerta principal estaba abierta; un ejército de polillas de todo tipo se arremolinaba contra la mosquitera.

—Vale —dijo Lee—. ¿Esta noche?

—Ya. Ahora mismo.

—¿Tú te quedas?

—Claro. No volveré a salir del rancho. He aprendido la lección. La próxima vez será en una caja de madera, con los pies por delante, a menos que la Administración me deje en paz.

—No lo harán. —Lee me lanzó una mirada incómoda—. Billy...

—Llévatelo —le pidió el viejo—. Mételo en el tren. Y asegúrate...

—¡Un momento! —aullé, volviendo a levantarme.

—Y asegúrate de que sigue en el tren cuando salga de la estación.

—¡No! —chillé—. No. No me voy. Quiero quedarme. Por favor, abuelo.

—Su maleta está en la entrada —dijo el abuelo—. Ya está preparada. Llévatelo de aquí, Lee.

—Claro. —Lee volvió a mirarme, sonriendo pero claramente incómodo—. Me parece que te vas a casa, Billy.

—¡Por favor! —grité—, por favor, abuelo, no me obligue usted a marcharme. Ahora no. Me necesita. Quiero ayudarle. Por favor.

—Coge tu maleta, Billy.

—Yo la traigo. —Lee salió de la habitación y volvió al momento con mi equipaje en la mano—. ¿Está todo aquí? —nos preguntó.

—Yo no la he preparado —contesté con amargura.

—Sí, está todo —respondió el abuelo—. Todas sus cosas. Llévatelo, Lee. Si necesitas una cuerda, hay una en la camioneta.

—Mi sombrero —dije débilmente. Recogí el sombrero de paja estropeado y arrugado de la cornamenta de ciervo que estaba junto a la chimenea. Y cambié bruscamente de actitud—. No me voy. Señor, no me voy. No puede obligarme.

El viejo colocó la escopeta sobre la mesa. Se inclinó apoyándose en las manos y me miró detenidamente. Todavía tenía la colilla del puro en la boca.

—¿Qué es lo que has dicho? A lo mejor estoy un poco duro de oído esta noche.

—Vamos, Billy —dijo Lee, mientras yo miraba al abuelo con la boca abierta, buscando las palabras para mi súplica. Dios, ¿qué podía decir? Estaba aturrido por el asombro, la decepción y la impotencia.

Lee me rodeó suavemente el brazo con sus grandes dedos.

—Quedas detenido, Billy. Vámonos.

—Perdona que no te ofrezca un trago esta noche, Lee —se disculpó el abuelo—. Me concederás que lo primero es sacar de aquí a esta mujer y estos niños, y a Eloy de la cárcel, cuanto antes.

—Ya ha estado allí muchas veces —dijo Lee.

—Ya lo sé.

—¿Cómo? —prorrumpí—. ¿Cómo que mujer y niños? No soy un niño. No me llame usted niño.

—No se refería a ti, Billy.

—Quise decir a la mujer, a los niños y a Billy Vogelin Starr —dijo el abuelo—. Perdóname.

Lee aumentó la presión sobre mi brazo y me empujó suavemente hacia la puerta. Me incliné hacia delante. Mis piernas parecían paralizadas.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —preguntó Lee.

Mis piernas empezaron a revivir.

—Iré andando. Dame la maleta. —Le quité la pesada maleta de la mano a Lee, me encasqueté el sombrero en la cabeza e inicié la marcha, arrastrando la carga. Antes de empujar la puerta mosquitera me detuve para hacer una última súplica al abuelo. Me daba la espalda y parecía enorme, como un oso —. Abuelo... —empecé.

—Adiós, Billy. —No se volvió a mirarme.

De repente dejé caer la maleta, corrí hasta él, le abracé por la cintura y empecé a sollozar. El viejo me apretó el hombro, me besó la frente y me empujó rudamente hacia Lee.

—Mándalo a casa, Lee. Por favor, sácalo de aquí.

Lee agarró la maleta con una mano y a mí con la otra, juntos salimos a trompicones de la casa y nos sumimos en la noche. A tientas llegamos hasta el enorme coche, bajo los árboles. Más allá de las hojas pendía un mar de estrellas titilantes. Lee me empujó al interior del automóvil y cerró de un portazo. Fuimos a casa de Crucita.

6

Tras sacar a Eloy del calabozo y recorrer los cien kilómetros que nos separaban de El Paso, ya era demasiado tarde para coger el tren de la noche. Lee y yo cruzamos a pie el puente internacional sobre el Río Grande, echamos un vistazo a la vida nocturna de Juárez, regresamos a El Paso y pasamos la noche en una habitación de hotel. Mi tren salía a las nueve y veinte de la mañana.

Aquella noche no pude dormir. Me levanté varias veces para ir al baño y regresé a mi cama arrastrando los pies. Y en todas las ocasiones advertí que Lee me vigilaba con mirada cautelosa.

Dimos cuenta de un triste desayuno en la cafetería del hotel y bajamos en coche a la estación de la Southern Pacific a esperar el tren. Al parecer, Lee y yo teníamos poco que decirnos aquella mañana. Paseamos en silencio por el vestíbulo, estudiando a la gente, las revistas del puesto de periódicos y el horario de trenes por encima de las ventanillas de venta de billetes. Deseé que aquel tren no llegase nunca. Deseé que se averiara en Tucson o Deming, que se cayera al río en Las Cruces. Pero llegó.

Lee me condujo entre la multitud hasta las vías y continuamos, dejando atrás los vagones de aluminio, hasta el que me correspondía. El mozo, con su traje azul marino, esperaba junto a la escalerilla. Lee le enseñó mi billete, subimos al tren y yo me senté en mi asiento y coloqué la maleta en el portaequipajes. Mientras me acomodaba provisionalmente en mi sitio, advertí que Lee hablaba con el mozo y le ponía en la mano varios billetes verdes.

Afuera, el revisor echó una ojeada más a su Hamilton de oro colgado de una cadenita también de oro.

—¡Pasajeros al treeen! —gritó.

Lee se me acercó.

—Adiós, Billy. Dame la mano y... ¡hasta el año que viene!

Me dirigió aquella sonrisa cálida y bella que siempre me consolaba el corazón. Nos estrechamos la mano, me dio una palmada de despedida en el hombro, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo a grandes zancadas hasta desaparecer de mi vista.

Miré por la ventana mientras arrancaba el tren. Allí estaba Lee, alto y delgado entre la muchedumbre de texanos y mexicanos que se apiñaba en el andén. Se quitó el amplio sombrero y lo agitó despidiéndose al pasar mi vagón. Le devolví el saludo y les vi a él, a la gente que le rodeaba y los edificios de la estación alejarse y perderse en el pasado lejano.

¿Perderse? No todavía. No para mí.

El mozo y el revisor estaban hablando en la parte de atrás del vagón. De mí, quizá; me daba la impresión de que los dos me miraban con un solo ojo. A pesar de todo, me levanté y anduve hasta la parte delantera del vagón. Noté cómo la mirada del mozo me seguía hasta que empujé la portezuela del servicio de caballeros.

Allí, solo, observé por la ventanilla cómo los suburbios cochambrosos y las zonas de carga de la estación de El Paso desfilaban ante mis ojos. Rodábamos ya a gran velocidad hacia el este, y sabía que tendría que saltar de aquel tren enseguida si no quería acabar en los desiertos del oeste de Texas.

Esperé otro minuto o dos antes de salir del servicio. El mozo y el revisor, aunque vueltos aún hacia mí, estaban estudiando un fajo de papeles que el revisor llevaba en la mano. Empujé la puerta, salí al atronador descansillo de paso entre los vagones y miré a mi alrededor buscando el tirador rojo.

FRENO DE EMERGENCIA

Lo encontré de inmediato, empuñé el tirador firmemente y tiré de él con todas mis fuerzas.

Nada ocurrió. Por un momento. Y luego los frenos neumáticos se accionaron, las inmensas ruedas se bloquearon, aullaron como almas en pena y el tren patinó hacia delante sobre el acero seco y caliente. Sentí el perno de enganche bajo la plataforma donde tenía los pies, sentí cómo el tren entero temblaba y se retorció ante la violencia de la colisión entre velocidad y masa. A través del cristal de la puerta del descansillo vi al revisor avanzar hacia mí pesadamente, con la cara roja como un tomate. Abrí la puerta exterior, vi las

chispas y los extremos de las traviesas moviéndose bajo mis pies, pero no demasiado rápido.

Cerré los ojos y salté. Aterricé con un golpe tremendo y salí rodando hacia delante con el ímpetu del tren. Cuando al fin me detuve, abrí los ojos, descubrí que seguía vivo, me levanté y eché a correr. Un clamor de gritos se elevó a mis espaldas. Crucé a la carrera las vías relucientes frente al avance de una silbante locomotora de maniobras, tropecé y caí, volví a levantarme y seguí corriendo hacia la valla de tela metálica que cercaba la zona de carga.

Alcancé la valla y trepé por ella con los dedos y las punteras de mis botas de vaquero, rodé sobre tres alambres de espinoso tendidos en la parte de arriba y me tiré al suelo, dejando atrás varios jirones de abrigo y pantalones. Oí los silbidos de los policías ferroviarios, pero aquello no iba a detenerme. Sin parar de correr, crucé la calle esquivando camiones a toda velocidad y me interné por un callejón estrecho.

A esas alturas me faltaba el aire y sentía en las costillas intensos pinchazos a causa del esfuerzo, pero no quise parar. Pasé junto a unos contenedores de basura y salté por encima de un borracho dormido hasta que llegué a la calle siguiente, doblé la esquina y reduje la marcha, jadeando como un perro.

Vi un autobús que cambiaba de carril para detenerse una manzana más adelante. Intenté echar a correr de nuevo, pero no fui capaz, y el autobús arrancó antes de que yo pudiera llegar a la parada. Había gente en las aceras: negros, mexicanos, vaqueros resacosos. Nadie me hacía ningún caso. Miré hacia atrás y no vi indicios de que me persiguieran. En la siguiente esquina volví a torcer, alejándome del ferrocarril al paso más rápido que pude, y busqué un lugar donde esconderme y descansar.

Otro callejón. Me interné en él, reconfortado por los muros cercanos, las traseras de los albergues para vagabundos, de los cafés, los bares y las tiendecillas. Una escalera conducía hasta la puerta de un sótano. La bajé a trompicones y me desplomé contra la puerta de acero, cerré los ojos y fingí que era invisible.

Pasados varios minutos, empecé a respirar otra vez con normalidad. Abrí los ojos. Un hombre con un mono de trabajo azul pasó caminando por la calle, me descubrió allá abajo, me miró titubeante y siguió su camino. Me quedé donde estaba, hasta que la puerta que tenía detrás se abrió de repente desde dentro y me caí sobre el costado.

Un negro vestido con vaqueros y una camiseta color café que llevaba una caja de cartón enorme al hombro me miró desde las alturas.

—¿Me dejas pasar, chaval?

Me aparté a un lado y él dio una zancada por encima de mis piernas, subió las escaleras con su carga y desapareció.

Me puse de pie, me sacudí un poco la ropa, me peiné con los dedos, di forma a mi sombrero de paja aplastado y caminé escaleras arriba hasta el nivel de la calle. Cuando llegué a la acera me paré, confuso e inseguro, no sabía qué dirección tomar. Estaba completamente desorientado. Entonces me di cuenta de que el sol de la mañana, que resplandecía a través del polvo y la contaminación de la ciudad, me daba directamente en la cara. Le di la espalda y me puse en marcha hacia el oeste, en paralelo a la vía del tren, que ahora quedaba a dos o tres manzanas hacia el sur. No sabía dónde estaba la estación de autobuses, pero pensé que probablemente se encontraría en el centro de la ciudad, no muy lejos de la estación de tren.

Mientras caminaba, magullado y cansado pero vagamente eufórico, no me olvidé de prestar atención a los inevitables coches patrulla. Cuando apareció el primero, dos manzanas más adelante, me metí en un bar. Tres parroquianos sentados en taburetes altos me miraron de arriba abajo; la camarera, una rubia flaca con el pelo moldeado con rulos, me observó frunciendo el ceño. Pero, antes de que pudiera decir nada, el coche patrulla había pasado de largo y yo volví a salir al calor despiadado de la mañana. Al verme reflejado en un escaparate, se me ocurrió que el sombrero de vaquero de paja podría delatarme a ojos de un policía concienzudo. Lo tiré en una papelera que encontré por el camino.

Tenía miedo de preguntar el camino a alguien. Así que seguí andando sin descanso, siempre hacia el oeste, por las profundidades de El Paso, hacia la isla de edificios altos que se levantaba en su centro. El tráfico aumentó, las aceras se llenaron de gente y yo reparé en que las personas que me rodeaban tenían un aspecto diferente: no había tantos vaqueros ni mexicanos, y sí más texanos rubicundos con trajes de verano y muchas mujeres rubias de brillantes ojos azules con faldas de tubo, las pantorrillas doradas por el nailon y los pies enfundados en zapatos de tacón de aguja: criaturas extrañas e inquietantes que parecían incapaces de verme mientras yo me abría paso pesadamente entre ellas bajo la altura de sus hombros.

Un policía a pie apareció con la porra en la mano por la siguiente esquina, haciendo la ronda. Me escabullí por la puerta de una sombrerería femenina, donde varias de esas criaturas esbeltas de extremidades elegantes conversaban cacareando como gallinas sobre el murmullo incesante del aire acondicionado. Un rostro ceñudo y generosamente maquillado, de género

ambiguo, se cernió sobre mí en cuanto pisé la blanda moqueta. Retrocedí hasta la puerta y me escurrí hacia fuera a espaldas del policía.

Por fin decidí que, si quería encontrar la estación de autobuses, no me quedaba más remedio que usar mis capacidades lingüísticas. Si no, corría el riesgo de cruzar la ciudad entera y tener que hacerlo de nuevo en la dirección contraria. Me detuve delante de un ancianito que vendía periódicos en la acera; aunque aparentaba noventa años, era más bajo que yo. Me explicó dónde estaba la estación de autobuses. Enfilé la calle que apuntaba su dedo nudoso y, efectivamente, un poco más adelante me encontré con el galgo de neón de la Greyhound, el consabido olor de los gases del diésel y el habitual grupo de reclutas y marineros morriñosos.

Conté el dinero que tenía, me compré un billete de ida a Baker y decidí comer algo. Me encaramé a un taburete junto a la barra y pedí dos hamburguesas con todos los acompañamientos, un batido de chocolate y una porción de tarta de manzana con helado de vainilla. En el rancho del abuelo había echado de menos ese tipo de comida basura, blanda y dulce.

Mientras comía, mantenía la vista fija en el espejo que había detrás de la barra del bar, observando el ir y venir de la gente a través de la puerta. Si aparecía un policía, saldría disparado al servicio de caballeros. Pero nadie me molestó.

Mi autobús, con dirección a Albuquerque y parada en Baker, Alamogordo, Carrizozo y Socorro, aún tardaría dos horas en salir. Cuando terminé de comer, decidí esconderme en el baño.

Me pasé un rato largo allí, sentado en uno de los cubículos, con la puerta cerrada con pestillo, leyendo un periódico para matar el tiempo. Cuando me cansé de aquello, empecé a recordar en detalle mi escapada del tren y mi huida a través de la ciudad. Me pregunté si Lee se habría enterado ya de aquello y concluí que no era probable. Si lo supiera, adivinaría de inmediato a dónde me dirigía y cómo, y la próxima vez que viera unos pies por el hueco que quedaba bajo la puerta del cubículo, serían los suyos, enfundados en sus suntuosas botas marrones, y un instante después llegaría su voz, llamándome por mi nombre: «¡Billy! ¡Billy Vogelin Starr!».

Agité la cabeza, desperté. El recuerdo de un sueño flotó en mi mente y se perdió. Oí el estruendo del altavoz vomitando nombres conocidos: Alamogordo, Carrizozo, Socorro...

Me levanté de un salto, despierto y ansioso de repente, manipulé torpemente el pestillo, escapé, y caminando lo más rápido que pude sin llegar a correr, salí del servicio de caballeros y atravesé el vestíbulo de la estación

hasta llegar a la dársena número 3, donde me esperaba el autobús, con la puerta plateada aún abierta. El conductor estaba picando el billete del último pasajero de la cola. Subí trotando, el tipo me miró atentamente de arriba abajo y aceptó mi billete con una expresión que se me antojó desconfiada.

—¿Adónde vas, chaval?

Tragué saliva antes de contestar.

—A Baker. —¿Acaso no podía leerlo en el billete?

—¿Sin equipaje?

—¿Qué?

—¿Dónde está tu equipaje?

—No... no tengo.

—A Baker, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Vives allí?

—Sí. Sí, señor.

A regañadientes, me devolvió el billete perforado. Durante un segundo ambos lo tuvimos agarrado, tirando de él en direcciones opuestas.

—¿Qué hacías tú solito en la gran ciudad? —me preguntó.

—¿Disculpe?

—Decía... —se interrumpió, suspiró, encogió los hombros estrechos—. Sube, hijo.

Encontré un asiento en la parte de atrás del autobús, entre los negros y los mexicanos, detrás de los soldados y los marineros y las mujeres de aspecto sureño. Poco después todos viajábamos sanos, salvos y confortables, a través de los atascos de las calles, hacia el norte, hacia el desierto, la libertad y la guerra.

Cuando, un rato más tarde, en plena hora de la siesta, el autobús paró ante el mixto de oficina de correos, tienda de comestibles y parada de autobús que era el garito de Hayduke en Baker, a mí aún no se me había ocurrido dónde podría esconderme durante el resto de aquel interminable día de agosto.

Dos personas se bajaron del autobús. Las seguí de cerca y, cuando entraron en la tienda de Hayduke, yo entré detrás de ellas. Por suerte para mí, no había nadie para atender a los clientes excepto el viejo Hayduke, que estaba ocupado clasificando el correo tras la reja de su cochambrosa oficina.

Los dos extraños se le acercaron; yo pasé de largo y me escabullí en el servicio de caballeros. Cerré el pestillo, trepé al lavabo y miré por la ventanita entreabierta.

No había mucho que ver: una parcela que se extendía desnuda hasta una valla a un kilómetro de distancia, atravesada por un camino por el que en aquellos momentos no pasaban coches. No podría marcharme en esa dirección sin que nadie me viera. Y tal y como yo concebía mi plan, tenía que volver al rancho sin que nadie se diera cuenta y, una vez allí, permanecer también escondido hasta que llegase el día señalado en que el viejo me necesitara.

Un cliente intentó abrir la puerta del servicio, no pudo, lanzó un juramento y se marchó. Pero volvería, y si no, otro lo haría. Miré hacia arriba y encontré lo que esperaba: una trampilla. Poniéndome de pie sobre la cisterna del váter, pude alcanzarla y abrirla. Pero antes de internarme en la negrura del ático, desatranqué la puerta del baño, una vez me hube asegurado de que nadie esperaba al otro lado.

Rápidamente, para que nadie tuviera la oportunidad de pillarme, me alcé a través del agujero del techo y volví a colocar la trampilla en su sitio.

Allí dentro estaba negro como la noche y no había nada en lo que apoyarse salvo las traviesas del techo. Un entramado de vigas no es que digamos la mejor cama del mundo. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y miré a mi alrededor.

A poco más de un metro había una puerta en un tabique del ático. La atravesé y me encontré en el desván de Hayduke, iluminado por una ventana que daba a la calle principal de Baker. Aquello mejoraba considerablemente mi situación. Además, el desván tenía suelo y albergaba unos pocos muebles viejos. A excepción del calor asfixiante, no había mucho de lo que quejarse. Me senté junto a la ventana y, tras contemplar durante un rato la calle casi vacía, me quedé dormido.

Me desperté hacia el anochecer, con una sed terrible y las tripas rugiéndome de hambre. Además, el aire cargado y el calor me provocaron náuseas. Agucé el oído, atento a cualquier ruido de actividad en la tienda y la oficina de correos que tenía debajo. No oí nada. Sin lugar a dudas, el viejo Hayduke se habría marchado a casa hacía horas. Abrí otra trampilla, mucho mayor que la que se encontraba sobre el servicio de caballeros, y bajé por una escalerilla de madera clavada a la pared.

Una sola bombilla eléctrica brillaba débilmente en la oficina de correos tras el muro de buzones, sin apenas modificar la luz crepuscular que inundaba el establecimiento. Un hombre pasó por delante caminando y oí sus botas repiquetear sobre el pavimento. Fui gateando hasta la nevera de las bebidas sin alcohol y cogí un refresco de naranja. Me sentó bien. Me bebí otro

refresco, gateé hasta donde estaba la bollería y me comí seis magdalenas de chocolate, que volvieron a despertarme la sed. Volví gateando hasta la nevera y me bebí dos refrescos de naranja más.

Aquello era un robo, por supuesto. Tras una lucha titánica con mi conciencia, decidí no dejar ningún dinero en la caja registradora de Hayduke. No porque no pudiese permitírmelo —todavía me quedaban diez dólares—, sino principalmente porque robar me producía un placer profundo y auténtico. Comí más magdalenas, bebí más refresco y esperé a que cayera la noche.

Cuando lo hizo, me dirigí a gatas hasta la puerta trasera y me escurrí al exterior, sumiéndome en el bendito frescor de la oscuridad. Por primera vez en cinco horas tuve la posibilidad y me sentí libre de ponerme de pie.

El descampado se abría hacia el este. Caminé en dirección sur por detrás de los edificios desperdigados de Baker, crucé la autopista a un kilómetro de distancia del pueblo y me dirigí al noroeste, hacia el camino que conducía al Box V.

Tal vez estuviera un poco desorientado. Aunque las luces del pueblo me servían de guía, tardé una hora en llegar al camino. Y a esas alturas ya volvía a estar hambriento y sediento. Me maldije por haberme olvidado de traer comida y bebida de la tienda de Hayduke. Pero ya era demasiado tarde.

Me dirigí hacia el oeste a paso firme, sintiéndome tan ligero como una planta rodadora, a pesar del hambre y la sed, o quizá a causa de ellas. Caminaba alegremente mientras contemplaba las evoluciones de las estrellas y, una por una, iba cantando todas las canciones que Lee me había enseñado aquel verano. La luna no saldría esa noche, pero mi visión nocturna era buena. El camino se extendía frente a mí tan claro como una autopista iluminada.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, hasta que empecé a cansarme. Me acosté en la arena de la cuneta para descansar y me quedé dormido, no sé cuánto tiempo, hasta que el aire frío de la noche me caló los huesos, me desperté y seguí caminando.

Un avión pasó tronando por el cielo, con el dispositivo de poscombustión incandescente como una estrella roja. Entonces oí otro ruido: un automóvil. Miré hacia atrás y vi un par de luces que titilaban a poca distancia, rebotando hacia mí sobre los baches del camino.

Preso del pánico, me alejé de él corriendo hasta chocar con una valla de alambre de espino. El desierto llano y abierto me rodeaba. No tenía dónde esconderme. A gatas, crucé la valla, que volvió a desgarrarme la chaqueta, y me oculté tras una mata de planta de sal, estirándome boca abajo sobre la

arena. A mi lado algo emitió un zumbido agudo. Por un instante no comprendí lo que era. Supongo que asumí inconscientemente que era una langosta, hasta que vi los anillos oscuros y la cabeza en forma de pica levantarse a poca distancia de mi mano extendida; entonces, sin pensarlo siquiera, escapé de allí rodando, corrí hasta la siguiente planta de sal y volví a arrojarme al suelo.

El coche pasó de largo, con los faros traseros reluciendo a través del polvo. ¿Sería el coche de Lee? No podía estar seguro; era posible. Me levanté y eché a andar hacia el camino. Fue entonces cuando me asaltó de repente el terror, al tomar plena conciencia de lo que podía haber supuesto aquel cordel vibrante de veneno. Tuve que sentarme y descansar un poco más hasta que por fin el corazón dejó de latirme como una locomotora y mis nervios se hubieron calmado lo suficiente como para retomar el control de mis músculos y extremidades.

Exhausto como un ternero recién marcado, atravesé gateando el alambre de espino y retomé la marcha tambaleándome, en pos del runrún del coche que iba apagándose y de las minúsculas lucecitas rojas. Éstas desaparecieron enseguida y el ruido del motor se perdió en la distancia por completo. Continué mi pesado avance bajo el silencio de las estrellas, con la cabeza gacha y los brazos colgando como muertos; las manos me pesaban como dos piedras.

Horas más tarde —o lo que se me antojó como horas más tarde— avisté los límites del rancho del abuelo, el gran portón cuadrado que se alzaba negro contra el azul oscuro de la noche. Hasta que casi hube llegado a él no vi el jeep aparcado junto a la entrada, ni el brillo de los cascos, ni el fulgor de un cigarrillo incandescente, ni oí el murmullo de voces ni el zumbido eléctrico de una radio.

Me detuve y observé la escena, tan aturdido por el hambre, la sed y la fatiga que apenas me importaba ya si me descubrían o no. Al final decidí no rendirme, no aún, y di un largo rodeo para esquivar el jeep y el portón, trepé un par de vallas y volví a dirigirme hacia el camino una vez estuve lo bastante lejos de los guardias.

Por lo menos ahora sabía dónde estaba. El cuartel general del rancho — casa, comida, agua y una cama— no se encontraba a más de cinco kilómetros de distancia. Esa idea me dio fuerzas para seguir adelante. Continué la marcha arrastrando los pies por el polvo, tropezando en los salientes de las rocas enterradas, soñando con agua y carne —sí, era carne lo que me apetecía ahora— y un rincón oculto donde acostarme a dormir durante unos cuantos días.

Unos faros delanteros emergieron del lecho del Río Salado y me apuntaron desde el otro lado. Volví a escapar aprisa del camino y a esconderme tras un arbusto, asegurándome antes de que no había ninguna serpiente de cascabel esperándome. El coche se acercó, atravesando a gran velocidad las llanuras de álcali y reduciendo la marcha al subir por la ladera entre las rocas. Lo vi pasar, demasiado cansado como para sentir más que una leve curiosidad. Pero esta vez estaba seguro de que era el coche de Lee, y me pareció ver a dos hombres en los asientos delanteros. Eso significaba que el abuelo había abandonado el rancho para unirse a mi búsqueda.

Me llevó otra hora comprender el posible significado de aquello. Cuando por fin me di cuenta, ya era demasiado tarde. Me incorporé, corrí hacia la carretera y grité con todas mis fuerzas hacia los faros traseros que se alejaban:

—¡Abuelo! ¡Lee! ¡Parad! ¡Esperadme! ¡Abuelo...!

Demasiado tarde: el coche siguió avanzando, las luces se perdieron en la distancia. ¿Cómo iban a oírme? Las lágrimas me surcaron el rostro mientras yo, de pie en medio del camino, contemplaba impotente las luces del coche fundirse en la oscuridad, y oía el quejido del motor volverse más y más débil y desvanecerse al ascender hacia el cielo interminable.

¿Qué podía hacer ahora? No lo sabía. No se me ocurría absolutamente nada. Me volví hacia las llanuras y con un esfuerzo inmenso caminé y caminé y caminé, bajé la pendiente, crucé el kilómetro y medio del lago seco, dejé atrás los corrales grandes y los cargaderos, subí la cresta que quedaba más allá de ellos y luego bajé por el último kilómetro y medio de camino serpenteante que me separaba del Salado y de los edificios del rancho.

Cuando por fin llegué, estaba demasiado cansado para comer. En lugar de ir hacia la casa, me dirigí directamente al corral y al establo, aferrado aún a la idea de que tenía que esconderme.

Me escurrí por entre las traviesas del corral, bebí hasta saciarme de la tubería que chorreaba sobre el abrevadero y me tambaleé hasta el cuarto de arreos.

Lo último que vi, antes de arrebujarme en una mantilla y desplomarme sobre la paja, en el suelo, fue la pálida cinta del alba sobre la barranca. Los párpados se me cerraron, la cabeza dejó de darme vueltas, las lágrimas se evaporaron de mis mejillas y el mundo, el mundo entero en toda su amplitud, con sus montañas, sus policías, sus pumas, sus caballos, sus mujeres y sus hombres se derritió como si fuera un sueño.

El sinsonte graznaba como un cuervo al otro lado de la ventana. La luz del sol se filtraba en grandes haces polvorientos por la habitación, entrando desde el oeste. Cuando abrí los ojos y vi que estaba en mi cama en el barracón, no me sorprendí en absoluto. Nada podría haberme parecido más natural. Pero al recordar lo que había ocurrido el día anterior y lo que ocurriría ése, salí rápidamente de la cama y cogí mi ropa, que colgaba de una silla.

Mientras me vestía, me percaté de que alguien hablaba en voz baja en el banco que había afuera, a la sombra de los álamos. Oí a mi abuelo; oí a Lee Mackie. No tenía ningún recuerdo de que me hubieran llevado hasta donde estaba, sólo me acordaba de que me había echado a dormir en el establo bajo una mantilla de montar.

Me acerqué con pasos cautelosos hasta la puerta, abrí una rendija y miré por ella. Allí estaban, el viejo fumando su puro, Lee sacándole punta a un palo con la navaja y hablando con él. El sol estaba próximo a la cumbre del Pico Ladrón: me había pasado el día entero durmiendo.

El estómago me rugía como un oso. Tenía un hambre canina. Y también miedo. No sabía cómo iba a poder afrontar la ira del viejo y no se me ocurría ninguna forma de evitarla. Ni se me pasó por la imaginación intentar esconderme otra vez. Ya era demasiado tarde para esa clase de tonterías. Tras dudar durante largo rato, e impelido más por el hambre que por el valor, empujé la puerta y salí.

Me quedé allí parado, parpadeando ante el resplandor del atardecer.

—¿Tienes hambre, Billy? —Fue lo primero que me dijo el abuelo.

—Sí, señor.

—Tienes la cena lista en la cocina. Encima del fogón. Ve a lavarte la cara, péinate, come y vuelve aquí. Tenemos que hablar contigo.

—Sí, señor.

Me dirigí con desánimo hacia la casa. Lee me había sonreído pero el abuelo tenía una expresión muy severa.

En la oscura cocina fortificada me limpié un poco, rápido y de mala manera, y retiré del fogón un plato de hojalata tapado. Frijoles, carne, patatas fritas. Lo devoré todo en dos minutos y me serví más comida de la olla de hierro colado. Me bebí casi un litro de agua y comí unas pocas patatas más. Por fin me sentí con fuerzas suficientes para volver a salir y afrontar mi castigo.

Los dos hombres detuvieron su conversación al ver que me acercaba.

Para entonces el sol ya se había ocultado y los murciélagos y los sinsontes estaban en plena faena. En el crepúsculo malva no se veía nada con demasiada claridad.

—Siéntate, Billy —dijo el abuelo.

Me senté. Lee me puso la manaza sobre la rodilla.

—Nos has dado un susto de muerte —dijo—. Ayer tuvimos a la policía y a los ayudantes de los sheriffs de seis condados buscándote durante todo el día. Si vuelves a intentar hacernos una jugarreta como ésta otra vez, se acabó, amigo. No te invitaremos a Nuevo México nunca más.

—Lo siento —me disculpé. Callé—. No volveré a hacerlo. —Callé de nuevo—. Pero tenía que volver aquí.

—Menos mal que anoche descubrimos tus huellas. Vimos dónde te desviaste para esquivar a los guardias y bajaste zigzagueando por el camino. Si no, ahora mismo nosotros podríamos estar en El Paso buscándote y el Ejército del Aire se habría abalanzado sobre este lugar como un enjambre.

Estaba demasiado avergonzado como para contestar.

—No se lo hemos dicho a tu madre —prosiguió Lee—. Y ésa es otra cosa de la que debes alegrarte. Si alguna vez se entera de esto, no Volverá a permitir que te alejes de su vista. Ya lo sabes.

Ya lo sabía, y guardé silencio.

El abuelo gruñó, se aclaró la garganta y se sacó el puro de la boca por un momento.

—Voy a dejar que te quedes una semana más, Billy. Sólo una semana. Y luego te marchas a casa. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Todos guardamos silencio. Escuché los chasquidos de los murciélagos, las ráfagas de los sinsontes, el cloqueo nervioso de los pollos mientras se acomodaban para pasar la noche en el granero. Escuché las pezuñas de nuestros tres últimos caballos que se acercaban a beber en el corral.

—Bueno, mejor será que me vaya a casa —dijo Lee—. La cena se va a enfriar y Annie se enfadará de nuevo conmigo.

—Tienes que tratarla bien, Lee —le aconsejó el viejo—. Tienes una buena mujer, trátala bien.

—No lo dudes. —Lee suspiró, estirándose, e hizo el esfuerzo de ponerse de pie—. ¡Dios mío, qué cansado estoy! Estas últimas veinticuatro horas han sido una paliza en toda regla.

—Pues es posible que el próximo día o dos también sean ajetreos —dijo el abuelo.

—Eso tampoco lo dudes. Estaré a la espera. Cuando me necesites, no tienes más que decirlo. De todas formas vendré mañana en algún momento. ¿Por qué diablos no instalas un teléfono, John?

—Nunca supe cómo hablar por esos cacharros.

—Podrías aprender.

—Claro que podría. Pero no quiero enredarme con el cable. Bastantes problemas tengo ya.

Lee sonrió y me estrujó el hombro.

—Cuida bien de este viejo cascarrabias, Billy. Al final va a resultar que es bueno que hayas vuelto.

Se levantó despacio y estiró su metro ochenta y ocho hacia las extremidades del árbol, mientras yo lo observaba con muda admiración. Tenía el traje de gabardina arrugado y polvoriento, la corbata floja y el sombrero nuevo ya con manchas de sudor, pero seguía manteniendo el aspecto de un auténtico caballero del Oeste. Yo le habría votado sin dudar.

—Ojalá pudiera quedarme —dijo Lee.

—Vete a casa y pórtate bien con tu mujer. Y duerme un poco.

—Tienes razón. Toda la razón. Hasta luego, pareja. Hasta mañana.

Se dio la vuelta de mala gana y caminó, alto y derecho, hacia su flamante automóvil. Si de verdad estaba cansado, no se le notaba mucho.

El mundo se iba oscureciendo a medida que veíamos a Lee alejarse en su coche. El abuelo desprecintó otro puro.

—Abuelo —pregunté—, ¿qué hacen todos esos hombres en el jeep que está frente al portón este?

—Me están vigilando —dijo sonriendo. Encendió el puro. Conforme le daba caladas, los jevenes se esfumaban a nuestro alrededor—. Supongo que están ahí para impedir el paso a la gente. Periodistas, curiosos y demás. Lee dice que hemos salido en los periódicos.

—¿Y qué será lo próximo que hagan?

—¿Quién?

—Las autoridades.

—No lo sé. A lo mejor mañana lo averiguamos. —Le dio una calada al enorme puro—. ¿Sabes una cosa, Billy? Tus tías quieren que venda el rancho. Recibí cartas de todas ellas el otro día. Hasta tu madre quiere que lo venda.

—¡Mi madre! —Por un momento me quedé tan horrorizado que no pude decir nada más—. Ay, no, abuelo, mamá no. No puede ser. Mamá no. No señor. Puede que mi padre...

—La carta es del puño y letra de tu madre, Billy.

—Me importa un bledo. No, señor, no me lo creo. Ella no sería capaz... Seguro que mi padre... —Pero volví a callar antes de pronunciar las palabras que estaba pensando, antes de decir lo que en realidad no quería creer.

—¿Quieres hacerme un favor, Billy?

—¡Sí, señor!

—Saca a los caballos a hacer un poco de ejercicio antes de acostarte. Nadie los ha montado en una semana, a ninguno de ellos. Tengo miedo de volver a alejarme de aquí ni siquiera media hora. Podría haber un par de funcionarios públicos escondidos ahí, entre los sauces, esperando una oportunidad como ésta. Anoche no estaban, pero igual ahora sí. Venga, te ayudo a embridarlos.

Caminamos hasta el corral donde aún seguían los caballos, aunque el portón estaba abierto de par en par. Los animales esperaban ansiosos a que les diéramos grano. Les dimos dos puñados a cada uno y les pusimos las bridas. No me molesté en ensillarlos.

Primero monté a Rocky, el gran semental alazán. Como era el más rápido y revoltoso, quería quitarme de encima esa tarea cuanto antes. Mientras el caballo daba cuenta de su cena, contemplé al viejo caminar lentamente hasta la casa a oscuras y vi cómo su figura se iba perdiendo en la penumbra, bajo los árboles. Los perros trotaban a su lado, aullando junto a sus rodillas, conscientes de que algo iba mal.

El enorme alazán vibraba bajo mi cuerpo, resoplaba de impaciencia y piafaba con la pezuña. Le hice girar hacia el portón. Inmediatamente empezó

a trotar y no intenté retenerlo. En cuanto traspasamos el umbral se puso a pleno galope, con la cabeza y el cuello estirados hacia delante.

El viento me azotaba el rostro. Me ceñí al caballo con las rodillas, enganché la mano que tenía libre en la crin y le dejé galopar a su aire. Surcamos la penumbra violácea a toda velocidad en dirección sur, hacia la valla, pasando por encima de la corta y dura hierba amarilla, las piedras y las acequias secas.

Los ojos se me inundaron de lágrimas, lágrimas de alegría como aspiradas por el viento a esa velocidad. Mientras la oscura línea de la valla se nos acercaba rápidamente, por un instante me sedujo la idea loca de incitar al rocín a saltarla, a saltar la valla, y guiarlo hacia las montañas para no volver jamás.

Pero tanto él como yo tuvimos la sensatez de no hacerlo. En el último momento, apoyé la rienda en el lateral de su cuello y ambos describimos un giro muy pronunciado a la derecha, inclinándonos tanto que los cascos de Rocky horadaron la tierra. Las chispas relucían en la oscuridad cuando las herraduras chocaban contra las piedras.

Ahora galopábamos hacia el oeste, hacia el ancho lecho oscuro del Salado. Y la imaginación volvió a tentarme: pensé en los ojos amarillos, en el manantial misterioso bajo la roca, en el puma esperándonos en las montañas.

El caballo galopaba ansioso hacia aquel destino, y sus cuatrocientos cincuenta kilos de músculo y hueso y sangre y nervio y espíritu apenas rozaban el suelo, como si nuestro tremendo ímpetu nos hubiera dado alas. Se venía hacia nosotros la barranca del río, que tenía un desnivel de un metro ochenta, el ancho lecho de arena, la arboleda que quedaba al otro lado, y más allá, el desierto, las colinas y las montañas.

Pero por segunda vez rechacé aquella idea loca. Volvimos a girar a la derecha y galopamos pendiente arriba de vuelta al corral y al establo, hacia la casa y el viejo, hacia el camino que nos comunicaba con el mundo de los hombres y las mujeres. Y supe que nunca haría lo que había soñado hacer: no en esta vida.

Tres veces galopé a lomos del espléndido caballo en torno a los prados, hasta que noté que empezaba a cansarse. Entonces lo refrené y lo puse a medio galope, al trote, al paso. Nos detuvimos junto al portón del corral, desmonté, le di al gran semental unas pasadas rápidas con el cepillo, le quité las riendas y lo liberé con una palmada en el hombro. Se alejó brincando y resoplando, triunfante. Desaté al viejo Blue y me subí a su amplio lomo, con el cuerpo tembloroso, las costillas resintiéndose de un tipo de dolor placentero

y el cerebro ya libre, despejado de cualquier idea no relacionada con la tarea que acometía.

Cuando terminé con Blue y Skilletfoot, me dirigí a paso lento hacia mi habitación en el barracón. Un agradable cansancio me invadía los huesos y la carne, y volvía a sentirme listo para dormir. Para entonces el crepúsculo se había reducido a una única veta amarilla entre las estrellas y las nubes negriazules que flotaban sobre las montañas. Uno de los perros empezó a ladrar desde su puesto en la veranda de la casa del abuelo, me olfateó y calló de nuevo. Las enormes ranas de agosto croaban en la acequia, algunos pájaros extraños silbaban entre la espesura de los álamos, y un búho —el búho— habló una vez desde su atalaya, en algún lugar de la arboleda, junto al lecho seco del río, asustando a los conejos y a las ardillas que rebullían en la noche.

Mi habitación me pareció agobiante y opresiva, aunque la puerta y la ventana estaban abiertas de par en par. Como tantas otras veces, arrastré el catre de acero al exterior y me preparé para acostarme bajo el cielo. Me senté en el colchón, me arranqué las botas, me quité los calcetines y froté los pies desnudos contra la arena.

Miré hacia la casa del abuelo. Había una luz encendida en la ventana de la cocina pero no oí ningún ruido. Saqué mi pipa de mazorca de maíz de su escondite, al fondo de mi saco de dormir, la llené de un tabaco recio y barato, de obrero, la encendí y fumé durante un rato, mientras restregaba los pies contra la tierra áspera.

A pesar de los pájaros y las ranas, el rancho se me antojaba anormalmente silencioso, hasta que recordé que, salvo la vaca lechera y su ternero, todo nuestro ganado —y la mitad de nuestros caballos— ya no estaba allí.

Vacíé la pipa de cenizas dándole golpecitos, la escondí, me quité la ropa y me metí en el saco de dormir. Con las manos detrás de la cabeza, contemplé el cielo. La Osa Mayor estaba suspendida en las alturas, firme como una roca, con la estrella polar por encima de ella.

El mundo seguía en su sitio. Ya podía cerrar los ojos.

Como Crucita ya no estaba, el abuelo me asignó la tarea de ordeñar a la vaca lechera. Esa tarea no me entusiasmaba, pero el ternero estaba destetado y alguien tenía que hacerla, aunque apenas necesitábamos la leche: yo no bebía demasiada y el abuelo ni la probaba.

Le lavé las ubres a la vaca, coloqué el balde esmaltado en su sitio y extraje la leche mientras el animal comía alfalfa en el pesebre. Cuando terminé, tapé el balde, lo llevé a la cocina y lo metí en la enorme nevera.

Desayunamos. La cocina, con una sola ventana abierta, estaba oscura y fresca. Mientras comíamos, hablamos de la vaca, de los caballos, de mi huida del tren. Los dos estábamos de acuerdo en que mi maleta debía de haber llegado ya a Pittsburgh. ¿Y allí qué pasaría con ella? A ninguno de los dos nos importaba. Lo único que aquello significaba es que yo iba a andar un poco escaso de calcetines y ropa interior durante unos días.

Después del desayuno, mientras yo lavaba los platos y el abuelo inspeccionaba su escopeta, su carabina y su revólver por décima o vigésima vez, oímos que los perros empezaban a ladrar.

Miramos hacia fuera. Y allí estaba de nuevo el Ejército del Aire, dos jeeps azules repletos de cascos blancos y antenas de radio. El abuelo cerró de un golpe los postigos de la cocina, pasó el cerrojo, los atrancó con colchones y el cabecero de una cama, agarró la escopeta y salió por la puerta principal abierta, conmigo pisándole los talones.

Los jeeps se detuvieron en el patio, bajo los árboles, a quince metros o más de la casa. Los hombres se apearon. Eran de la Policía Aérea, y su vestimenta era exageradamente sofisticada para el verano del desierto, con sus arneses, sus pistolas, sus placas y sus botas. En lugar de venir hacia la casa se pusieron de inmediato manos a la obra, a clavar en los muros de los edificios anexos los consabidos carteles de metal, aquellas señales rojas, blancas y azules que decían PROPIEDAD DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS. NO PASAR. El oficial a cargo del proyecto nos lanzó una mirada asesina mientras les observábamos desde la veranda, pero no dijo nada a sus hombres.

El abuelo arrastró hacia delante su mecedora, se sentó y apoyó la escopeta sobre las piernas. Contemplamos a los policías clavar sus cartelitos en el granero, en el barracón, en la casa de los Peralta, en los establos y hasta en los troncos de los árboles. El abuelo no interfirió.

Pero cuando el oficial y uno de los hombres, con el letrerito de hojalata en la mano, se acercaron a nosotros, al porche, el abuelo se levantó, abrió la escopeta, deslizó en la recámara dos voluminosos cartuchos del doce y la volvió a cerrar. El firme chasquido del mecanismo resonó maravilloso en el silencio de la mañana.

El oficial y su hombre se pararon, a unos seis metros de distancia.

—Disculpe, señor —comenzó el oficial, tras dudar un segundo—, pero tengo órdenes de...

—Olvídese de sus órdenes —dijo el abuelo sin levantar la voz, pero con rotundidad—. El primero que le ponga una mano encima a mi casa se va a llevar una descarga de perdigón en la cara. Y el segundo cartucho es para

usted, teniente. —El abuelo sostenía la escopeta con las manos relajadas, dejando que la boca del cañón apuntara lateralmente hacia abajo.

El Ejército del Aire siguió detenido. Ambos hombres, el oficial y el sargento que iba a su lado, sudaban profusamente bajo sus cascos de plástico. El sudor les oscurecía las axilas y los costados de las camisas color caqui.

El oficial dio otro paso adelante. El abuelo levantó unos centímetros el cañón de la escopeta, sin apuntarla aún directamente al enemigo.

—Señor Vogelin —dijo el teniente, tras aclararse ostensiblemente la garganta—, le aconsejo que se piense dos veces lo que está haciendo. Lo único que está consiguiendo es crearse muchos más problemas.

—Es mejor que no hablemos —respondió el abuelo—. Por favor, márchense de aquí antes de que mate a alguien.

El sargento, alto, fornido e iracundo, con el sudor brillándole en el rostro, se impacientó.

—Al diablo con todo esto —gruñó—. Ningún viejo chiflado me va a parar a mí. —Y avanzó hacia la casa.

El abuelo levantó el cañón de la escopeta y lo apuntó a la cabeza del sargento.

—Alto.

El sargento se detuvo, estudiando los dos agujeros negros que se abrían ante él.

Aguardamos un momento.

—Vámonos —dijo el teniente, rompiendo el silencio. A nuestro alrededor sentí las miradas de los otros policías—. Volveremos —le dijo el teniente al viejo—. Vamos, Harry —le dijo al sargento, tirándole de la manga. El sargento seguía mirando fijamente al abuelo al otro lado del doble cañón de la escopeta—. He dicho que vamos.

—Voy a matar a este viejo cascarrabias —amenazó el sargento.

—Ni hablar. Hoy no. Vámonos. —Y el teniente se dio la vuelta y caminó hacia su jeep.

El sargento escupió en el suelo, sosteniéndole la mirada al abuelo, y luego, a regañadientes, nos dio la espalda y se retiró hasta su jeep. Los dos vehículos arrancaron juntos y dejaron atrás la sombra, el granero y el corral, salvaron la pendiente de la barranca y se internaron en el calor y los espejismos de la meseta.

Mientras el abuelo esperaba en el porche empuñando la escopeta, por si el enemigo decidía volver, yo saqué de la camioneta un martillo de orejas y, uno por uno, arranqué todos los cartelitos rojos, blancos y azules. Todos.

Después celebramos nuestra pequeña victoria con ron, agua y hielo. El viejo incluso me dejó beber unos tragos.

Durante toda la mañana aguardamos el siguiente ataque. No llegó. Tras una cena a base de huevos y chili, patatas y frijoles, además de café con hielo, fui a dar una vuelta a lomos de Blue mientras el abuelo esperaba sentado en su mecedora en el porche, con la escopeta sobre las rodillas y una mueca de triste resolución en el rostro.

Aquella expresión me asustaba. Me alegré de poder salir una hora y deseé con todas mis fuerzas que llegara Lee.

El caballo y yo paseamos junto al Salado, a la sombra de los árboles. El sol llameaba directamente encima de nuestras cabezas, abrasando el desierto con un resplandor blanco y salvaje. Nada se movía salvo unas pocas langostas que zumbaban sin parar desde escondites invisibles en la maleza. A decir verdad, hacía demasiado calor para montar a caballo, para trabajar o pelear, para cualquier tipo de ejercicio físico. Todos los seres vivientes habían buscado refugios a la sombra para pasar la tarde.

Blue y yo hicimos lo mismo. Le quité las bridas y me senté con la espalda apoyada en un álamo. No había silla que quitarle, porque tenía la costumbre de montar a pelo cuando me quedaba cerca de la casa. El caballo, libre, se alejó de mí unos pocos pasos, olisqueando los hierbajos quemados por el sol en la ribera. Pronto se paró, bien entrado en las profundidades de la sombra verdosa de los árboles mudos, cerró los ojos y se quedó dormido, con la cabeza colgando y el pellejo estremeciéndosele involuntariamente por las picaduras de los mosquitos.

El Salado estaba completamente seco. Ni un hilillo fluía por la superficie del lecho del río; el agua que pudiera quedarle aún se había convertido en una corriente subterránea hacía ya varias semanas. Desde donde estaba sentado,

mirando hacia la casa, veía varios de los abrevaderos que las propias reses habían excavado en la tierra, cuando aún teníamos ganado. Estos agujeros estaban ahora cubiertos de montoncillos y fragmentos de lodo cocido, todos ellos con los bordes ondulados y frágiles como la porcelana.

A veces me preguntaba qué ocurriría si el profundo pozo que había junto a la casa se secaba. De ese único pozo procedía toda el agua que teníamos en aquella época del año: para el uso doméstico, para los caballos, para mantener viva la hierba de los pastos. El pozo que había hacia el oeste, al pie de las montañas, solía tener agua, pero estaba a seis kilómetros y medio de distancia. También había un par de abrevaderos no muy fiables río arriba por el cauce del Salado. La única fuente con la que siempre se podía contar era el manantial que estaba en la montaña, donde yo había visto al puma. Según el abuelo, no había noticia de que aquel manantial se hubiera secado nunca. Supuse que si la sequía empeoraba, tendríamos que retirarnos a nuestra cabaña en las montañas.

Oteé la lejanía en busca de lluvia, pero el cielo era de un azul sin mancha de un extremo al otro del horizonte, de ese bello y pálido azul que sólo puede prometer calor y sed y muerte.

Más allá de la arena, los tamariscos y los sauces, la casa y las demás construcciones del rancho descansaban sobre la barranca de tierra que dominaba el río, protegidas en parte de la embestida directa del sol por los viejos y robustos álamos de Virginia, cuyas hojas de color verde ácido producían un contraste extraño con la tierra parduzca, la maleza anaranjada y los riscos de color rojo hierro tras el rancho.

Divisaba el porche de la casa, donde sabía que el abuelo estaba esperando, pero la sombra bajo la que se hallaba era tan negra, tan densa, que fui incapaz de distinguir al viejo hasta que se movió para cambiar de postura: entonces vislumbré el destello del metal de su arma. Inmediatamente después, una voluta de humo, leve y etérea como un espíritu, salió flotando de la oscuridad, y supe que le había dado una calada al puro.

En el silencio cristalino oía, por encima de los chasquidos de las langostas, el rasqueteo de la mecedora del abuelo contra las tablas de madera del porche.

Me adormilé, pero volví a abrir los ojos un instante después, al oír el zumbido distante de un motor. Miré hacia arriba y vi un penacho de polvo alzarse más allá del límite de la meseta, lo que significaba que un coche se estaba acercando al rancho.

Con alegría pensé en Lee, me levanté de un salto y eché a correr por el lecho del río, arrastrando las riendas por la arena. Cuando estaba a medio camino, vi aparecer al automóvil por la cima de la cuesta; no era el coche de Lee, sino un sedán de color gris. Se me cayó el alma a los pies. Paré de correr.

Crucé con esfuerzo la franja de arena y el calor casi tangible, me abrí paso entre los matorrales de sauce y tamarisco, al otro lado de la franja, y ascendí por la tierra requemada hasta la casa, donde el abuelo observaba y esperaba al visitante a quien nadie había invitado.

El coche se acercó y se detuvo a la sombra. De él se apeó un hombre, el único que viajaba en el vehículo. Era otra vez DeSalius, elegantemente vestido con un traje de verano de color tabaco claro y un sombrero de ala estrecha; bajo el brazo llevaba el maletín.

Llegué a la casa antes que él, ocupé mi puesto junto al viejo y aguardamos al visitante.

Destellos del luz se derramaban sobre el sombrero y los hombros de DeSalius mientras avanzaba hacia nosotros bajo los árboles. Tenía que atravesar una zona a pleno sol y al instante toda su figura palideció y pareció encoger. Pasó de nuevo por la sombra, ahora mucho más cerca, y eso le hizo adquirir un aspecto convincentemente peligroso. Pero sonreía con su acostumbrado gesto cordial, afable como un director de pompas fúnebres, y aunque no pudo sino reparar en la escopeta que descansaba en las piernas del abuelo, subió sin titubeos la escalera del porche. Allí se detuvo, se quitó el sombrero y se enjugó la calva húmeda con un pañuelo.

—Señor Vogelin —saludó—. Buenas tardes, caballero. —Al no recibir respuesta alguna del viejo a su saludo, DeSalius me miró con una intensidad extraña en sus brillantes ojillos azules—. ¿Qué historia es esa que me han contado de que has hecho descarrilar un tren en El Paso?

—Yo no he hecho descarrilar ningún tren... señor —dije hoscamente.

El coronel DeSalius, sumergido en sus pensamientos y con la mirada perdida, volvió a centrar su atención en el abuelo, claramente a la espera de que lo invitara a sentarse. Pero el abuelo tardaba en dispensar las cortesías al uso. Para disimular su incomodidad, si es que estaba incómodo, si es que DeSalius era capaz de incomodarse por algo, el visitante se dirigió a mí de nuevo.

—Lo he leído en los periódicos, Billy. La historia del chico que accionó el freno de emergencia y casi hizo descarrilar el flamante tren de la Southern Pacific. ¿No fuiste tú?

No me molesté en contestar.

—¿Qué es lo que quiere, DeSalius? —preguntó el abuelo.

El coronel sonrió y echó una ojeada a la silla que se hallaba junto a la mecedora del abuelo.

—Si me permite que me siente...

—Siéntese.

DeSalius se acomodó en la silla y la giró para poder mirar tanto al viejo como al desierto, hacia el oeste. Se abanicó el semblante colorado con su elegante sombrero de paja y, en silencio, en un silencio muy poco habitual en DeSalius, paseó la mirada a través del bochorno de la tarde por el lecho seco del río, los árboles, el desierto blanqueado y, al fondo, el Pico Ladrón que flotaba como un barco violeta en la distancia.

Era la estación de los espejismos: si uno miraba fijamente a las montañas durante más de unos pocos minutos, era muy probable que las viera cambiar de forma y posición; los enormes picos parecían desprenderse de sus bases y cabalgar sobre olas de luz y calor.

El abuelo daba caladas a su puro. DeSalius encendió un cigarrillo. El calor abrasador hacía que incluso hablar resultara difícil.

—Billy —dijo el viejo—, ¿puedes traernos una jarra de agua con hielo?

—Sí, señor.

Me levanté de mi asiento contra la pared y penetré en la casa a oscuras. El contraste entre el exterior y el interior era tan grande que durante un minuto tuve que buscar a tientas el camino a la cocina hasta que mis ojos se habituaron a la tiniebla.

Mientras llenaba una jarra de agua y extraía los cubitos de hielo de una cubitera, oí que DeSalius empezaba a hablar y, con su voz penetrante y bien timbrada, lanzaba un discurso sobre el tiempo: el calor, la sequía, las probabilidades de lluvia. Pero no oí que el abuelo le respondiera. ¿Qué habría podido decir? ¿Qué importancia puede tener el tiempo para un ranchero al que le han robado su vocación? Regresé al porche con el agua con hielo y unos vasos.

—Gracias, Billy.

El hielo tintineó alegremente contra los vasos. Bebimos. Afuera, en aquel fulgor, nada parecía estar vivo salvo las langostas. Había algo en aquel calor espantoso que parecía provocarles un éxtasis de gozo... ¿o era de agonía? Nada más se movía. Al otro lado del lecho seco del río, veía la silueta del viejo Blue de pie con la cabeza gacha bajo los álamos, dormido.

DeSalius lanzó un suspiro satisfecho mientras bajaba el vaso y le daba una calada al cigarrillo. Todos contemplábamos el desierto.

—¿Le gusta esta tierra, eh, señor Vogelin?

El abuelo se removió en su asiento.

—¿Que si me gusta?

—Sí. Quiero decir que le gusta vivir aquí.

—Ésta es mi casa. Nací aquí. Y aquí voy a morir.

—Sí, ya veo. A eso me refería. —DeSalius hizo una pausa. Había una nota de asombro en su voz cuando continuó—: ¿Nunca echa de menos la hierba verde, señor Vogelin? ¿O el agua corriendo...? Me refiero a un flujo continuo de agua clara, no a esas riadas repentinas de barro líquido que tienen ustedes por aquí. ¿Nunca le ha apetecido vivir en algún lugar desde donde se vean las casas de otros hombres? ¿Pueblos y ciudades? ¿Actividad humana, civilización, el progreso de grandes empresas en las que participan naciones enteras?

—Sí —dijo el viejo, tras reflexionar un momento—, sí, a veces echo de menos esas cosas. Pero no mucho.

DeSalius sonrió.

—Es usted un cínico, señor Vogelin. —Le dio una calada a su cigarro mientras miraba hacia Sierra Ladrones—. ¿Sabe? Entiendo su amor por esta tierra desértica. No lo comparto, pero lo entiendo, incluso simpatizo con él. Esta tierra es... casi sublime. Vastedad y grandeza, una grandeza tan vasta que abrumba. Y sin embargo... no es del todo humana, ¿verdad? Lo que quiero decir es que en realidad no está hecha para que los humanos vivan en ella. Ésta es una tierra de dioses, quizá, pero no de hombres.

—A los apaches les gustaba —dijo el abuelo.

—¿Los apaches? Ah, sí, los apaches. Un pueblo de la Edad de Piedra.

—Conducen camionetas, ven la televisión y beben cerveza enlatada.

—Sí —dijo DeSalius—, es verdad. Qué extraordinario. Son un pueblo capaz de adaptarse a las circunstancias. Qué extraordinario. —Calló—. Señor Vogelin —comenzó de improviso, cambiando abruptamente de tono y actitud—, vamos a permitirle que se quede aquí.

Y por primera vez dejó de contemplar el desierto y volvió la cabeza para fijarse en la reacción de mi abuelo.

El viejo no demostró gratitud alguna.

—Nadie va a «permitirme» que me quede aquí —dijo, sosteniéndole la mirada a DeSalius con firmeza y serenidad.

—Bueno, me refería a que no vamos a intentar desalojarle, si prefiere decirlo de esa manera. Pero entienda que estoy hablando únicamente de la casa. Esto no se aplica a la finca, sólo a la vivienda y a los edificios anexos.

Vamos a permitirle... vamos a concederle el derecho a permanecer en posesión de la casa y a acceder a ella durante el resto de su vida. Técnica y legalmente, la casa seguirá siendo propiedad del Estado, pero estamos dispuestos a firmar un acuerdo que le conceda todos los derechos de propiedad, a excepción de los de venta y transmisión. De hecho ya hemos preparado los papeles.

DeSalius abrió la cremallera de su reluciente maletín de cuero.

—Aquí los tengo. —Sus dedos rebuscaron entre los montones de documentos, herramientas de la civilización del papel—. Hay una condición que tenemos que imponer a este acuerdo. —Extrajo el papel, impreso en varias copias, y lo examinó, sin duda esperando a que el abuelo le preguntara cuál era la condición.

Pero el viejo no hizo la pregunta. Con la escopeta sobre las piernas y el puro entre los dientes, miró a las montañas a través de sus gafas, con apariencia de haber perdido ya el interés por la propuesta. O quizá rezaba en silencio una oración de agradecimiento, no lo sé.

—La condición adicional —prosiguió DeSalius, tras esperar en vano a que el abuelo le preguntara por ella— es que usted acceda a abandonar este lugar durante los periodos de pruebas, es decir, en los días en que vayan a efectuarse disparos de misiles. —Calló, mirando taimadamente al viejo por el rabillo del ojo. Éste seguía sin reaccionar—. Me hago cargo de que esto puede suponerle un contratiempo, pero no me cabe duda de que estará de acuerdo conmigo en que es un precio muy bajo que pagar a cambio del privilegio... del derecho a vivir en su casa el tiempo restante. Querrá usted ir al pueblo de vez en cuando, de todos modos.

Como el abuelo seguía sin responder ni expresar emoción alguna, DeSalius se apresuró a continuar.

—El programa de pruebas se volverá más activo en los años venideros. Eso no se lo negamos. Pero no es probable que sobrepase, digamos, unos siete u ocho días al mes. Cada vez que se programe un disparo, se le darán cuarenta y ocho horas de preaviso. Nunca se le exigirá que abandone la casa durante más de dos o tres días seguidos, eso casi puedo garantizárselo, y si la vivienda resultara dañada, lo cual es altamente improbable (las probabilidades son del orden de una entre mil), se le compensará íntegramente, igual que se le ha compensado por la adquisición de los terrenos de su rancho y la subasta de su ganado. Como quizá haya mencionado ya, este acuerdo se aplica también a los edificios anexos, —DeSalius hizo un gesto en dirección a los establos, el corral, el molino y el tanque—. Éstos también permanecerán en su posesión,

para que los utilice como más le convenga. Si así lo desea, tiene usted absoluta libertad para mantener unos pocos caballos en la finca. El Estado no tiene inconveniente al respecto, aunque no nos haremos responsables de la seguridad de los animales durante los periodos de pruebas. Como ya le he dicho, nuestra única condición es que acceda usted a abandonar los edificios y la zona de pruebas cuando haya disparos programados. A cambio de esta pequeña concesión, el Estado le concede a usted el derecho de poseer, habitar y, según he dicho, disfrutar de los beneficios de su hogar durante el resto de su vida, lo cual, a juzgar por su apariencia, será por muchos años.

DeSalius dejó por fin de hablar. Era evidente a simple vista el esfuerzo que le suponía: dejar de hablar. Con firme resolución cerró la boca un minuto y aguardó una respuesta del abuelo.

Pero no recibió respuesta. El viejo siguió contemplando las montañas con el rostro sereno y las manos quietas.

DeSalius aguardó, se enjugó el sudor de la frente y la calva, dio una calada a su cigarrillo, echó a su vez una ojeada rápida a las montañas, se frotó la rodilla y agitó los papeles que tenía en la mano. Por fin, incapaz de seguir esperando, se sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y se lo ofreció al viejo junto con los documentos.

—En fin, caballero, si firma ahora el acuerdo (aquí, al final de la página, donde se lo he marcado), podemos zanjar esta discusión.

El viejo no se movió. Con las manos apoyadas en el cañón de la escopeta, miraba hacia el desierto y las montañas.

—¿Y bien? —dijo DeSalius, sosteniendo en alto el bolígrafo y los papeles.

Por fin el viejo habló.

—No —contestó.

—¿Disculpe?

—No.

DeSalius retiró muy lentamente las manos extendidas, devolvió el bolígrafo al bolsillo de su chaqueta y los documentos al maletín, pero no lo cerró. Tras coger el sombrero, que había dejado sobre una de sus rodillas, el coronel se abanicó el rostro acalorado con una mano y se sirvió otro vaso de agua con hielo con la otra.

El hielo tintineó alegremente, con un aire musical, al borbotear el agua desde el pitorro de la jarra, que estaba cubierta de un rocío helado. Cuando DeSalius se hubo servido, alargó la mano hacia la jarra.

—Caballero, ésta es definitivamente nuestra última oferta —informó DeSalius, como si fuera un vendedor de coches de segunda mano.

—No —dijo mi abuelo. Su palabra favorita.

—Es su última oportunidad. No habrá más. —El coronel bebió un trago largo de agua y se refrescó la boca, la garganta y las tripas. Sentí que se avecinaba de forma inminente otro discurso.

El discurso llegó:

—La autoridades han tenido mucha paciencia con usted, señor Vogelin, mucha paciencia y mucha generosidad. Una generosidad extrema. Aunque habría sido fácil proceder de esta manera, aún no hemos aprovechado la circunstancia de que su intransigencia constituye no sólo una violación de la ley, sino también, en este caso, una obstrucción intencionada y deliberada del esfuerzo de defensa nacional. Usted, caballero, es el único hombre de toda esta zona que no ha sido capaz de entender que la seguridad nacional tiene prioridad sobre la propiedad privada y los sentimientos personales. ¿Es usted consciente de ello, señor Vogelin?

El abuelo no respondió.

DeSalius prosiguió:

—Todos sus vecinos se han rendido a esta evidencia hace mucho tiempo y han permitido al Estado proceder con sus funciones necesarias, lo cual, en este caso, equivale a proveerse de los medios indispensables para la defensa nacional y la seguridad de todos los estadounidenses, incluido usted, señor Vogelin. En estos momentos, el Gobierno no tiene otra preocupación más acuciante que la de protegernos a todos, a nuestras familias y a nosotros, de la amenaza, la amenaza constante, si me lo permite, de un ataque soviético.

La pausa. El silencio. Me iba bebiendo a sorbos mi agua con hielo, mientras escuchaba y observaba con todo mi ser.

—Ahora bien, señor Vogelin —dijo DeSalius—, ha tenido usted casi seis meses, ¡seis meses!, caballero... para reflexionar sobre la materia. Se le ha compensado de todas las formas posibles con extrema generosidad. Además, se le ha tratado con cortesía, paciencia y justicia, con una indulgencia hacia su terquedad que supera todos los precedentes. Usted ha insultado y amenazado a nuestros agentes y no hemos emprendido acciones legales en represalia. Ha invadido la propiedad pública y hemos optado por no tenerlo en cuenta. Ha hecho caso omiso y ha descatado tres órdenes judiciales, y hasta eso lo hemos dejado pasar. Ninguna otra nación de la Tierra, salvo una tan grande, poderosa y humana como la nuestra, podría tolerar semejantes violaciones insolentes de la legalidad. Pero, señor Vogelin... —DeSalius miró con

seriedad al viejo—, señor Vogelin, ha llegado la hora de que las autoridades actúen. El Estado no puede tener ya más contemplaciones con su orgullo y su obstinación. Le hemos hecho esta última oferta tan generosa, que le permite seguir viviendo aquí, respetando tan sólo las condiciones concretas que le he mencionado. Ahora, señor Vogelin, a la luz de lo que acabo de decirle, le pido que reconsidere su decisión. ¿Acepta usted nuestra oferta?

El abuelo lo reconsideró. Durante un minuto más o menos.

—Desde luego, les estoy agradecido por todo lo que han hecho ustedes por mí. —No dijo más.

—¿Y la oferta? —insistió DeSalius.

—La oferta. Sí, la oferta. —El viejo habló despacio y sin alzar la voz—. Sí, coronel, es una oferta condenadamente generosa. —Volvió a callar.

DeSalius se estiró de nuevo en dirección al bolígrafo y el maletín.

—¿Entonces la acepta?

—No.

—Señor Vogelin, sea razonable. Ésta es su última oportunidad.

—Eso ya me lo ha dicho.

—Caballero, esto no es un farol, no es un farol. Lo decimos muy en serio. Tiene que entenderlo.

—No se preocupe, DeSalius, le creo.

—¿Entonces recapacitará?

—No.

DeSalius se sumió en el silencio. Miró al suelo. La concavidad de su pecho y la curvatura de sus hombros parecían indicar que se hallaba más allá de la mera exasperación.

—Señor Vogelin —dijo, hablando lenta y quedamente en dirección al suelo—, hemos hecho todo lo que hemos podido para evitar abochornarle: compensarle plenamente, darle tiempo de sobra, ayudarle a entender por qué es necesario este desalojo. Usted se ha negado a colaborar. Señor Vogelin, no podemos permitirle que siga persistiendo en su desacato al tribunal. Si rechaza esta última oferta, caballero, las autoridades no tendrán más remedio que recurrir a los instrumentos directos de la ley.

—¿Instrumentos directos? Eso suena a lo que estaba esperando —dijo el viejo—. Se referirá usted al alguacil, supongo. Hará bien en advertirle, DeSalius, que traiga muchos hombres cuando venga. Le harán falta.

—El alguacil dispondrá de todo lo que necesite, señor. Y debo advertirle a usted que no sólo se le desalojará por la fuerza, si es necesario, sino que se le imputarán cargos como desacato al tribunal, desobediencia a un agente de la

autoridad e invasión de la propiedad pública. Tiene usted que entender lo que esto puede suponer. Es usted un poco mayor para la vida carcelaria, si me permite la observación.

El viejo sonrió.

—No se moleste en intentar asustarme, coronel. También soy demasiado mayor para eso. No, señor, resolveremos este asunto aquí mismo, bajo los árboles. Envíeme a su alguacil. Estoy listo.

DeSalius volvió a sumirse en el silencio y a contemplar, desde la sombra de la veranda, el terrible fulgor salvaje del desierto. En la distancia, sobre olas de luz y calor centelleantes, el Pico Ladrón navegó hacia el norte a la deriva y aparentó situarse a ochenta kilómetros de su fondeadero habitual.

—¿Sabe, señor Vogelín? —dijo DeSalius al cabo de un rato—, ésta va a ser la primera vez en toda mi carrera de abogado del Cuerpo de Ingenieros que tengo que recurrir a la fuerza para ejecutar un procedimiento judicial. A menos que cambie usted de opinión. La primera vez en más de quince años.

—Lo siento.

DeSalius se removió en su asiento. Apuró el vaso de agua con hielo, se puso el sombrero, recogió el maletín y se levantó. Le tendió la mano derecha al abuelo; el abuelo hizo caso omiso del gesto.

—Le agradezco su hospitalidad, señor Vogelín. Ha sido usted muy amable. Gracias, Billy, por el agua con hielo, un verdadero bálsamo en un día como éste. Caballero —continuó, dirigiéndose al abuelo—, volveremos a vernos pronto. Muy pronto. Y en circunstancias un tanto diferentes.

—¿Cuándo? —preguntó el abuelo.

—Eso no voy a decírselo, señor. Pero será pronto. Muy muy pronto. Quizá en unos días. Quizá en unas horas. Las autoridades van a actuar, caballero.

—Ya era hora —dijo el abuelo, no burlándose de DeSalius, sino con verdadero alivio.

DeSalius pareció de pronto al borde de perder la compostura. Quizá el calor se le estaba subiendo a la cabeza.

—¡Caballero!, ¿pero usted no...? —preguntó, pero se refrenó al instante.

Nos dio la espalda disgustado y salió del porche al resplandor desnudo del sol, donde su piel y su sombrero de paja languidecieron a ojos vistas.

—¡Por Dios, qué sitio más horrible! —le oímos decir, mientras andaba hacia su coche. Sonaba como si estuviera cercano al delirio, murmurando entre dientes al tiempo que avanzaba trabajosamente entre el polvo. Casi sentí lástima por él: el flamante traje nuevo, todo arrugado y con manchas de sudor,

el sombrero deslucido, los zapatos de punta cubiertos de polvo, los hombros inclinados bajo el peso de la derrota.

Pero al llegar al coche, antes de meterse en él, se volvió hacia nosotros con su acostumbrada sonrisa falsa:

—Adiós, señor Vogelin. Ha sido un verdadero placer hablar con usted. Adiós, Billy. Pórtate bien y ayuda a tu abuelo en todo lo que puedas. Nos vemos.

Se montó con cierta dificultad en el coche de suelo bajo, encendió el motor, arrancó con violencia, describió un amplio semicírculo en torno a nuestra camioneta bajo los árboles y, dejando atrás el corral, el granero y los establos, se dirigió por el camino hacia los riscos de arcilla que relumbraban bajo el sol como hierros al rojo.

Cuando se perdió de vista, el abuelo y yo nos miramos el uno al otro sin decir una palabra.

Por la noche, después de la cena, llegó Lee Mackie con el correo, provisiones frescas, noticias, consejos y buen humor.

Celebramos... algo. El ron borboteaba al salir de la garrafa de cuatro litros. El hielo tintineaba en los vasos. En un momento en que el viejo miraba hacia otro lado, vertí a hurtadillas un chorrito de ron en mi Coca-Cola, para sazonarla un poco.

Estábamos sentados en el porche contemplando un ocaso espectacular sobre la sierra: islas nebulosas de nieve teñida de color caoba, púrpura y whisky, aves de cuello de cisne con alas fogosas y largas sobre las montañas, lagos dorados, mares de plata y verde. En primer plano, los caracateyes se lanzaban en vuelos picados persiguiendo su cena, dardos negros contra la luz radiante, con el viento rugiéndoles a través de las alas. Los murciélagos aleteaban aquí y allá, el búho cornudo ululó desde su árbol al otro lado del lecho seco del río y los caballos piafaban y se removían en torno al abrevadero del corral. Desde las montañas, a kilómetros de distancia, llegaba otro sonido que sólo yo podía oír: el rugido del puma.

—A ver, caballo viejo, el tipo tiene razón: es una oferta muy decente; deberías aceptarla. Es tu última oportunidad. —Lee sostenía su bebida en la mano derecha y con la izquierda aporreaba el brazo de la silla—. John, estás loco si la rechazas. ¿No ves que esto es una victoria para ti? Se están rindiendo. Nunca le han propuesto un trato como éste a nadie. Les tienes desconcertados, viejo buitres. Si rechazas este acuerdo, de verdad que no voy a saber qué pensar. De ti. A lo mejor empiezo a pensar que te estás convirtiendo en... un fanático desquiciado. Sí, ésa es la palabra correcta, un fanático.

¿Podría ocurrir algo así en Rusia? Allí te hubieran pegado un tiro en la nuca y santas pascuas. Por Dios, John, no puedes esperar que el Gobierno de Estados Unidos se pliegue a todas tus condiciones. Ellos también tienen una reputación que salvar.

Calló para tomar un trago.

El abuelo, en silencio y sin sonreír, con el vaso en la mano y la escopeta apoyada aún sobre las piernas, no respondió, sino que mantuvo la mirada sombría y fija en el oeste.

Vi un escorpión, con el aguijón en alto, correr por los tablones y escabullirse por una grieta negra.

Lee se sirvió otra copa y siguió divagando, con el rostro encendido de buen humor y buenas intenciones, y los ojos brillantes por el alcohol:

—He hablado del tema con Annie, John, y ella opina lo mismo que yo. Que la oferta es estupenda, la mejor que podrían hacerte, y que deberías aceptarla. De hecho, en el pueblo todo el mundo está al corriente ya, no me preguntes cómo se han enterado, ya sabes cómo cotillea la gente, y todos piensan que estás loco si la rechazas. Loco... o algo peor. Te digo que no hay ni un solo hombre en Nuevo México que esté ahora de acuerdo contigo. Si rechazas este trato nadie lo sentirá ya por ti. Nadie lo sentirá en absoluto.

—Yo creo que el abuelo tiene razón —dije.

—Tú cállate —dijo Lee, con una rápida sonrisa.

—Billy está aún de mi parte —le informó el abuelo—. Tú estás aún de mi parte, ¿verdad, Lee?

—Claro que sí, por supuesto que estamos contigo. Puedes contar con ello. Pero por Dios...

—Mientras vosotros dos estéis de mi parte, lo que piense el resto del mundo me importa un comino.

—Vale —dijo Lee—, pues ya somos tres. —Bebió, se limpió la boca con el dorso de la mano y nos dirigió una mirada a un tiempo grave y entusiasta—. Tres contra toda la Administración estadounidense y unos ciento ochenta millones de compatriotas.

—Tres bastan —soltó el viejo—. Incluso puede que sean... multitud. ¿No es eso lo que dicen?

—Vamos, vamos, no hables así. ¿Qué quieres decir? —Lee no esperó la respuesta, sino que prosiguió aceleradamente—. John, ¿qué más quieres? Te dejan que te quedes con tu casa. Tienes un cheque de sesenta y cinco mil dólares esperándote en el Tribunal del Distrito. Eso llega para el pago de la

cuota inicial de un montón de equipamiento ganadero muchísimo mejor del que nunca hubo o pudo haber habido aquí.

—No tocaría su dinero ni con una pala.

—Deberías pensar en los demás, caballo viejo. Piensa en tus hijas. Seguro que a ellas les vendría bien algo de ese dinero. Piensa en este chaval. Le podrías dejar el futuro medio arreglado con un fajo de billetes de ese calibre.

—Yo tampoco tocaría ese dinero.

—Tú no te metas en esto —dijo el abuelo con dulzura.

—Sí, señor. —Sorbí mi ron con Coca-Cola.

—Escúchame, John —pidió Lee—. No sé si se te habrá ocurrido pensar que a lo mejor estás actuando de una forma un poco egoísta. En nombre de no sé qué misterioso... punto de honor, vas a perder tu casa, privar a tu familia de unos beneficios considerables y quizá incluso jugarte la libertad. ¡Cojones!, sabes de sobra que si sigues por este camino, acabarás en la cárcel. En una cárcel federal. O en un sitio peor, si le pegas un tiro a algún soldadito que no esté haciendo más que intentar cumplir con su deber. ¿Alguna vez lo has pensado?

—Lo he pensado.

—Pues piénsalo un poco más. Y piénsalo con cuidado. No te queda mucho tiempo. Quizá unos pocos días.

—Quizá unas pocas horas —añadí.

Lee me miró.

—¿Por qué no te vas a cabalgar un poco, muchacho? Los caballos necesitan ejercicio. —Su blanca sonrisa brilló en el crepúsculo; aquella boca llena de dientes perfectos.

—¿Te vienes conmigo?

Dudó. La sonrisa se atenuó, reapareció.

—¡Sí! Vámonos. Ahora mismo. —Apuró el vaso y se levantó de un salto—. Venga, Billy, te echo una carrera.

—¡Desafío aceptado! —exclamé, exultante. Me acabé la bebida y me levanté.

—Tened cuidado —dijo el viejo—. No vayáis a caer con la oscuridad en el agujero de alguna ardilla y a romperos esas cabezas locas. Pensad en los caballos.

—Pensaremos en los caballos, John. Y tú piensa en Billy y en tus hijas. Vamos, Billy.

Salté del porche y eché a correr hacia el corral. Lee salió detrás de mí y me alcanzó a medio camino. Me rodeó los hombros con el brazo y me hizo

reducir el paso. Sentí que Lee resollaba un poco.

—Ahora, escúchame —dijo jadeando—. Billy, escúchame. Tú tienes cierta influencia sobre el loco de tu abuelo. ¿Verdad? Te quiere. Quizá a ti te escuche. ¿Me entiendes?

Asentí.

—Vale. Pues deberías intentar utilizar tu influencia... de una forma sensata. No sigas dándole alas. ¿Me entiendes? Intenta conseguir que se avenga a razones. ¿Entiendes lo que te digo?

—No —dije—. No te entiendo, Lee.

—No sé para qué me molesto... eres igualito a él.

Llegamos al corral, entramos trepando la verja y embridamos al viejo Blue y al gran semental del abuelo. Como siempre, Skilletfoot se apartó. Me arrojé sobre el lomo de Blue y me esforcé por incorporarme hasta sentarme, agarrando las crines. Lee saltó al lomo del semental.

—Sal ya, Billy. Te doy diez segundos de ventaja.

—¿Hasta dónde vamos?

—Vamos a darle una vuelta al prado. Apurando las esquinas. Venga. Uno... dos...

Azucé a Blue con los talones y él echó a correr, cruzó el portón abierto y salió al campo bañado por el crepúsculo. A todo galope enfilé directamente hacia la esquina sudoeste, contando para mis adentros. Cuando llegué al once oí que Lee lanzaba un aullido salvaje y supe que había arrancado.

Con las riendas flojas en la mano derecha y las hirsutas crines del caballo enredadas en la izquierda, clavé los talones en los flancos de Blue y vi cómo la valla se nos venía encima. Al llegar a la esquina, pivotamos bruscamente y nos lanzamos hacia el sudoeste. A mis espaldas oía el tronar amortiguado de los cascos del semental.

«¡Vamos, Blue!», grité, con el cuerpo inclinado sobre su cuello y la barbilla entre sus orejas. El viento rugía a nuestro paso, las tinieblas se abrían maravillosamente ante nosotros, notaba los latidos del gran corazón de mi cabalgadura entre las rodillas y la fuerza de sus músculos bajo mi cuerpo.

Llegamos a la siguiente esquina, giramos y galopamos hacia el norte, junto a la verja y la barranca del río. El hierro golpeaba contra la piedra, levantando chispas que destellaban en el aire aterciopelado. «¡Venga, Blue, venga!», le resollé al oído. Pero Blue ya estaba haciéndolo lo mejor que podía; no respondió a mi apremio. Tragando aire como una locomotora de vapor, se acercó a la esquina noroeste, viró a la derecha y galopó pesadamente

cuesta arriba hacia los edificios del rancho. A medio camino, Lee nos alcanzó a lomos del veloz Rocky y me gritó: «¡Azúzale, Billy!».

El semental nos adelantó a ritmo constante como un relámpago de fortaleza tersa y sudorosa, nos ganó terreno y tomó una ventaja que aumentaba a cada paso. Cuando giramos en la esquina noroeste, junto al corral, Lee estaba a tres cuerpos de distancia y Blue empezaba a flaquear. Nos habían dado una paliza, pero Blue siguió galopando. Aunque lo hubiera intentado, no habría podido pararle.

Lee estaba esperándome dentro del corral, cepillando a su caballo, cuando Blue y yo entramos trotando.

Desmonté, le quité la brida a Blue y le enjuagué el abundante sudor que le cubría los hombros y el pecho temblorosos.

—¡Menuda carrera! —exclamé disgustado.

—El viejo Blue se ha portado de maravilla —dijo Lee—. Es una bestia de gran corazón. Toma. —Me dio el cepillo.

—La próxima vez me pido el semental —dije.

—Claro que sí, Billy. Y le colgaremos un saco de grano bajo la barriga. Y me darás más ventaja en la salida.

—Sí, claro.

—Lo has hecho muy bien. No te enfades.

—Te echo una carrera hasta la casa —le reté—. A pie.

—Te concedo la victoria —dijo Lee—. Vamos andando.

Los dos hicimos un cuenco con las dos manos y se lo ofrecimos lleno de grano a los caballos, los soltamos y volvimos andando a la casa, hacia el ascua rojiza del puro del viejo. Lee volvió a intentar engatusarme. Poniéndome el brazo sobre los hombros, me dijo:

—Billy, viejo amigo, quiero que me hagas un favor. ¿Me lo harás?

—Claro. Lo que sea.

—Habla con tu abuelo. Dile que no siga adelante con esta idea loca. Dile que use la cabeza.

Me quedé callado.

—¿Lo harás, Billy? Es por su bien. ¿No querrás que le peguen un tiro? ¿O que lo metan en la cárcel para el resto de su vida?

—No.

—Vale. Por fin nos entendemos. ¿Le pedirás que acepte la última oferta de DeSalius?

Dudé.

—¿Lo harás?

—No.

—¡Dios mío, eres exactamente igual que el viejo!

—Yo creo que el abuelo tiene razón, Lee. ¿Tú no?

Al cabo de un momento, Lee dijo:

—La verdad es que no lo sé, Billy. Para serte sincero, la verdad es que no lo sé.

—Pero vas a ayudarlo, ¿no?

Me estrujó el brazo.

—Por eso no te preocupes. Eso es lo único de lo que no debes preocuparte.

Le dirigí una sonrisa llena de gratitud.

—¿Quién ganó? —gritó el viejo cuando nos acercamos a la casa. Al otro lado del lecho del río, el búho se hizo eco de su llamada.

—Los dos —dijo Lee, abrazándome.

—Ganó Lee —expliqué mientras subía los escalones del porche—. Pero él montaba a Rocky.

Nos sentamos junto al viejo y escuchamos al búho. La oscuridad ganaba terreno rápidamente, las luces se apagaban sobre las montañas y las estrellas empezaban a emerger, una por una, del cielo violeta.

Tras conversar un poco sobre los caballos, la sequía y el descenso de los niveles freáticos, Lee y el abuelo volvieron al tema que les interesaba en realidad. Esta vez, Lee lo abordó con más decisión y energía que nunca, consciente de que podría ser su última oportunidad de infundir un poco de lógica y sensatez en la mente amargada del viejo.

—No está sólo la cuestión práctica —decía Lee, mientras yo dormitaba y escuchaba a medias junto a ellos—, también tienes que pensar en la justicia. Nunca antes te habías alzado como un oso sobre las patas traseras para desafiar a la ley, al país y a la Constitución. Mientras no te afectase directamente lo que pasaba, parecías estar de acuerdo con las leyes, las costumbres, etcétera. Muchos otros tienen que sufrir lo que te está pasando a ti ahora, John, y nunca antes habías protestado.

—Eso es decisión de cada cual —dijo el viejo.

—Qué bien. Qué fácil es decir eso ahora. Pero quizá son las autoridades las que tienen razón en este caso. Si necesitan tus tierras por motivos de seguridad nacional, ¿no deberías cedérselas? ¿Qué es más importante, tu propiedad o la seguridad nacional?

—Nadie puede sentirse seguro si el Estado puede robarle en cualquier momento su casa.

—Nadie podría sentirse seguro en un mundo gobernado por la Unión Soviética.

—De acuerdo —dijo el abuelo—, no puedes sentirte seguro en ninguna parte. Yo no quiero seguridad. Lo que quiero es morirme en el rancho de mi padre. —El abuelo le dio una calada al puro: el rescoldo se encendió y se apagó, iluminando débilmente con un brillo transitorio las duras facciones de su rostro.

A hurtadillas, volví a verter un poco de ron en mi refresco.

—A veces hay que escoger entre dos males —dijo Lee—. Puede que en un caso como éste la necesidad militar sea más importante que tus deseos personales. ¿Tengo razón o no?

—No la tienes —intervine, alzando mi vaso.

—Cállate, muchacho —me dijo el viejo, sin levantar la voz. Y dirigiéndose a Lee—: Comprendo que tu argumento tiene sentido. No mucho, aunque algo tiene. Pero todos mis sentimientos se revuelven en su contra. Ésta es mi casa. Aquí nací. Mi padre trabajó y luchó toda su vida por este lugar. Aquí murió. Mi madre murió aquí. Mi mujer prácticamente murió aquí. Y ahora yo quiero morir aquí, cuando me llegue la hora. No quiero vivir aquí a tiempo parcial como si fuera una especie de persona incapacitada acogida a la caridad del Estado, mientras ellos se inventan nuevas formas de ir echándome poco a poco. No, por Dios, no soportaría algo así. Antes pelearé con ellos a tiros.

Lee permaneció en silencio durante un rato, mirando con bienintencionada intensidad al viejo, al suelo, a mí y de nuevo al viejo.

—Ya sé cómo te sientes. Y lo comparto. ¿Acaso no me he pasado aquí diez años de mi vida? Pero a ver, John... —Hizo un gesto vago con la mano—. ¿De verdad la tierra te pertenece a ti? ¿Realmente es tuya? ¿Le pertenece a alguien? Hace cien años la tenían los apaches, era enteramente suya. Te lo recuerdo una vez más. Tu padre y otros hombres como él se la robaron a los apaches. La compañía ferroviaria, las grandes empresas cárnicas y los bancos intentaron robársela a tu padre y a ti. Ahora el Estado te la va a robar. Esta tierra siempre ha estado infestada de ladrones. ¿De dónde crees que le viene el nombre a aquel pico? Dentro de cien años, cuando todos nosotros estemos muertos y enterrados y olvidados, la tierra seguirá aquí, seguirá siendo el mismo pedazo de arena reseco, quemado, sin valor y lleno de cactus que es hoy. Y algún otro ladrón insensato la rodeará con una valla y se pondrá a gritar que es suya, que le pertenece, y le dirá a todo el mundo que no se acerque a ella.

El abuelo sonrió y le dio una calada al puro.

—Ojalá se apellide Vogelín. O Starr.

—¿Por qué no cedes, caballo viejo? Cede con dignidad, como un caballero, y deja que los generales hagan el ridículo por aquí durante un rato. Cédeles el turno.

—Pues sí. Por mí que lo hagan. Pero no voy a ceder como un caballero. Si tengo que ceder, lo haré como un apache. Siguiendo el viejo método. Ésa es la tradición por estos lares.

Lee miró con dureza al abuelo antes de sonreír.

—Viejo estúpido y cabezota. Estás loco de verdad. Tienes que estarlo. Pásame la garrafa.

—Billy, ¿nos traes un poco más de hielo? —me pidió el abuelo.

—Sí, señor. —Me levanté del suelo. La pared se me vino encima. Apoyé una mano en ella para devolverla a su sitio—. Hielo —repetí.

—Muy bien —dijo Lee, tras un profundo suspiro—, volvamos a empezar. A ver si podemos enfocar las cosas desde otro ángulo...

—Sigue intentándolo —oí que decía el viejo, mientras yo daba bandazos en la oscuridad de la cocina y avanzaba a tientas hasta la lámpara que descansaba sobre la mesa.

Pero lo primero que tocaron mis manos no fue la lámpara, sino el rifle y, junto a él, la caja de munición. Me incliné sobre la mesa, apoyándome en ella con ambas manos, y esperé a que la cabeza dejara de darme vueltas.

A través de la niebla que se cernió sobre mí oí, allá afuera, en la noche, al gran búho cornudo ulular de hambre. Y en los matorrales y en la arena del lecho seco del río, todos los animalillos, las liebres, las ratas canguro y las ardillas, estarían escuchándole, paralizadas por el terror.

Aquella noche dormí mal. En medio de la madrugada las náuseas se volvieron insoportables. Torpemente, me bajé del catre a gatas, me tambaleé hasta la puerta y vomité en el suelo aproximadamente medio litro de ron, Coca-Cola y parte de la cena mal digerida.

Me sentí tan débil, tan asqueado y tan descorazonado, que me derrumbé a cuatro patas y me metí los dedos en la garganta, tratando de despejar aquel estómago repugnante. Al final, vacío y exhausto, me arrastré hasta la cama y me sumí en un sopor agitado, plagado de visiones inquietantes y aterradoras, de estruendo de armas y alambre de espino, un caballo abierto en canal y un pozo seco, que se estrellaban unas contra otras en mi mente.

Cuando desperté, el fulgor del día había vuelto y en mi habitación del barracón hacía un calor asfixiante. La cabeza me retumbaba como un tambor y un sabor inmundado invadía mi boca. Permanecí un buen rato tendido boca arriba mirando las telarañas del techo y las moscas que revoloteaban por la habitación. Cuando el calor por fin llegó a un punto en que no pude soportarlo más, me incorporé en la cama y me puse los pantalones vaqueros, la camisa, las botas y el sombrero, y salí a trompicones al resplandor del día. Puse rumbo a la casa y, en mi mareo, fui tropezando con las piedras y los hierbajos, acuciado por una sed turbia. El sol se hallaba alto en el este, próximo a las ocho en punto, llameando mortecino a través de capas y capas de polvo y calor. El coche de Lee había desaparecido.

Al acercarme a la casa, vi al abuelo salir del establo de la vaca con el balde de leche en la mano. Me había dejado dormir y se había encargado él de mi tarea matutina y, ligeramente avergonzado, le di los buenos días farfullando y sin mirarle a la cara.

Entramos en la casa y fuimos a la cocina, donde el viejo colocó la leche en la nevera. Encontré esperándome un desayuno frío consistente en una gruesa loncha de beicon con huevos revueltos. No tenía ganas de comer, pero me pareció necesario hacerlo: probablemente nos esperaba un día ajetreado. A la fuerza me metí aquella masa grasienta en la boca, la mastiqué sin placer alguno y me la tragué como buenamente pude. El café parecía sentarme bien. Me llené una segunda taza.

—Billy, esta noche te vas a casa.

—¿Qué? —Sus palabras me llegaron a través de una bruma de vahído y cansancio—. ¿A casa?

—Esta noche. —El abuelo sostenía una carta abierta en la mano—. Es de tu madre. Lee me la trajo ayer. Dice que si no te mando a casa en el plazo de una semana, coge ella un avión y viene a buscarte. Está enfadada conmigo. Lee te va a llevar a El Paso esta tarde. Y esta vez te meteremos en un avión. A ver cómo te las apañas para detener un avión.

Eso también podría hacerlo, si quisiera, pensé. En voz alta, dije:

—Pero me dijo que podía quedarme una semana más, abuelo.

—Eso fue antes de ayer. Y, en cualquier caso, ahora hemos recibido estas órdenes de tu madre.

Llevaba algún tiempo esperando a que llegase un ultimátum como aquél. Además, me sentía demasiado indispuesto y cansado como para protestar más. Con los nervios embotados y el corazón oprimido, me acabé el desayuno y lavé los platos.

El viejo volvió a recorrer toda la casa, inspeccionando las fortificaciones, preparando suministros de agua y comida, examinando las armas y contando la munición. Parecía más resuelto y menos agitado que nunca. Regresó a la cocina, se paró y me miró, mientras se limpiaba las gafas.

—Serías un buen compañero de armas, Billy. Siento que tengas que marcharte.

No dije nada. Estaba demasiado resignado y a la vez demasiado amargado para discutir.

Allí, de pie en la penumbra de la cocina, oímos el rumor de los motores, no uno sino varios, que se acercaban rápidamente. Salimos a la puerta principal y miramos hacia fuera. Por encima de los riscos que había tras el rancho se elevaba una nube de polvo.

—Aquí vienen por fin —dijo el abuelo, aunque aún no se divisaba más que la cortina de polvo. Lo primero que hizo fue ponerse las gafas. Lo segundo, coger la escopeta.

—Puede que sea Lee —supuse, pero el viejo negó con la cabeza.

El primer coche oficial se acercó tras tomar la curva y bajó por el camino serpenteante hacia la casa, dejó atrás los anexos y pasó bajo los árboles. Tras él llegaron dos más, dos sedanes grises cargados de hombres armados.

El primer coche se paró en el patio, entre el sol y la sombra. Mientras el conductor permanecía al volante, el copiloto se bajó. Era Burr, el alguacil. Llevaba traje, como DeSalius, como un hombre de negocios, y no iba armado. Pero en los otros dos coches distinguimos los destellos de los rifles y el brillo de las placas y las pistoleras de cuero. Había dos hombres en el primer coche, incluido el alguacil, y tres en cada uno de los otros dos.

Burr se acercó a nosotros. Esta vez no sonreía.

—Billy —me susurró el abuelo—, ve a la camioneta y coge el revólver.

—Sí, señor.

Me moví con sigilo hasta el final del porche mientras el abuelo, escopeta en mano, esperaba a que el alguacil dijera algo. Me habría sido imposible llegar a la camioneta sin ser visto; los hombres de los coches me vigilaban. Así que sencillamente caminé con la mayor indiferencia posible hacia el vehículo, con la esperanza de que nadie me prestase atención. Por el camino escuché la negociación inicial entre el abuelo y el alguacil.

—Buenos días, señor Vogelín.

—Alto ahí. Alto. No se acerque más.

—Le he dado los buenos días, señor Vogelín.

—Ya le he oído, alguacil. Ahora deténgase donde está y no dé ni un paso más.

—De acuerdo. Ya me he parado.

—Quédese ahí.

Miré hacia atrás. El alguacil estaba a unos diez metros de la escalera del porche, expuesto sin protección a los rayos implacables del sol y a la escopeta de doble cañón que le apuntaba desde las sombras del porche.

—Bueno, señor Vogelín, supongo que ya sabe por qué estoy aquí.

—No le va a servir de nada, alguacil.

—Estoy aquí para ayudarle con la mudanza, señor Vogelín. Estoy aquí para ejecutar las órdenes del tribunal. ¿Está usted listo para irse?

—No me marchó.

—Muy bien, señor Vogelín. Pero quería ofrecerle una última oportunidad de marcharse por las buenas. Usaré la fuerza si hace falta.

—Le hará falta. Estoy listo. Estoy listo, alguacil. Dígales a sus hombres que empiecen a disparar.

—No queremos tal cosa. Por el amor de Dios, entre en razón.

—Tengo toda la razón que me hace falta, alguacil.

Llegué a la camioneta, abrí la puerta e introduje medio cuerpo, inclinándome hacia la guantera. Pero cuando la abrí, el revólver no estaba allí. Yo no lo había cogido. Quizá el abuelo...

—¿Qué estás haciendo, hijito? —Uno de los agentes estaba de pie detrás de mí, con la mano en la culata de su pistola. Llevaba un cinturón tachonado de cartuchos de metal.

Decidí escapar corriendo hacia la casa. Pero antes de que consiguiera dejar atrás la camioneta, el agente me retorció el brazo detrás de la espalda y me obligó a alejarme del vehículo en dirección a los tres coches.

—Mejor será que te apartemos del fregado, hijo —dijo el agente—. No queremos que ningún niño salga herido.

—Me está haciendo daño en el brazo —protesté.

—Perdona. —El hombre aflojó un poco la presión. Entonces volví a intentar soltarme. Él me agarró con renovadas fuerzas—. No hagas eso, chaval. Relájate o voy a tener que ponerte las esposas.

Me empujó para obligarme a sentarme en el asiento de atrás del segundo coche y él se subió a mi lado, jadeando y oliendo a sudor. El arnés que llevaba al hombro chirrió. Parecía un caballo de posta. Los dos hombres de los asientos de delante, también armados y uniformados, no nos hicieron ningún caso. Estaban observando y escuchando la escena que se desarrollaba en la veranda, donde mi abuelo y el alguacil seguían hablando. No teníamos ningún problema para escuchar todo lo que decían.

—No —decía el viejo—. Si quieren que me vaya de aquí tendrán que echarme.

—Eso haremos, señor Vogelín, si nos obliga. Si así lo desea, así lo haremos. Pero le pido, por última vez, que no nos cause problemas. Alguien podría salir herido de gravedad. Quizá usted. Quizá uno de nosotros. Quizá yo. Alguien podría incluso perder la vida, señor Vogelín. Le pido que lo piense. ¿De verdad vale la pena?

El abuelo contestó desde las sombras del porche. En la densa penumbra apenas podíamos verle, sólo el brillo apagado de la escopeta y el reflejo de sus gafas.

—Márchese y llévese a sus gorilas armados de mi propiedad y nadie saldrá herido.

—No puedo hacer eso, señor Vogelín. Estas órdenes...

—Me importan un bledo sus órdenes. Mataré al primero que ponga un pie en este porche o que toque mi casa.

—Un momentito, señor Vogelin. Vamos a hablarlo un poco más.

—No hay nada de lo que hablar. Nada de nada. O bien usted y sus hombres se marchan o nos las entendemos a tiros. Punto. Yo ya soy viejo, no me importaría morir hoy. Hace un buen día. ¡Alto ahí, no intente acercarse ni un centímetro más!

El alguacil hizo un gesto inútil con las manos, mirando a esa suerte de espectro en el porche. Se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la cabeza. Miró a su alrededor, a mí y a los siete agentes sentados en los coches. Miró el granero y alzó la vista hacia el molino, que estaba inmóvil. Echó una rápida ojeada al sol. Las diez. Se sacó un reloj del traje y lo miró.

—Bueno, señor Vogelin... —El alguacil, bajito, rechoncho y con los pantalones haciéndole una bolsa en el fondillo, parecía tan inofensivo como un cartero—. Ya no sé qué más puedo decirle. Tengo órdenes de sacarle de aquí.

El abuelo no respondió. Se quedó esperando.

Los hombres que estaban conmigo en el coche tenían las miradas clavadas en la casa. Con cuidado alargué la mano hacia la manija de la puerta, la encontré, la accioné. El pestillo se abrió con un clic. La empujé y me tiré rodando fuera del coche mientras el agente se abalanzaba hacia mí con dedos crispados.

—¡Abuelo! —chillé—. ¡Espérame!

El agente me agarró del cinturón y de un tirón volvió a meterme dentro del coche. Forcejeé con él, lanzando patadas y puñetazos, hasta que volvió a agarrarme la muñeca y a retorcerme el brazo detrás de la espalda.

Sacó un par de esposas y me las puso delante de los ojos.

—¿Las ves, chaval? ¿Las ves? Si no te estás quietecito como un niño bueno, te las voy a poner, y no te va a gustar ni un pelo, no señor.

Me relajé e hice un esfuerzo titánico para no llorar. Lo que más me dolía no era el brazo retorcido, sino el haberme dado cuenta, el haber comprendido poco a poco, que el abuelo me había engañado para sacarme de la casa, que me había mandado a por el revólver a sabiendas de que no estaba en la camioneta y de que los agentes me capturarían. Me sentía traicionado. Se me estaban cayendo los mocos y los ojos amenazaban con desbordarse. Sorbí.

—No llores, hijo —dijo el agente, relajando la presión en mi muñeca—. No pasa nada.

—¡Cállese! —berreé—. Quíteme la sucia zarpa de encima.

—Estás hecho un rebelde, ¿eh?

—Ahí viene Burr —dijo uno de los agentes que estaban en el asiento delantero—. Parece que vamos a tener fiesta.

Me quedé quieto y observé la escena como los demás. El alguacil se aproximaba lentamente a nosotros, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos. La entrada principal de la casa se cerró de un portazo a sus espaldas.

Se detuvo junto a los coches.

—Todos fuera. Coged las granadas. Montadlas en los rifles. Desplegaos. Poneos a cubierto. Llevaos al chico lejos de la línea de fuego.

Se quedó allí de pie tranquilamente, sin mirar, mientras sus hombres se apeaban a toda prisa de los coches y cumplían sus órdenes. El que me había capturado me sacó a rastras del coche y me condujo hacia el barracón. Con su brazo agarrando el mío y su manaza atenazándome la muñeca, nos quedamos pegados a la pared, a la sombra, y observamos a los demás.

Los hombres del alguacil, acuclillados detrás de los árboles y los edificios anexos, montaban las granadas de gas lacrimógeno en los rifles. Miré la casa. La veranda estaba ahora vacía, la puerta atrancada, la última ventana cerrada con los postigos; el lugar parecía inexpugnable como una fortaleza. Yo sabía que el abuelo estaba observando a través de la pequeña tronera que había taladrado en el muro a medio camino entre la ventana de la cocina y la puerta principal, acechando a través de la mira de su escopeta.

El alguacil, parado en un lugar totalmente desprotegido junto a su automóvil, estudiaba la situación. Con todas las puertas atrancadas y todas las ventanas cerradas con postigos y acerrojadas desde dentro, su principal problema era cómo introducir el gas lacrimógeno en el edificio.

Le vi hablando con su ayudante, vi al ayudante hablar con uno de los agentes, vi al agente, con varias granadas de gas lacrimógeno en las manos, iniciar un amplio rodeo en torno a la casa hacia el risco que se alzaba detrás.

Pero aquello no les serviría de nada. En primer lugar, el abuelo les vería las intenciones. En segundo lugar, aun así tendrían que conseguir que un hombre se acercara lo suficiente a la casa para forzar un postigo o trepar al tejado. Y aquello equivalía a arriesgar la vida de alguien.

Pero entonces me di cuenta de que el viejo, solo en el interior, no podía cubrir todo el terreno en torno a la casa. No podía estar en dos sitios a la vez. Lo único que el alguacil tenía que hacer para asegurarse el éxito era enviar a sus hombres al asalto desde direcciones opuestas. Pero, a pesar de todo, el abuelo podría matar a alguno de ellos. El alguacil, como es lógico, era reacio a arriesgar la vida de nadie en aquella operación y nos tuvo a todos esperando

mucho tiempo, tal vez veinte minutos o más, antes de hacer otra cosa que mandar a aquel único agente a la elevación del terreno detrás de la casa.

Por fin estuvo listo. El alguacil salió a la luz cegadora y dio unos pocos pasos lentos hacia la casa.

—Muy bien, Vogelin —dijo en voz alta—, no vamos a esperar más. ¿Está dispuesto a salir?

Todos clavamos la vista en la casa. No hubo respuesta. El alguacil se volvió hacia uno de los agentes que estaban cerca de los coches aparcados.

—Tráeme el hacha.

El agente sacó un hacha de uno de los coches y se la llevó al alguacil, luego regresó a su puesto tras el tronco de un álamo.

Con el hacha en las manos, el alguacil se volvió hacia la casa.

—¿Ve esta hacha, señor Vogelin? Voy a ir hasta ahí y voy a derribar con ella la puerta de entrada. —Hizo una pausa—. ¿Me oye, señor Vogelin?

Esperamos la respuesta. No hubo respuesta.

Pensé en el viejo acuilillado dentro de la casa, a oscuras, moviéndose de una mirilla a la otra, en la parte delantera y en la trasera, tratando de ver todo lo que ocurría. Su fortaleza era también una trampa. Necesitaba ayuda. Me necesitaba. Necesitaba a Lee Mackie.

El alguacil dio un paso hacia la casa, blandiendo el hacha.

—¡Allá voy, señor Vogelin! —exclamó, alto y claro—. ¿Me ve? Voy a derribar la puerta y a ayudarle a salir de ahí. —Mientras gritaba, el alguacil dio otros dos pasos hacia la casa de manera decidida.

Entonces el hombre que estaba en la parte de atrás avanzó un poco, moviéndose de una roca a la otra, manteniéndose agachado y a cubierto. Si conseguía llegar a la casa podría trepar al tejado y simplemente tirar las bombas de gas lacrimógeno por las chimeneas.

—¡Abuelo! —chillé—, ¡ten cuidado con el hombre de...!

La manaza del agente me tapó la boca. Me retorció el brazo detrás de la espalda.

—Cállate, chaval —dijo con firmeza.

—¡Allá voy, señor Vogelin! —gritó el alguacil, dando un paso más hacia la casa—. Allá voy, míreme.

Algo silbó cortando el aire por encima de la cabeza del alguacil y oímos el restallido de un rifle desde dentro de la casa.

Con una presteza sorprendente, el alguacil saltó hacia atrás y corrió a cobijarse tras el coche más cercano. Al mismo tiempo, el agente que acechaba por la parte trasera de la casa echó a correr, llegó a los muros, que le ofrecían

relativa seguridad, y empezó a rodear furtivamente una de las esquinas para aproximarse a la columna más cercana. Trepándola podría llegar al tejado. Pero de nuevo correría el riesgo de exponerse. Así que se quedó pegado a la pared y esperó a que el alguacil hiciera algo, a que le diera otra oportunidad.

El señor Burr se tomó su tiempo. No tenía ninguna prisa por volver a atraer el fuego del viejo. Pero algo había que hacer. El sol iba ascendiendo lentamente, el día se estaba volviendo insoportablemente tórrido, cruel y exasperante.

Esperamos y esperamos mientras el alguacil, acuclillado detrás de su automóvil, consultaba con su ayudante y uno de los agentes. Otros cinco, diez, quince minutos transcurrieron de aquella manera, sin que sucediera nada reseñable. Sabía el tiempo que había pasado porque alcanzaba a ver el reloj en la muñeca peluda del agente, que tenía la mano suspendida cerca de mi boca.

¿Dónde, me preguntaba, dónde estaría Lee, por el amor de Dios? Ahora que lo necesitábamos más que nunca, no estaba aquí.

Por fin el alguacil se dispuso a actuar de nuevo. Manteniéndose a cubierto detrás del coche, le oí dar una voz a sus hombres:

—¡Ahumadle, muchachos!

Casi simultáneamente, cinco rifles dispararon y cinco granadas volaron por los aires y se estrellaron contra la fachada, junto a las puertas y ventanas del porche. Explotaron al tomar contacto y soltaron nubes de gas amarillo, que se condensaron bajo el techo del porche y se fueron escapando lentamente por los bordes. Sin duda, parte del gas se filtró hasta el interior de la casa por las grietas en las fortificaciones de las puertas y ventanas.

Casi me había olvidado del hombre que estaba en la parte de atrás. Cuando me puse a buscarlo, lo encontré subido ya al tejado, gateando hacia la más cercana de las dos chimeneas, la del salón. Imaginé las bombas cayendo en el hogar y en la cocina de leña e inundando la casa con sus gases insoportables.

—¡Abuelo! —aullé, una vez, antes de que la pesada mano me atenazara la boca.

—Chavalín —dijo el agente—, como vuelvas a chillar te amordazo.

No podía hacer nada. Con rabia impotente vi cómo el tipo del tejado se arrodillaba junto a la chimenea que daba al salón, armaba una granada y la arrojaba al interior. Un chorro de polvo, gas y humo salió disparado del tubo cuando el agente ya se dirigía hacia la otra chimenea.

Entonces el alguacil se puso en pie detrás de su coche, escrutando la casa con ojos anhelantes, esperando a que la puerta principal se abriera de pronto y

el viejo saliera tambaleándose con las manos en los ojos. Pero no lo hizo: mi abuelo no.

El agente del tejado arrojó el resto de sus bombas lacrimógenas, cuatro en total, y se sentó a esperar. Su posición allá arriba, aunque le exponía de lleno al sol, era totalmente segura.

Varios hilos de gas se filtraban desde la casa al exterior cuando el alguacil volvió a salir de su escondite y a gritarle a mi abuelo:

—¡Señor Vogelín! Más le vale salir ahora, señor Vogelín. No trate de respirar esa porquería, podría matarle si traga demasiada. Póngase un trapo en la cara y abra la puerta delantera. Salga ahora, señor Vogelín, no le dispararemos. Todo irá bien.

La puerta no se abrió. De la casa no salía ni un sonido. Tal vez el viejo hubiera podido evitar que entrara la mayor parte del gas simplemente cerrando el tiro de las chimeneas.

El alguacil esperó un poco más y luego dio un paso adelante, dos, hacia la casa, con el hacha en la mano. Se detuvo y volvió a gritar:

—Le estamos esperando, señor Vogelín. Por favor, salga ya. Lo va a pasar muy mal si no sale de ahí, señor Vogelín. Ese gas le puede revolver de verdad las tripas, una dosis muy alta incluso puede matar a un hombre. ¿Me oye, señor Vogelín?

De nuevo, silencio. El alguacil se rascó la cabeza, miró alrededor, nos miró a nosotros, con el rostro a un tiempo sombrío y brillante de sudor. Se volvió hacia la casa, dio un profundo suspiro —vi cómo el pecho se le hinchaba y se le deshinchaba— y dio un paso más hacia la veranda.

Exactamente igual que antes, un rifle restalló dentro de la casa, la bala quemó el aire cerca de la cabeza del alguacil y surcó el follaje de los árboles.

Vi cómo dos hojas caían lentamente al suelo. Antes de que hubieran acabado de recorrer la distancia entre la rama y el suelo, el alguacil se había escabullido a su escondite y volvía a consultar con su ayudante detrás del automóvil.

Y de nuevo esperamos. Cinco minutos. Diez minutos. Mientras el sol se deslizaba hacia el cenit, llameando espantosamente, abrasando la tierra y friendo calaveras. Por un instante creí sentir lástima del hombre en el tejado, sin sombra alguna y temeroso de bajar. Pero no, no sentía ninguna lástima por aquellos cerdos inmundos, especialmente cuando pensaba en mi abuelo, en el viejo que esperaba dentro de la casa, observando a través de su escopeta, mirando hacia fuera desde su oscuridad sofocante —si es que aún estaba vivo— al resplandor de la luz que acribillaba como granizo dorado el mundo

exterior. Vería las máquinas inmóviles, los hombres cansados en cuclillas a la sombra, el temblor constante de las hojas de los álamos y, al otro lado del lecho seco del río, el desierto requemado, bajo capas de olas de calor ondulantes, que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros hacia las amadas y perdidas, las inalcanzables montañas.

Noté cómo el agente que estaba junto a mí se relajaba, su respiración era lenta y profunda. De repente me liberé y salí corriendo campo a través hacia la casa.

—¡Parad a ese chico!

Dos de ellos salieron detrás de mí, me alcanzaron a medio camino y me arrastraron de vuelta a la pared del barracón. Esta vez, sin decir una palabra, el agente me esposó al palenque.

Esperamos.

Incapaz a todas luces de concebir una idea más apropiada, el alguacil acabó por ordenar otra descarga de gas lacrimógeno. Los hombres dispararon, las granadas volaron por los aires, se estrellaron contra las puertas y los postigos de las ventanas y ocultaron la casa tras una cortina de polvo y humo.

Antes de que el gas se dispersara, el alguacil salió de su escondite —era un hombrecillo valiente— y echó a trotar hacia la casa empuñando el hacha. A medio camino, un puñado de polvo saltó a sus pies, la bala rebotó contra el suelo y se perdió por los aires. El alguacil se detuvo y miró hacia la casa con el sombrero hacia atrás y el hacha colgándole de la mano. La escopeta volvió a hablar, la bala zumbó por encima del hombro del alguacil. Él se dio la vuelta y volvió a ponerse a cubierto a duras penas, maldiciendo y con la barriga brincándole al correr.

—¡Mátalos, abuelo! —berreé—. ¡Mátalos! ¿A qué esperas?

¿Por qué disparaba en torno a ellos? ¿Acaso el gas le había cegado? Las lágrimas me cegaban a mí. Luché por zafarme de las esposas, agité el palenque y me puse a lanzarle patadas al agente cuando intentó impedírmelo.

El alguacil descargó su impotencia contra mí.

—¡Meted a ese mocoso en el coche —vociferó— y lleváoslo de aquí!

El agente se me acercó.

—Y los demás —rugió el alguacil, volviéndose al resto de los agentes—, olvidaos de las granadas. Ensartad unas cuantas trazadoras en la casa. A lo mejor el fuego hace salir a ese viejo lunático.

En ese momento llegó a nuestros oídos el rugido de un motor. Todos lo percibimos. El agente que se acercaba a mí dudó, el alguacil cerró la boca, los

hombres miraron hacia arriba, hacia la cima de la pendiente, donde el camino serpenteaba entre las rocas.

El sol destelló sobre el cristal del enorme automóvil que apareció de repente allá arriba y descendió rodando a velocidad suicida. Bajó dando tumbos y levantando cortinas de polvo, derrapó al tomar la curva para rodear la valla del prado y se aproximó bamboleándose hacia nosotros bajo la arboleda. Junto a Lee, en el asiento delantero, se hallaba el semblante pálido, los ojos enormes y atentos, de una mujer asustada. Durante un instante de pánico creí que era mi madre, luego me di cuenta de que era Marian, mi tía de Alamogordo.

Lee condujo el coche bruscamente hasta el espacio vacío entre la casa y los sitiadores, pisó con fuerza los frenos y se apeó de un salto, mientras un torbellino de polvo se arremolinaba en torno al coche y el chirrido de la goma sobre las rocas aún flotaba en el aire.

Echó un vistazo rápido a su alrededor, alto y desafiante, en medio del resplandor y del imponente silencio repentino.

—¡Lee! —le llamé.

Me vio, una mirada terrible y peligrosa le encendía el rostro.

—¡Soltad a ese chico! —ordenó.

Apresuradamente, el agente me liberó. Mi tía Marian estaba ya fuera del coche y, al verme, vino corriendo hacia mí torpemente, con los brazos extendidos y el semblante surcado de lágrimas. Me abrazó y me estrujó contra ella con tal fuerza que yo apenas podía respirar y no alcanzaba a ver lo que Lee haría a continuación. Pero ya nada me preocupaba, el miedo se había esfumado, y con él la indignación que había sentido esperando a que Lee llegara.

—¡Ay, mi pobre chiquillo! ¡Mi pobre, pobre, pobre chiquillo! —Lloró sobre mi cabeza—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás lejos de todo esto? ¿Por qué te dejó quedarte? —Seguía abrazándome y besándome, cerrándome los ojos con sus besos. Tuve que soltarme.

—Por favor —dije—, por favor, el abuelo está ahí dentro. Vamos a... ¡por favor, déjame ver lo que pasa!

Ahora Lee estaba hablando con el alguacil, tenía el rostro crispado de ira. Pero hablaba en voz tan baja que yo no podía oír lo que decía. De pronto le dio la espalda violentamente y empezó a acercarse a la fachada de la casa. Llevaba el hacha en la mano.

—John —prorrumpió—. Es hora de rendirse. Déjame entrar. Soy Lee. ¿Estás bien?

Desde el interior surgió la voz del abuelo, extrañamente amortiguada.

—Atrás, Lee. Atrás.

—Voy a entrar, caballo viejo. No intentes detenerme.

Lee siguió caminando con paso firme hacia el porche, con el sombrero hacia atrás y el filo del hacha centelleando en su mano.

—Para, Lee —le advirtió el abuelo desde algún lugar en el interior de la casa—. Párate ahora mismo, Lee.

—No voy a parar. Dispara cuando quieras.

El viejo disparó sobre la cabeza de Lee. La bala siseó por el aire y cortó unas pocas hojas de álamo más.

—Para, Lee. Vuelve atrás ahora mismo.

Lee siguió avanzando.

—No, no voy a pararme, viejo loco. Sal tú aquí fuera.

Oímos el estruendo de los tablones de madera al caer. La puerta se abrió violentamente desde dentro y mi abuelo apareció en el umbral, apuntando a Lee con la carabina.

—Alto. Alto, Lee, ¿qué crees que estás haciendo?

Lee estaba ya casi en la escalera del porche.

—Dispara, caballo viejo —dijo—. Venga, dispárame. —Dejó caer el hacha.

El viejo levantó un poco el cañón y disparó cerca de la cabeza de Lee. Apenas se había apagado la deflagración y el abuelo ya estaba metiendo otra bala en la recámara.

—Por última vez, Lee. Por última vez. Si tocas mi casa, te mato.

Lee pareció dudar un momento. Casi se detuvo. Y entonces dijo:

—Vamos. —Y puso el pie en el porche, acercándose a dos metros y medio del viejo, que apuntó el rifle directamente al estómago de Lee.

—¡Te mato! —gritó el viejo.

—Aquí estoy —dijo Lee. Se detuvo y abrió los brazos—. Aquí estoy.

Mi abuelo flaqueó. A la sombra de la veranda pudimos ver cómo le temblaba todo el cuerpo, con el rostro lívido de odio, exasperación y derrota.

—¡Traidor! —bramó—. ¡Lee, eres un traidor repugnante! —Y arrojó el rifle con todas sus fuerzas contra las tablas del porche. Las rodillas empezaron a doblársele.

Lee lo agarró antes de que cayera y lo ayudó a caminar hasta nosotros, hasta donde estábamos la tía Marian y yo, hasta el coche que se lo llevaría del rancho.

Me pareció que el abuelo lloraba: tenía los hombros convulsos, la cabeza gacha, abría y cerraba las manos de dolor, pero sus ojos, cuando los vi, estaban completamente secos. Parecía un ciego.

Lee y Marian le ayudaron a meterse en el asiento trasero del coche. Yo observé al viejo.

Lee me puso la mano, fuerte como siempre, en el hombro.

—Se pondrá bien, Billy. Vámonos.

Me sacudí la mano de encima y le lancé una mirada asesina.

—No me toques, Lee Mackie. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Tres días más tarde, el viejo desapareció.

Nos habíamos quedado en casa de la tía Manan en Alamogordo, el abuelo y yo, durmiendo en su habitación de invitados y comiendo a su mesa. Estaba programado que yo emprendería mi viaje de vuelta al este al día siguiente; no estaba previsto que el abuelo se fuera a ningún sitio. Pero lo hizo. Se esfumó. Y yo le vi marchar.

Durante el primer día y la primera noche después de que lo arrancáramos de su rancho, el abuelo fue un inválido. No hablaba con nadie ni miraba a nadie. Se limitaba a permanecer sentado en la silla o acostado en la cama, con los ojos como platos, mirando al vacío.

La tía Marian llamó al médico y el médico trató los ojos del viejo, que el gas lacrimógeno había dañado, pero no quemado gravemente. Examinó al abuelo con sus instrumentos y no pudo encontrarle nada salvo un trastorno temporal que denominó «*shock nervioso*». Le recetó sedantes y mucho reposo.

El abuelo pareció mejorar un poco al día siguiente. Tomó una comida ligera, por la tarde estuvo sentado afuera a la sombra, contemplando a los vecinos conducir sus cortacéspedes con motor de gasolina por sus minúsculos jardines, e intercambió un par de palabras conmigo y con mi tía. Quería saber si alguien se había hecho cargo de los caballos.

La tía le dijo que los caballos estaban bien, que Lee los tenía en su rancho, al este de la ciudad. El viejo tuvo que repetir la pregunta; el rugido casi constante de los aviones por encima de nuestras cabezas dificultaba la conversación. Mi tía le repitió la respuesta, el viejo no dijo nada más. No creo

que durmiera mucho aquella segunda noche: me despertó dos veces, farfullaba y se levantaba a pasear por la casa.

La tercera noche nos dejó. Poco después de que todos nos hubiéramos acostado, con todas las luces apagadas y la casa en silencio, salvo por el rumor de los electrodomésticos, el tumulto del tráfico en las calles y el tronar de los aviones sobre nuestras cabezas, se bajó de la cama, se vistió en la oscuridad y cruzó la habitación hasta donde yo estaba. Debía de sentirse mucho mejor, a su manera: llevaba un puro encendido en la mano.

—¿Estás despierto, Billy?

—Sí, señor.

Se sentó al borde de mi cama y me colocó suavemente la manaza en el hombro. Durante un rato no dijo nada, se limitó a dar caladas al puro. Por fin habló:

—Billy, ¿te acuerdas de la excursión a caballo que hicimos tú, Lee y yo en junio?

—Claro, abuelo. Nunca la olvidaré.

—¿Te acuerdas de la sed que te entró y de cómo te tomamos el pelo con la cantimplora?

—Sí.

—¿Se lo contaste alguna vez a Lee?

—¿El qué, abuelo?

—Que yo llevaba una cantimplora en las alforjas.

Reflexioné un momento.

—No, creo que no. No, señor, seguro que no... usted me pidió que no lo hiciera.

—Así es. ¿Y no lo hiciste?

—No, señor.

El ascua del puro se avivó un poco en la oscuridad y volvió a apagarse. Para entonces yo le veía ya bastante bien, pues mis ojos se habían acostumbrado a la luz mortecina que se filtraba por las cortinas y las persianas. El viejo llevaba el sombrero puesto.

—Me voy, Billy.

—Ya lo sé, abuelo.

—¿Cómo lo has sabido?

Callé un momento.

—No puedo... no sé por qué. Simplemente lo sé.

—Vale. Bueno, pues eso es lo que voy a hacer. Me voy. Esta noche voy a escaparme, como un niño. —Se quedó en silencio—. No, señor, no puedo

quedarme aquí ni un día más. Tengo que marcharme. Pero he de hacerte una pregunta: ¿sabes adonde voy?

—¿Cómo?

—Voy a esconderme, Billy, y creo que tú sabes dónde, ¿no?

Lo pensé un momento.

—Sí, señor.

—Claro que sí. Ya lo sabía. Pero no lo diremos en voz alta porque cuando todos se te echen encima (Marian y Lee, y puede que Isabel venga también, o tu madre), cuando empiecen a presionarte, podrás decirles que nunca te dije adonde iba. No tendrás que mentir mucho. ¿Me entiendes, Billy?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Y me prometes que no se lo dirás?

—Se lo prometo, abuelo.

—Bien. Así se hace. —Empezó a levantarse de mi cama.

—Déjeme ir con usted, abuelo.

Dio una chupada al puro.

—No, Billy. Eso no puede ser y lo sabes. Ahora tienes que irte a casa. A lo mejor el verano que viene...

—¿A casa?

—Sí. ¿Qué es lo que te he dicho? Pero a lo mejor el verano que viene puedes volver otra vez conmigo. A ver cómo nos salen las cosas.

—Ojalá pudiera irme con usted.

—Ya lo sé. Pero esta vez tengo que irme solo. —Se puso en pie lentamente; le oí suspirar al mirarme—. Adiós, Billy.

No pude contestarle. Me daba miedo decirle adiós y me alegraba de que él no pudiera distinguir mis lágrimas. En la oscuridad vi cómo su alta figura se daba la vuelta, le vi agarrar un pequeño petate que había sobre la cómoda, junto a su cama, y dirigirse a la puerta del dormitorio. Se desvaneció, con sigilo recorrió el pasillo y salió de la casa. Aguzando el oído, escuché el sonido de la camioneta al arrancar el motor y echar a rodar.

Me llevó mucho tiempo conciliar el sueño aquella noche. Y cuando por fin lo conseguí, tuve un sueño turbador: soñé con luciérnagas, con estrellas de un resplandor azul maravilloso que se me escapaban constantemente, con un par de ojos amarillos que ardían en el crepúsculo y el silencio.

La conmoción empezó a la mañana siguiente cuando entré en la cocina a desayunar. Mi tía Marian y su marido estaban allí sentados tomándose el café.

—¿Dónde está tu abuelo? —me preguntó la tía.

—Está bien.

—Alguien le robó la camioneta anoche —dijo su marido—. Pero no te pongas nervioso —añadió, al verme titubear—. No se lo digas al viejo; a lo mejor se disgusta. Ya he llamado a la policía para denunciarlo. Probablemente encontrarán la camioneta a lo largo del día. —Se terminó el café en cuanto me senté en mi sitio—. Ya le había dicho varias veces que no debía dejar las llaves puestas. Es un mal hábito que tendrá que abandonar si se instala en la ciudad. —Dobló el periódico y se levantó de la mesa—. Nos vemos a la hora de la cena... y por Dios no dejéis que el viejo se preocupe por la camioneta. Ojalá la tenga asegurada. En fin... mejor será que me vaya. —Y se apresuró a marcharse a trabajar.

Mi tía me puso delante un tazón de leche caliente con cereales.

—¿El abuelo no viene a desayunar con nosotros?

—No creo —dije.

—¿Se encuentra bien?

—Pues claro.

—Voy a echar un vistazo.

—Está durmiendo.

—No le voy a despertar, Billy.

Salió de la cocina y anduvo por el pasillo hasta los dormitorios. Yo removí mis cereales con la cuchara y me preparé para el chillido que se avecinaba. No chilló, pero cuando regresó al cabo de un minuto estaba pálida y terriblemente seria. Me agarró con fuerza del antebrazo y me miró directamente a los ojos con una dureza inusitada.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—No me mientas, Billy. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—Sabías que no estaba en la habitación, ¿verdad? Sabías que se había ido.

—Sí.

—¿Entonces adonde se ha ido?

—No lo sé. No me lo dijo.

Se dirigió al teléfono. Llamó a la oficina de su marido, llamó a la policía municipal, al sheriff del condado y a la policía estatal, y luego llamó a Lee Mackie:

—Ha desaparecido. ¿Qué...? No, no lo sabemos... No sabemos cuándo, anoche, en algún momento... Sí, en la camioneta... ¿Quién...? Sí, está aquí...

Pero no quiere decir nada... Dice que no lo sabe... Sí, eso mismo creo yo... Sí, ya he avisado... ¿Puedes venir...? Aquí estaremos... Vale... Sí... Hasta luego.

Una hora más tarde, la policía estatal llamó e informó a la tía Marian de que una camioneta a nombre de John Vogelín había sido hallada en El Paso, abandonada en un callejón y despojada de sus neumáticos y otras piezas. Poco después llegó Lee.

—¿Por qué demonios iba a ir a El Paso? —me preguntó.

—No quiero hablar contigo.

—¡Billy! —dijo mi tía—. Podrías al menos hablar con educación.

—Sí, señora.

—Eso está mejor.

—¿Por qué iba a ir a El Paso? —insistió Lee.

—No lo sé. No me dijo adonde iba. —Clavé la vista en la mesa, deseando que los dos se esfumaran.

—Me pregunto si no será un truco —murmuró Lee. Me puso la mano en el hombro. Yo me zafé y arrastré la silla para alejarme de él—. Mira, Billy —dijo, observándome con severidad—, tu abuelo no está bien. Puede que esté muy enfermo. Si sabes adonde ha ido, mejor será que nos lo digas.

—No lo sé.

—Puede que necesite ayuda. Puede que se haya metido en un lío.

Guardé silencio. Lee y mi tía me miraron muy serios, hasta que tuve que girar la cabeza y dirigir la vista a otro lado. Miré por la ventana hacia la pared del vecino, el arbusto de forsitia y el televisor que se vislumbraba a través de su ventana.

—¿El viejo tiene amigos en El Paso? —preguntó Lee a mi tía Marian—. ¿Se te ocurre algún motivo por el que pudiera levantarse en medio de la noche para ir allí?

—No, no se me ocurre nada. Supongo que conoce a gente allí, pero no sé a quién.

—¿Se llevó dinero?

—No lo sé. Dejó aquí casi toda su ropa y sus cosas.

Lee me miró.

—¿Cuándo coge este chico el avión para irse a casa?

—Mañana.

—Vale. Mantenlo vigilado. No dejes que se escape él también.

—No te preocupes.

Lee prometió que volvería después de comer si el abuelo no aparecía, se puso el sombrero y se marchó. Mi tía hizo una llamada de larga distancia a su hermana de Phoenix y le contó lo que había ocurrido. Se esforzó un poco por hacer sus tareas del hogar mientras esperábamos, y al acercarse el mediodía, preparó la comida para nosotros dos. No me dejó alejarme de su vista.

A media tarde volvió Lee.

—¿Alguna noticia? —preguntó a la tía Marian.

—Nada.

—¿Y de El Paso?

—Ni una palabra.

—¿Les has llamado?

—Lee, me he pasado el día llamando a la policía y al sheriff cada media hora, más o menos. Nadie ha encontrado ni rastro de él.

Lee se sentó a la mesa de la cocina con nosotros y se quitó el sombrero. Se pasó la mano por el pelo negro y espeso y me clavó sus ojos oscuros. Sin sonreír.

—Marian —dijo observándome—, no entiendo por qué iba a ir a El Paso. No hay quién lo entienda. No parece haber ningún motivo para ello.

—No tenía ningún motivo para marcharse de mi casa en medio de la noche sin siquiera despedirse.

—Ya lo sé. Es raro. Tendremos que intentar adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza. Quizá podamos reconstruir lo que ocurrió. Si este chaval nos ayuda un poco.

—Deja de mirarme así —dije—. Yo no sé adonde ha ido.

—¿No había ido a El Paso?

Dudé.

—No sé. Supongo que sí.

—¿Cómo fue a parar allí la camioneta si él no la llevó? No pudo conducirse sola. Y tú no la llevaste. ¿Cómo fue a parar allí, Billy?

—¡Te digo que no lo sé!

—Billy, no grites a Lee.

—Sí, señora.

Lee seguía escrutándome sin cesar.

—¿Sabes? —dijo, dirigiéndose a Marian—, cuando me llamaste esta mañana, lo primero que se me ocurrió fue: me juego algo a que el viejo cuatrero ha vuelto al rancho. Eso es lo primero que se me ocurrió. Así que llamé al alguacil y a la Policía del Ejército del Aire. Pensé que a lo mejor

estaban librando otra batalla campal allá. Pero no, dijeron que todo estaba en calma, que nadie había ido por allí ni anoche ni esta mañana.

Sonreí. Demasiado tarde, levanté la mano para disimular la sonrisa. Se me abalanzaron encima como sabuesos del FBI.

—¡Billy!

—¿Ha ido al rancho, Billy?

Callé y les fulminé con la mirada. Me tenían completamente acorralado.

—Vale —claudiqué—. Voy a deciros la verdad. Me dijo que se iba a México.

Me observaron.

—¿Es ésa la verdad, Billy?

—Me dijo que estaba harto de este país.

Se quedaron un momento en silencio. Entonces Lee alargó la mano e intentó colocarla sobre la mía. Yo la retiré.

—Billy —dijo, mirándome a los ojos—, me parece a mí que eres el mentiroso más grande que se ha visto nunca en el condado de Guadalupe.

Guardé silencio.

—Me parece a mí que eres el mentiroso más grande del sudeste de Nuevo México —prosiguió—. Probablemente el mayor de todo el Estado, si excluimos Santa Fe. —Hizo una pausa—. Creo que voy a hacer una excursión hasta el rancho.

—Yo voy contigo —prorrumpí de inmediato.

Por primera vez en todo el día sonrió.

—Coge tu sombrero.

—Yo también voy —dijo la tía Marian.

—No, tú te quedas aquí —contestó Lee—. Esto es cosa de hombres. Coge tu sombrero, Billy.

Al subir a su cochazo, Lee sugirió:

—A lo mejor tendríamos que cambiarlo por un jeep. ¿Qué te parece, Billy?

—¿Para qué? —dije resentido.

Me estudió con cautela.

—Porque creo que tu abuelo está en la montaña.

Miré por la ventana con amargura mientras avanzábamos por la calle.

—¿Por qué no puedes dejarle en paz?

—Billy, sólo quiero asegurarme de que el viejo está bien. No vamos a secuestrarle. Si se quiere quedar allí, le dejaremos que se quede. —Volvió a

tratar de tocarme; esta vez permití que su mano descansara sobre mi brazo—. ¿Eso te hace sentir mejor? —preguntó.

No contesté. No me sentía mejor, de hecho me sentía peor. Me sentía como un chivato. Un traidor.

Cuarenta y cinco minutos después conducíamos por la carretera hacia el sur a toda velocidad en un jeep alquilado, en dirección a Baker y al rancho del viejo. Cuando llegamos al pueblo, Lee entró en el garito de Hayduke y en el bar Wagon Wheel para hacer indagaciones: todo el mundo sabía que el abuelo había desaparecido, pero nadie lo había visto. Volvimos al jeep y viramos hacia el oeste para enfilar el camino de siempre. Lee lo inspeccionó en busca de huellas, pero había demasiadas. «Parece que por aquí ha pasado hoy un ejército», dijo.

Continuamos conduciendo bajo el cielo claro y grandioso del desierto. El sol llameaba en su amplio arco veraniego, descendiendo hacia el atardecer, las dunas rielaban de calor y las blanquísimas llanuras de sal resplandecían como cristales esmerilados, tanto que hacía daño mirarlas. Lee se puso unas gafas de sol.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Gafas de sol. ¿Qué pinta tengo?

—Una pinta horrorosa.

—Las cosas cambian, Billy. Ahora hasta los indios las llevan. ¿Por qué no dejas de pelearte con el mundo y te adaptas al ritmo de los tiempos? Es decir... bueno, supongo que tiene que haber una forma mejor de expresarlo.

—Sigue intentándolo.

—Pruébatelas.

Me tendió las gafas oscuras y me las puse. Para mi asombro, el cielo se volvió más azul, la arena adquirió un tono tostado más intenso, y las hojas de yuca, un verde más atractivo. Aquí hay algo raro, pensé; no lo entiendo. Sin decir nada, le devolví las gafas a Lee.

—Funcionan, ¿no, Billy? Tienes que admitir que funcionan, incluso hacen que las cosas tengan mejor aspecto. —Me dirigió una amplia sonrisa—. Tenemos que ser listos, como los indios, más listos, Billy. No aceptamos todo lo que el hombre blanco intenta encasquetarnos, sino que elegimos, cogemos lo que nos es útil, y dejamos que él se entierre con el resto. ¿Me entiendes?

Asentí. No le entendía, pero creía vislumbrar unas huellas borrosas.

—¡Anda! —exclamó Lee. Redujo la marcha, frenó el jeep y dio marcha atrás a través de la nube de polvo que levantábamos tras nosotros—. ¿Has visto lo mismo que yo?

—No —dije.

Volvió a frenar el jeep y examinó el terreno a nuestra derecha: frescas y perfectamente paralelas, las huellas gemelas de unos neumáticos de goma se desviaban del camino sobre las rocas, a través de la arena, y serpenteaban entre los matorrales de gobernadora y mezquite hacia el noroeste.

—¿Por qué iba a desviarse nadie aquí? —preguntó Lee—. Te lo explicaré: para esquivar a los guardias que están más adelante, por eso. Tu abuelo llegó hasta aquí, se acordó de los guardias que hay junto al portón y decidió dar un rodeo. Como tú cuando viniste caminando.

—¿Vas a seguir las huellas?

—¿Para qué? Ya sabemos adonde se dirigía. Iremos derechos a la cabaña.

—Pero... si la camioneta está en El Paso...

Lee arrancó el jeep.

—Ah, es muy astuto, tu abuelito. Probablemente hizo un trato con algún espalda mojada o algún soldado en Alamogordo, a lo mejor hasta le pagó algo para que le llevara a las montañas y le dijo que podía quedarse con la camioneta. Quienquiera que se hiciese con ella seguramente la llevaría a la gran ciudad para desmantelarla y vender las piezas.

—¿Y por qué no esconder la camioneta en algún lugar en las montañas?

—Porque quería despistarnos para que no le siguiéramos el rastro. ¿No lo ves? Muy astuto. Sólo hay una cosa que todavía no entiendo.

—¿El qué?

Me dirigió una sonrisa socarrona a través del polvo.

—Cómo creyó que iba a poder engañarme.

Porque confiaba en ti, pensé. Pero no lo dije en voz alta: yo también era culpable.

Volviendo a leerme el pensamiento, me apretó el hombro.

—Deja de reconcomerte, Billy. Los dos somos capaces de guardar secretos. No le defraudaremos.

—¿Y la tía Marian?

Reflexionó.

—Sí... eso podría ser un problema. Bueno, si es necesario, le mentiremos y ya está. ¿Puedes mentir igual que guardar secretos?

—Creo que no se me da bien ninguna de las dos cosas. —Ya aprenderás.

La Policía Aérea nos detuvo al llegar al portón; Lee sacó el pase que había usado durante las dos últimas semanas.

—Este pase ya no sirve —dijo el guardia—. Vogelín ya no vive en el rancho, señor Mackie, ya lo sabe. ¿Qué le trae hoy por aquí?

La pregunta pilló a Lee desprevenido.

—Estamos buscando un caballo —dije.

—Eso es —convino Lee—. Un caballo viejo.

El guardia nos miró con suspicacia.

—De acuerdo, señor Mackie, esta vez le dejaré pasar. ¿Me promete que se marcharán antes del anochecer?

—Sí, claro. Muchas gracias.

—No hay de qué, señor Mackie. Pero salgan antes de que se haga de noche.

Franqueamos el portón.

—Qué gusto da vivir en un país libre —dijo Lee—, con policías bien entrenados y corteses por todas partes. Ahora pon atención a ver si descubres en qué punto regresó el viejo al camino.

Pero se equivocaba.

—Bueno, decidió no arriesgarse, eso es todo —explicó Lee—. Me imagino que rodeó el rancho entero. No te preocupes, le encontraremos.

Eso era precisamente lo que me preocupaba.

Al cruzar el antiguo lecho del lago donde estaban los cargaderos —corrales vacíos, abandonados ahora a los elementos y a las pruebas de misiles: harían de blancos satisfactorios— vimos una cortina de humo levantándose desde el otro lado de la cuenca y, en su extremo, un coche oficial gris que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros.

El conductor nos hizo una seña para que nos detuviéramos. Paramos uno junto al otro en la carretera y el señor Burr se inclinó sacando la cabeza y el codo por la ventanilla para hablar con Lee. Esta vez el alguacil iba solo.

—¿Adónde van? —preguntó; su tono y su expresión eran hostiles.

—Pensamos que a lo mejor el viejo estaba en el rancho —dijo Lee.

—Ya le dije esta mañana que aquí no había nadie.

—Es cierto. —Lee se acarició la mandíbula, palpando el polvo que la cubría—. Pero se me ocurrió que podría aparecer por aquí esta tarde.

—No le servirá de nada. Si lo hace, más le vale sacarlo de aquí otra vez.

—A eso he venido.

El alguacil observó nuestro jeep, nos miró a mí y al duro y tostado semblante de Lee.

—No pueden permanecer aquí después de la puesta del sol —dijo.

—Nos marcharemos antes.

El alguacil nos escrutó una vez más con sus ojos de lagartija, perezosos e insolentes, se recogió en su caparazón de metal y se marchó conduciendo.

Seguimos nuestro camino y yo miré atrás para asegurarme de que no daba la vuelta y nos seguía. Lee miraba también por el espejo retrovisor.

—¿Crees que intentará seguirnos, Lee?

—Eso estaba pensando. Pero le costará mucho trabajo cruzar el Salado con ese coche. Y, aunque lo consiguiera, no podría llegar muy lejos por el camino de la montaña.

—Puede ir andando.

—Está demasiado gordo y es demasiado vago. Perdería la vida en el intento.

—Entonces ojalá lo intente.

—Sé cómo te sientes, Billy. Me revuelve las tripas tener que ser tan educado con ese... sapo. Podría haberle matado el otro día. Le habría matado si él le hubiera hecho daño a John.

Llegamos a la cresta de la meseta por encima de los edificios del rancho, paramos y oteamos el panorama. Allá abajo no había señales de vida humana: no salía humo de las chimeneas, no había luces en las ventanas, ni camionetas o coches en el patio, bajo los álamos. Hasta los perros y las gallinas se habían esfumado, igual que los caballos y la vaca lechera. El único movimiento que se apreciaba era el lento girar de las aspas del molino, que seguía bombeando agua al depósito, y de ahí a las acequias que irrigaban la huerta y llenaban el abrevadero del corral y canalizaban toda el agua sobrante hacia el prado que quedaba detrás. Y mientras nos parábamos a mirar, la brisa cesó, las aspas grises ralentizaron su giro, se detuvieron y esperaron. Todo se quedó quieto, silencioso, muerto.

—Éste era el hogar de un hombre —murmuró Lee—. Aquí vivía una docena de personas con sus hijos y sus animales. Ahora todo volverá a las arañas y a las serpientes de cascabel. Y al Estado. —Levantó la vista: el sol se aproximaba a las montañas del oeste—. Vamos, Billy.

Condujimos pendiente abajo hasta el rancho y atravesamos los portones abiertos que ya no había necesidad de cerrar, hasta el borde del lecho seco del Salado. Lee accionó la tracción a las cuatro ruedas, nos zambullimos en la arena y levantamos una tormenta de polvo al atravesar el lecho seco y subir por la barranca hasta el otro lado. Las pálidas hojas de los álamos se agitaron sobre nuestras cabezas con un rumor seco que ahora parecía carente de sentido. Dos cuervos posados sobre un tronco muerto graznaron a nuestro paso. Emprendimos nuestro ascenso a las montañas.

«Veo huellas de jeeps por todas partes —dijo Lee—. Es como si el Ejército hubiera estado de maniobras en esta zona. Si el viejo atajó por aquí,

ahora ya no encontraremos su rastro». Conducía tan rápido como podía por el sendero rocoso, atravesando zonas de arena y arroyos cada vez más profundos, en dirección al resplandor del sol que iba descendiendo.

Nos acercamos a un paraje en el camino que me resultaba familiar, aunque inquietantemente modificado: un grupo de arbustos y rocas dispuestos de una forma concreta, una curva en el sendero, las bayonetas erizadas de una yuca gigante. Al cabo de un instante reconocí el lugar y entendí, al rebasarlo, el origen de mi extrañeza: el enorme tallo de tres metros y medio de la yuca, con su racimo de vainas de semillas secas en lo alto, descansaba ahora en horizontal sobre la arena, derribado por alguien con un cuchillo grande o un machete. No le dije nada a Lee. Seguimos adelante brincando y traqueteando, levantando una cortina de polvo que flotaba en el aire a lo largo de un kilómetro, dorada en la luz del atardecer, obstruyéndonos la vista hacia atrás.

Descendimos el barranco y subimos al otro lado: apareció otro molino de viento, alzándose contra el cielo, con su depósito de agua, su corral y su rampa de carga. Ahora no había allí ni ganado ni caballos esperándonos. Aunque estábamos acalorados, polvorientos y sedientos, Lee pasó de largo sin reducir la velocidad, dejó atrás la entrada del cañón y empezó a escalar por el estrecho camino de carros que discurre por la falda de la montaña.

«Ya ni siquiera estoy buscándole el rastro —dijo Lee levantando la voz por encima del estruendo—. Estoy completamente seguro de que está allá arriba». Señaló a la cumbre del Pico Ladrón.

El motor rugió al aumentar la pendiente, las ruedas traseras resbalaron sobre los guijarros sueltos y la parte de atrás del jeep derrapó hacia el borde del precipicio. De nuevo Lee tuvo que parar y accionar el eje delantero; con la chirriante tracción de las cuatro ruedas nos internamos en la zona de pinos y enebros del cañón, por encima de los hierbajos quemados y sin flores de agosto, persiguiendo pájaros misteriosos que huían del clamor de la máquina. Pasamos de largo el sendero del sur de la cresta, dejamos el lugar donde Lee y yo habíamos obtenido nuestra victoria aplastante sobre el Ejército y por fin alcanzamos el cruce entre el antiguo camino de la mina y el camino de carros. Pero allí tuvimos que pararnos: varios pinos talados bloqueaban el sendero que daba acceso a la cabaña.

Lee pegó el jeep al primer tronco y apagó el motor.

—Me parece que desde aquí tendremos que ir andando, amiguito.

Nos apeamos, nos estiramos, escuchamos el murmullo quedo de los árboles y las voces amortiguadas de los pájaros y contemplamos el sendero bloqueado.

—No quiere visitas —dijo Lee—. En todo caso, no sobre ruedas. —Miró en derredor—. Dios mío, qué silencio hay aquí ahora. ¿Te acuerdas de lo animado que parecía este sitio en junio?

—Sí, me acuerdo. —Volví la vista al norte: a lo lejos, en aquella dirección, tras varios tramos de ladera, mi mente se fijó en el horrible lugar donde el abuelo y yo habíamos encontrado al caballo perdido con la cabeza destrozada, el vientre desgarrado y los buitres devorándole las entrañas—. Subamos a la cabaña —exclamé—. Quizá sea mejor que nos demos prisa.

—¡Escucha!

Me quedé quieto. La rama de un árbol crujió, varias urracas piñoneras chillaron más abajo. Y percibí el ronroneo de un motor que subía la montaña.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Nos ha seguido.

—Suenan como un jeep —dijo Lee, inclinando la cabeza a un lado—. Es un jeep. Pero quizá no sea el alguacil.

—Aquellos policías tenían un jeep.

—Sí. Bueno, ahora ya no podemos hacer nada al respecto. Subamos a la cabaña.

—Pero... ¿no es mejor que no...? —dudé.

—Vamos. Todo saldrá bien.

No estaba seguro de ello, pero cuando Lee trepó por encima de los troncos talados y echó a andar hacia la cabaña, le seguí. Mientras subíamos, el sol se ocultó tras el pico de la montaña y su vasta sombra nos cubrió y cubrió el miedo que anidaba en mi corazón. Ascendimos por el sendero en medio de un crepúsculo tamizado, fresco y sombrío, con las ramas de los pinos susurrando sobre nuestras cabezas. Un pájaro enorme de alas largas y oscuras alzó el vuelo desde una rama y se alejó volando; la rama se levantó oscilante.

—¿Qué era eso?

—¿El qué, Billy?

—Ese pájaro.

—No lo sé. Iba mirando al camino. Creo que tu abuelo anduvo por aquí anoche. O esta mañana temprano. ¿Ves esa huella de bota? Es suya.

Apretamos el paso, resollando y sin apenas hablar. De vez en cuando el ruido del jeep nos llegaba flotando desde un punto más bajo de la ladera, acercándose.

Por fin llegamos al final del camino y vimos ante nosotros la extensión llana de grama ondulante, el corral y la cabaña, contra un fondo de acantilados que se erguían hacia la cumbre de la montaña. Nos detuvimos un momento a descansar, a recobrar el aliento, y continuamos hacia la cabaña.

Había un hombre sentado contra la pared junto a la puerta abierta, sin sombrero, de cara a nosotros, pero con la cabeza gacha, mirando al suelo entre sus piernas. No nos vio.

—¡Abuelo! —grité agitando la mano. No hubo respuesta. ¿Sería de verdad el viejo? Desde aquella distancia, con el brillo del sol dándome en los ojos, no podía estar seguro. Volví a llamarle—. ¿Abuelo?

La única respuesta vino de la montaña, cuando los riscos se hicieron eco de mi voz. Nos apresuramos, con la vista clavada en el hombre sentado junto a la puerta de la cabaña, que no reparó en absoluto en nuestro avance.

—Eh, John —dijo Lee al acercarnos—, ¿te encuentras bien?

El abuelo no levantó la cabeza. No se movió. Estaba en una posición extraña, postrada y lánguida, apoyado en la pared, con las manos descansando en el suelo, sin gafas, los ojos entreabiertos apuntando ciegos al suelo entre sus piernas abiertas. El sombrero, que se le había caído, descansaba a su lado sobre la hierba.

Lee se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente. Dejó caer el sombrero, me colocó la mano en el hombro y me empujó hacia atrás.

—Tu abuelo está muerto, Billy.

Se acercó al viejo, le puso los brazos detrás de la espalda y lo tumbó con delicadeza en el suelo. Le cerró los párpados, recogió el viejo sombrero manchado de sudor y lo colocó sobre el pecho del abuelo.

—Lleva horas muerto, Billy.

Negué con la cabeza, incapaz de decir nada, y retrocedí unos cuantos pasos, mirando al viejo. «¡No!», pensé, pero no pude decirlo.

—Ha sido demasiado para él —dijo Lee en voz baja—. Setenta años; demasiadas emociones. Subir a la montaña anoche, talar los árboles... este condenado viejo loco... —Y Lee, arrodillándose en la tierra junto al cadáver, agachó la cabeza, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar—. Este viejo loco... ¿por qué lo hizo?... maldito viejo loco y cabezón... —Se encogió aún más, con la espalda convulsa en un incontrolable espasmo a causa de los sollozos.

La imagen de Lee Mackie doblado en dos por el dolor, el sonido atroz de su llanto, de algún modo me parecieron más espantosos que la muerte del viejo. Retrocedí aún más, me di la vuelta y, con la vista perdida sobre las montañas, contemplé la sombra del pico cernirse como un ala sobre la luz dorada y brillante del desierto. Yo también quería llorar, berrear como un niño, pero no podía. Lo único que sentía era una parálisis fría en los nervios, una ira oscura e inefable. Envidié a Lee y sus lágrimas, y por fin me di cuenta

de que tenía una relación más íntima con el viejo y le quería más de lo que yo le había querido nunca.

Al cabo de un rato, Lee dejó de llorar, se puso en pie y se acercó a mí. Me rodeó los hombros con el brazo y juntos admiramos la luz de la llanura. Hacia el noreste, en la lejanía, vimos aparecer las primeras lucecillas de Alamogordo, el destello de un faro en las montañas, detrás de la ciudad.

—Está oscureciendo, Billy. Mejor será que nos lo llevemos abajo.

—¿Abajo?

—No podemos dejarlo aquí. Los animales salvajes le harán pedazos. Tendremos que cargar con él hasta el jeep.

—Pero espera... —dudé—. ¿Por qué...? Enterrémosle aquí.

—No puede ser. No puede ser, Billy. Hay gente que tendrá que verle. El forense, el de la funeraria. Tus tías querrán verle, y otros parientes... Ya sabes cómo se hacen ahora estas cosas, Billy.

Guardé silencio.

—Y, aunque quisiéramos enterrarle aquí, no podríamos. A quince centímetros de profundidad no encontraríamos más que granito.

—Él quería estar aquí, Lee.

—Ya lo sé. —Lee no dijo nada durante unos instantes—. No deberíamos hacerlo —dijo.

—Podríamos tapar el cadáver con piedras. ¿No es eso lo que se hacía antes?

—Piedras —murmuró Lee—, piedras. —Miró alrededor—. Pero alguien podría retirarlas y llevárselo. —Se frotó la mandíbula pensativo, escrutando con ojos chispeantes el prado, los corrales y la cabaña, la margen del bosque, el atardecer color lavanda, en busca de una idea. Volvió la vista a la cabaña—. ¡Sí! Te voy a decir lo que vamos a hacer, Billy. Vamos a incinerar el cadáver. Le prepararemos una hoguera, la mayor pira funeraria que hayas visto en tu vida. Eso es: metemos al viejo dentro, dentro de la cabaña, lo acostamos en el catre y le prendemos fuego a la cabaña. ¿Por qué no? Le mandaremos a las estrellas, como un vikingo. Eso le hubiera gustado... se apellidaba Vogelín, ¿no?

Y Lee se puso manos a la obra. Con delicadeza, levantó el cuerpo del viejo y lo llevó en brazos al interior de la cabaña. Lo tumbó en el catre y lo arrastró hasta el centro de la estancia, empujando la mesa a un lado. Pero de nuevo le asaltó la duda y se detuvo. Se pasó los dedos por el pelo enredado y me miró indeciso.

—Billy, ¿qué es lo que estamos haciendo? ¿Te das cuenta de lo que estamos haciendo, Billy? Esto no podemos contárselo nunca a nadie.

Yo estaba mirándole, de pie junto al umbral.

—¿Por qué no?

—Es ilegal. Podríamos meternos en toda clase de problemas. Podrían incluso pensar... Mira, Billy, no puedes contárselo nunca a nadie, ¿me entiendes?

—Sí, Lee.

—Esto es un secreto entre tú y yo. Para el resto de nuestras vidas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Vale. Ahora vamos a verter el queroseno de la lámpara...

—¡Alto ahí! —dijo una voz de repente. El alguacil Burr apareció en el umbral, mirándonos con el ceño fruncido, secándose el sudor de la frente—. ¿Qué hacen ustedes aquí? —Reparó en el cadáver tendido en el catre, los ojos cerrados, las manos una sobre otra, el sombrero descansando cual corona funeraria sobre el pecho del viejo—. Pero, pero ¿qué está pasando aquí? —Miró al abuelo—. ¿Qué le ha ocurrido?

Lee dijo:

—Ya lo ve. Ha muerto. Muerto de congoja. Le encontramos al llegar.

El alguacil entró en la cabaña y estudió con aire de sospecha el cadáver del viejo. Se puso a su lado, le cogió la muñeca y la sostuvo. Al mismo tiempo se inclinó, quitándose el sombrero, y colocó la oreja junto a la boca del abuelo. Tras un minuto, satisfecho, volvió a colocar la mano como la habíamos dispuesto y se volvió hacia nosotros.

—Siento mucho que haya tenido que ocurrir esto. Lo siento muchísimo. —Miró a Lee con seriedad y se volvió a poner el sombrero bruscamente—. Es demasiado tarde para hacer venir a nadie aquí esta tarde. Pero se lo notificaré al sheriff del condado y él traerá al forense y al director de pompas fúnebres a primera hora de la mañana. —Paseó la vista en derredor—. Les aconsejo cerrar la cabaña a conciencia para que no entren alimañas. ¿Qué estaría haciendo aquí?

Con sigilo, desenrosqué el quemador del depósito de combustible de la lámpara.

—Supongo que volvió aquí a morir —dijo Lee.

—¿Sabían ustedes que estaba aquí?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijeron?

Lee reflexionó.

—No quería seguir viéndole a usted, ni a DeSalius, ni a ninguno más de sus sucios policías militares persiguiendo a este viejo. Ahora lárguese de aquí antes de que pierda la paciencia y le reviente las costillas de una patada.

El señor Burr palideció ligeramente y retrocedió con cautela hasta el umbral, con las manos levantadas y alerta y con los ojos clavados en Lee. Me pareció que había llegado el momento de verter el queroseno.

—Está usted hablando con un alguacil de Estados Unidos; está amenazando a un agente de la autoridad.

—Ya lo sé. No me infle los huevos.

El charco de queroseno se extendió por el suelo bajo la mesa y las sillas, empapando las tablas viejas y reseca. Cogí unas cerillas de la caja que estaba sobre el fogón.

—¿Qué está haciendo ese chico?

—Vamos a incinerar el cadáver del viejo —dijo Lee—. Le aconsejo que salga si quiere disfrutar del espectáculo. Enciende una cerilla, Billy.

Encendí un puñado de cerillas y las arrojé sobre la mancha creciente. Inmediatamente brotaron las llamas amarillas, que lamieron los muebles y se extendieron hacia la pared.

—Ustedes se han vuelto locos —dijo el alguacil—. Esto no se puede hacer. Es ilegal. Ni siquiera se ha emitido el certificado de defunción. — Volvió a entrar y se acercó al cuerpo sobre el catre.

Lee agarró una silla y la levantó por encima de su cabeza.

—No le toque.

El alguacil se detuvo. Saqué unos periódicos viejos y amarillentos de los estantes del aparador, tirando al suelo los platos de hojalata, arrugué los papeles y los arrojé al fuego. Estallaron en llamas, que se enredaron en torno a las patas de la mesa.

—No pueden hacer esto —vociferó el alguacil—. Va en contra de la ley. —Volvió a hacer un movimiento incierto hacia el viejo.

—¡Atrás —bramó Lee—, o le abro la cabeza!

El fuego empezó a crecer junto a las paredes, chamuscando los tablones combados del suelo. Unas pocas llamas prendieron en la pared y acariciaron los estantes. El humo empezó a concentrarse bajo las vigas. Di unos pasos hacia la puerta.

—Sal de aquí, Billy —dijo Lee—. Yo le mantendré a raya.

—¡No puedo permitirles que hagan esto! —gritó el alguacil a Lee—. No pueden deshacerse de un cadáver de esta manera. Y esta cabaña es ahora

propiedad del Estado. Están destruyendo intencionadamente una propiedad pública.

Lee estrelló la silla contra el tablero de la mesa. Se quedó con una pata en la mano derecha y arrojó los demás trozos al fuego. Con la pata de la silla agarrada a modo de garrote, se colocó ante el cadáver del abuelo e hizo frente al alguacil. En sus ojos pude ver la luz de las llamas.

—Les voy a denunciar —amenazó el señor Burr—. Lo lamentarán.

Lee le dedicó una sonrisa burlona, sosteniendo el garrote en alto. El fuego crepitaba por el suelo a su alrededor, lamía el colchón del catre, arreciaba bajo la mesa y en los pedazos de madera, y llenaba la cabaña de humo.

El alguacil retrocedió hacia la puerta, pues el calor se volvía sofocante.

—Esto lo va a pagar —increpó a Lee—; figurará en sus antecedentes penales para el resto de su vida.

Lee volvió a reír con sorna, entornando los párpados a causa del humo. El alguacil maldijo, se giró abruptamente y cruzó el umbral, empujándose a un lado. Tenía los ojos rojos de furia y la cara cubierta de sudor. Lee salió y se paró junto a mí, mientras le veíamos desfilar por el prado y perderse en el crepúsculo.

La mesa se desplomó al consumírsele una pata y el fuego arreció con más fuerza. Nos volvimos hacia la cabaña, contemplamos las llamas y esperamos. Esperamos hasta que todo el interior se convirtió en un infierno furioso que aullaba como el viento y empezaron a desplomarse trozos de vigas y secciones enteras del techo. El abuelo, tumbado sobre su lecho, desapareció envuelto en llamas de la cabeza a los pies, y célula a célula, átomo a átomo, volvió a los elementos de la tierra y el cielo.

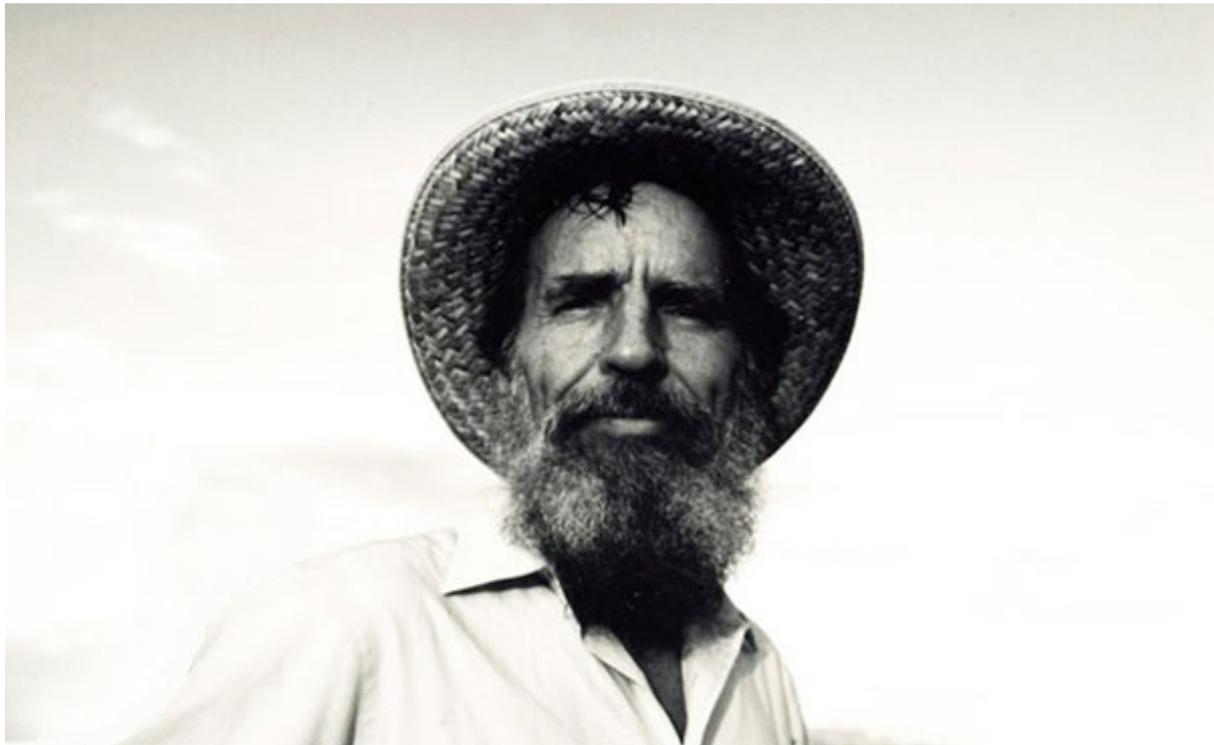
El fuego parecía condensar ahora el brillo del mundo, pues el anochecer cubría las montañas y el desierto, y las primeras estrellas apenas brotaban en el firmamento. A lo lejos, hacia el noroeste y hacia el sur, las luces de Alamogordo y de El Paso titilaban como una gargantilla de diamantes en la oscuridad aterciopelada de la noche. Si alguien allá afuera se molestaba en mirar, vería nuestra pira funeraria trepidando como una señal, como una alarma, arriba en la falda del Pico Ladrón.

El fuego estalló reventando el tejado y se extendió alrededor de las paredes de la cabaña, llenando la oscuridad de un resplandor salvaje y fastuoso, desprendiendo un calor iracundo. Lee y yo retrocedimos unos pasos, con los rostros enrojecidos. Me apretó el hombro y me sonrió, aquella sonrisa tontorróna y generosa, con la cara manchada de polvo, sudor y humo.

—Al viejo le habría gustado esto, Billy. Le habría parecido bien.

Las paredes crujieron y se derrumbaron, obligándonos a retroceder aún más. Contemplamos sobrecogidos cómo el fuego alcanzaba su máximo apogeo y se elevaba muy por encima de la cabaña, ascendiendo más y más en una columna de humo y chispas y llamas que, en un momento de esplendor, iluminó en toda su altura las paredes de granito del precipicio.

Mucho más arriba, en la falda de la montaña, al acecho desde su atalaya e irritado por el fuego, el puma rugió.



EDWARD ABBEY (Home, Pensilvania [USA], 1927 - Oracle, Arizona [USA], 1989). Desde joven despertó como un naturalista en potencia, y también como un ecologista, siendo ya un adolescente enfadado por las injerencias humanas en los Apalaches. Aficionado a las plantas, al misterio natural y al chamanismo, Abbey empezó una larga carrera de trabajos ocasionales en la minería, la agricultura y la ganadería.

A los 17 años abandona su tierra natal para conocer la América que le fascinaba por las canciones de Woody Guthrie y los poemas de Carl Sandburg. Entonces recorre casi todo el oeste de Norteamérica, descubre su mundo natural y sobrenatural, la cultura india. Llevaba la vida típica del hobo —trabajador ocasional vagabundo americano—, llena de aventuras e incidentes, como su detención en Flagstaff, Arizona, por vagancia, que es rememorada en su novela *La Banda de la Tenaza*.

En esos años vive el final de la guerra mundial sirviendo en el ejército en Italia. Cuando vuelve estudia Filosofía en la Universidad de Nuevo México entre 1951 y 1956, y culmina su licenciatura con una tesis titulada *La Anarquía y la Moral de la Violencia*, donde concluía entonces, en línea con su admirado Tolstoi, que el anarquismo era una lucha frontal no contra el ejército y la guerra, sino contra la violencia organizada de los estados.

También realiza estudios sobre el cinismo y sobre Diógenes, y destaca su pacifismo individualista.

En 1954 publica su primera novela, *Jonathan Troy*, la historia de un joven anarquista. En 1956 cosecha su primer éxito editorial con *The brave cowboy* —adaptada en 1962 por Kirk Douglas— una historia del oeste que narra el enfrentamiento entre un *cowboy* y el gobierno de los EE. UU. Pero su gran éxito literario será su libro de ensayos *Desert Solitaire*, de 1968, que relata sus años como *ranger* forestal en el Arches National Monument de Utah.

En esos años milita contra el proyecto de la presa de Glen Canyon y de ahí nace su novela *The Monkey Wrench Gang*, publicada en 1975 y que describe las hazañas de una guerrilla de ecologistas, inspirada en numerosos activistas de la vida real. El éxito de este libro le convirtió en un mito de la contracultura y en un pionero de la resistencia activa en Estados Unidos.

Publicó hasta una veintena de libros y murió en 1989 debido a una hemorragia esofágica consecuencia de las complicaciones de una operación quirúrgica que sufrió. Pidió que lo enterraran en un lugar indeterminado del desierto y a día de hoy ya nadie sabe dónde está su tumba.

Notas

[1] En castellano en el original, al igual que otras palabras en cursiva del texto.
(Todas las notas son de la traductora). <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] En castellano en el original. <<